AÑO XXXIV • 6.ª EPOCA • NUMERO 1 • NOVIEMBRE 1980 • 175 PESETAS.

triunfo 0

LOS OBISPOS DE WOJTYLA

Nuestras aficiones, con DOBLE-V.

DOBLE-V

de Hiram Walker.

triunfo

AÑO XXXIV ★ NOVIEMBRE 1980 ★ 6.ª EPOCA

SUMARIO

PORTADA

El cuadro de la portada pertenece a José Hernández, pintor nacido en Tánger en 1944. Autodidacta. En 1966 celebra la primera exposición en Madrid. Hoy se ha convertido en un sabio maestro que trabaja un mundo de surrealismo expresionista sobre una realidad transformada en galería de monstruos. Extraordinario dibujante, su último premio de pintura lo acaba de conseguir recientemente en Polonia: la Medalla de Honor de la I.ª Bienal Internacional de Obra Gráfica, celebrada en Lodz.

5 REANUDACION, José Angel Ezcurra.

6 LOS OBISPOS DE WOJTYLA, Ramiro Cristóbal. EL FRACASO DEL SINODO, Enrique Miret Magdalena. EL PAPA Y LA CARNE FEMENINA, Manuel Vicent. EL BEATO JEREMIAS, Ramón.

14 BESTIARIO, Manuel Vázquez Montalbán.

18 DECIAMOS MAÑANA ASI QUE PASEN CINCO AÑOS, Pozuelo.

23 CRONICA DE GENTES EL OTOÑO FRANCES, Víctor Márquez Reviriego.

26 LA POSADA ESPAÑOLA, Eduardo Haro Tecglen.

32 CINCO AÑOS DE POSTFRANQUISMO LA IRRESISTIBLE CAIDA DE LA IZQUIERDA, Fernando López Agudín. FEIFFER.

35 BAJAS EN EL FRENTE NACIONAL FRATRICIDIO EN CIUDAD DEL CABO, Thomas G. Buchanan.

38 NICARAGUA, EN EL PRIMER DIA DE LA CREACION, Eduardo Galeano.

44 EL RESCATE DEL «TITANIC», Robert Sténuit.

54 LOS GATILLAZOS DE NORMAN MAILER, Francisco Umbral.

58 HONORE

59 LOS HEROES DEL MERCADO LLEGA UN DISC-JOCKEY LIBRE Y SALVAJE, Juan Cueto.

64 LA NUEVA URBANIDAD, Luis Carandell.

66 QUINO

69 EL ARTESANO DE LA PALABRA, Eric Nepomuceno.

74 FEIFFER

76 AZAÑA VUELVE AL TEATRO, Ignacio de la Vera.

80 LOS PENSADORES DEL PIENSO, Fernando Savater.

82 YO, DEMOCRATA (DE TODA LA VIDA), Romeu.

83 EL SONIDO DIGITAL PENULTIMO Y ARMONIOSO GRITO, José Ramón Rubio.

86 LA RESURRECCION DE LA OPERA, Ramón Chao.
OPERA EN ESPAÑA, C.F.R.

90 EL DIARIO (PUBLICO) DE DIEGO GALAN

94 LLOREMOS POR LOS WINDSOR PERDIDOS, Pablo Berbén.

96 QUINO

DIRECTOR: José Angel Ezcurra. SUBDIRECTOR: Eduardo Haro Tecglen. JEFE de REDACCION: Víctor Márquez Reviriego. REDACCION: Carmen Fernández Ruiz, Cristina Rubio. COLABORACION: Juan Alcaraz, Bernardo de Arizabalaga, Pablo Berbén, Thomas G. Buchanan, Manuel Campo Vidal, José Corredor-Matheos, Ramiro Cristóbal, Juan Cueto, Ramón Chao, Diego Galán, Eduardo Galeano, José Luis García Delgado, Fernando López Agudín, Diego A. Manrique, Felipe Mellizo, Enrique Miret Magdalena, Eric Nepomuceno, Pozuelo, Joaquín Rábago, Ignacio Ramonet, Antonio Ramos Espejo, José Ramón Rubio, Robert Sténuit, Francisco Umbral, Ignacio de la Vera, Manuel Vázquez Montalbán, Manuel Vicent. ILUSTRACIONES: Fuencisla del Amo, Honoré, Ricardo Zamorano. HUMOR: Feiffer, Quino, Ramón, Romeu. DIRECCION TECNICA Y DISEÑO: Antonio Castaño. CONFECCION: Luis M. Torres. FOTOGRAFIA: Ramón Rodríguez.
ADMINISTRACION: CEMPRO Fuencarral, 98. Teléfonos: 221 29 04-05. MADRID-4. SUSCRIPCIONES: Ver pág. 97. PUBLICIDAD: Joaquín Moreno Lapa, Rafael Herrais, 3-1.º A. Tels.: 733 40 44 y 733 21 69. MADRID-15. Emilio Becker, Avda. Príncipe de Asturias, 8. Tels.: 216 42 65 y 216 41 71. BARCELONA-12. IMPRIME: ROTEDIC, S. A. Ctra. de Irún, Km. 12.450, Fuencarral. MADRID-34. Tel.: 734 71 00. Depósito Legal: M-1.272-1958. DISTRIBUCION: Marco Ibérica, Distribución de Ediciones, S. A. Ctra. de Irún, Km. 13.350. MADRID-34. EDITA: Prensa Periódica, S.A. Plaza Conde Valle Suchil, 20. MADRID-15. Tel.: 447 27 00. Cables PRENSAPER. Télex: 43840 TRFO E.

COPYRIGHT BY TRIUNFO 1980. Prohibida la reproducción de textos, fotografías o dibujos sin que cuente su procedencia. TRIUNFO no devolverá los originales que no solicite previamente ni mantendrá correspondencia sobre los mismos. Printed in Spain. Ejemplares atrasados, 175 pesetas. Las peticiones de números atrasados deberán ser acompañadas de su importe en sellos de Correos. Precio Canarias (Servicio Aéreo): 190 pesetas.

GISPERT ES PROCESO DE DATOS MÁQUINAS DE OFICINA CAJAS REGISTRADORAS ...Y SERVICIO.

A través de sus divisiones especializadas, GISPERT ofrece una selección de las más prestigiosas marcas del mundo en equipos para PROCESO DE DATOS, MÁQUINAS DE OFICINA y CAJAS REGISTRADORAS.

PHILIPS, CANON, FACIT, U-BIX, CASIO y DTS, son marcas representativas de la línea de oferta de GISPERT.

Para el cliente, esto supone la más alta garantía con que puede contar en nuestro país.

Porque al riguroso control de calidad ejercido por las marcas representadas, GISPERT añade su propio chequeo preventivo en sus laboratorios electrónicos, que también están preparados para una eventual reparación, rápida y eficaz.

Porque a la constante investigación tecnológica de PHILIPS, CANON, FACIT, U-BIX, CASIO y DTS, GISPERT agrega la preparación de sus técnicos en el más avanzado Centro de Formación con que cuenta una empresa privada en Europa.

Porque la cobertura del Servicio de Asistencia de GISPERT, abarca toda la Península, Canarias y Baleares, a través de sus 60 laboratorios y talleres.

Así pues, hablar de GISPERT es hablar de PROCESO DE DATOS, MÁQUINAS DE OFICINA, CAJAS REGISTRADORAS... y de SERVICIO.

GISPERT

Proceso de Datos - Máquinas de Oficina - Cajas Registradoras

Provenza, 204-208 Tel. 323 25 58 - Barcelona-36
Lagasca, 64 Tel. 225 85 81 - Madrid-1

60 Puntos de Asistencia y Servicio en España

GISPERT S.A. Dpto. Publicidad y R.P.

REANUDACION

PARECE preceptivo que, en circunstancia como ésta –la de iniciar una nueva época de una revista de tan larga y significativa historia como la de «TRIUNFO»–, resulte ineludible encerrar en unos párrafos prometedores los propósitos que informan la novación, algo así como el tópico encomio profesoral de la propia asignatura. Aunque racionalmente opuesto a las preceptivas, entiendo, sin embargo que, la exposición que hice en el último número de las razones que llevaron a que «TRIUNFO» interrumpiese su publicación semanal, debe seguir –sin más solución de continuidad que los cuatro meses de silencio transcurridos (curiosa coincidencia de lapso temporal con las dos compulsivas interrupciones en la publicación de «TRIUNFO» en 1971 y 1975, a oficios del entonces ministerio de Información y Turismo, como sanciones *muy graves* a las sendas transgresiones cometidas, ay de nosotros, del tristemente célebre artículo segundo de la Ley de Prensa e Imprenta)– debe seguir, digo, alguna referencia complementaria de aquellas razones, a modo de reflexión distanciada, al tiempo que la expresión de algunas ideas que han presidido esta reanudación.

LOS meses transcurridos no han hecho más que confirmar, en su vertiente económica, la gravedad de la crisis que tan severamente castiga a la prensa española y las escasas aunque eficaces respuestas impresas que resisten a la avasalladora hegemonía de los medios audiovisuales. No son pocos, por otra parte, los que nos han manifestado su convicción de que el *desencanto* ha sido el culpable, en nuestro caso, de que «TRIUNFO» se viese desasistido parcialmente de la amplia adhesión de lectores que requería. Es posible. Pero no conviene olvidar que el español –como en tantas cosas– agudiza esa tendencia del ser humano, y de las colectividades de las que forma parte, a transferir la culpa de su infortunio a hechos o personas, reales o no, fuera de él mismo, como forma precipitada de exculpación. Precisamente en este mismo número Juan Cueto, al pronunciarse sobre *crisis* y *desencanto* –«*esos dos vocablos dominantes y explicalotodo*», los llama–, dice: «*No hay desencanto político, hay desfase de los políticos, despiste de los sociólogos, desatino de los moralistas, desacierto de los viejos intermediarios empeñados en medir la realidad con 'tests' cerrados y heredados de la época del cerealismo histórico o del III Plan de Desarrollo.*»

TANTO si revisamos el reciente pasado con sentido autocrítico, como si oteamos el futuro desde la prospectiva, resultan válidas para «TRIUNFO» las afirmaciones de Cueto. En efecto, esa medición de la realidad debió ser escasa en nuestras páginas cuando seguíamos el ritmo lento y zigzagueante de la transición política española, mientras la sociedad sobre la que se producía proseguía su rápida evolución en términos de aceleración histórica. No fueron suficientes nuestra coherencia ideológica ni la independencia total observada en nuestro camino, virtudes ensalzadas unánimemente por cuantos compañeros de profesión y lectores han expresado pública o privadamente su consternación al ver interrumpida la aparición de la revista. En función de futuro, por otro lado, queda claro para quienes hacemos «TRIUNFO» que si la medición de la realidad debe ser desde ahora afinada, certera, nuestras características de coherencia ideológica y de total independencia no habrán de ser disminuidas en ningún caso ni en circunstancia alguna.

EL cambio de periodicidad de semanal a mensual suponía preferentemente, cuando lo adoptamos, una salida de urgencia para una situación agónica. Hoy puedo afirmar que nuestra aspiración inmediata consiste en convertir la salida en solución, en utilizar adecuada y plenamente las posibilidades profesionales que contiene una revista mensual, no sólo para mantener la comunicación con nuestros lectores, a quienes nos debemos, y atemperar las dificultades que nos llevaron al borde de la desaparición, sino para superar éstas y reforzar y ampliar aquélla hasta hacer viable posteriormente el regreso a la periodicidad habitual que constituyó nuestra inicial vocación profesional.

LA revista mensual opera sobre una distinta expresión de la actualidad. Al liberarse de lo sólo inmediato, de lo efímero y fugaz, atiende a lo que constituye esa actualidad más permanente –histórica, podría decirse– que subyace en la preocupación y en los comportamientos personales y colectivos. Es precisamente lo que consiente un mayor tino en la medición de la realidad, en esa mayor aproximación a la vida misma que permite contarla, interpretarla y comentarla desde su más fiable perspectiva y, desde el lector, percibirla en su óptima dimensión. En las páginas de este número pueden encontrarse muestras abundantes –y admirables– de cuanto afirmo, obra todas ellas de esos «*escritores de periódico y de libro*» a los que Fortuelo se refería en su penúltimo comentario en estas páginas: «*Es una generación de admirables cuarentones, a los que me gustaría llamar la generación de 'TRIUNFO' por lo que hicieron aquí, por lo que aún hacen aquí.*»

«TRIUNFO», pues, habla de nuevo, desde una revista para todo el mes. Vuelve para ofrecer otro modo de ver el mundo, de leer la vida, la libertad de leer. Otra manera de contemplar e interpretar a los hombres de hoy. A los españoles de hoy, a nuestro país de hoy. Esperamos conseguirlo para nuestros lectores con esta reanudación. ■ **JOSE ANGEL EZCURRA**

Adiós al taranconismo

LOS OBISPOS DE WOJTYLA

Los obispos españoles dieron unción y misticismo al entierro de la dictadura. El capital y los americanos enterraron al general, descompuesto antes de morir, la izquierda corrió con el trabajo sucio y desagradable del funeral y la Iglesia española echó agua bendita sobre el féretro y dijo «así sea» cuando se marchaba al más allá. Luego, algunos aprendices de brujos empezaron a asustarse de los monstruos que producían los sueños de la razón. Recordaban muy bien qué esmerados, incultos y presentables ciudadanos proliferaban en los felices viejos tiempos de la sinrazón.

RAMIRO CRISTOBAL

DENTRO de unos meses la Conferencia Episcopal, es decir, la gran Asamblea de la jerarquía eclesiástica española, cambiará de Presidente. En este mismo mes de noviembre, cuando se celebre la Asamblea del episcopado, ya se podrá decir que oficiosamente, la era de Tarancón ha terminado. Es preciso aclarar que, según todos los indicios, ya hace algún tiempo que el Arzobispo de Madrid, debe hacer enérgicos esfuerzos para lograr enterarse de lo que pasa en este país y a veces en su propia diócesis. Aún no hace más que unas semanas, los dirigentes de la JOC eran destituidos de sus cargos por los obispos de la Comisión de Apostolado Seglar y al negarse a abandonar los locales de la asociación, fueron desalojados por la policía avisada por los obispos. El cardenal Tarancón, hablando «off the record» al día siguiente, dijo, bastante indignado, que no había sabido nada hasta después y que realmente le «comunicaban muy pocas cosas».

No es nada nuevo. La sustitución de Tarancón al frente de los obispos españoles es una operación llevada con gran energía, al menos desde tres años atrás y que sólo la existencia de Pablo VI en Roma y de su nuncio en España, Luigi Dagaglio, pudo hacer abortar. Ya Ricardo de la Cierva denunció el hecho en la revista «Opinión» en noviembre de 1977, aunque, desde entonces, las cosas han cambiado bastante y no precisamente para mejorar. En aquellos momentos la maniobra no prosperó y, al final, en febrero de 1978, Tarancón era reelegido con 50 votos sobre 75. La impresión general era de que las cosas aún no estaban maduras para llevarlas a buen término. El nombre del obispo de Zaragoza, Elías Yanes, que estaba lanzado como contracandidatura, desaparecía a última hora y sólo el recalcitrante primado de España, Marcelo González, obtenía los 13 votos del sector ultra. En tercer lugar quedaba el Arzobispo de Valladolid, José Delicado Baeza, con 6 votos simbólicos que signifi-

Monseñor Delicado Baeza, arzobispo de Valladolid, hacia quien apuntan las mayores probabilidades como sucesor del cardenal Tarancón en la presidencia de la Conferencia Episcopal española.

Los cardenales Tarancón y Marcelo González, cabezas visibles de las dos grandes corrientes del episcopado español de los años setenta. El taranconismo toca a su fin: la sustitución del nuncio Dadaglio es el primer signo de la energica operación de relevo al frente de la iglesia española.

caban para el futuro más de lo que se sospechaba en aquel momento.

Sin embargo, ya en junio de ese mismo año una cosa estaba clara: Tarancón estaba mediatizado por los órganos rectores del episcopado y la mayor parte de este Estado mayor de la Iglesia pertenecía a la nueva oposición. Ya no era cuestión de los nostálgicos del nacional-catolicismo que apenas sumaban quince votos. Lo que se estaba formando era un núcleo importante del episcopado que, según todos los indicios, aspiraba a alinear políticamente a la Iglesia española. De lo que se trataba era de romper la línea pragmática y neutral del Presidente de la Conferencia; era casi público que un importante sector de la llamada Democracia Cristiana española se había puesto en contacto con algunos obispos en este sentido. Incluso se supo que los intermediarios habían sido ciertos obispos alemanes, de los que años más tarde apoyarían la candidatura de Strauss, con poco éxito.

Se formaron, así, tres frentes. Quedaban los ultraderecha, comandada por el primado Marcelo González y secundada por el obispo de Cuenca, José Guerra Campos. Con ellos, los obispos de Burgos, Segundo García Sierra; Sigüenza, Laureano Castán; Orense, Angel Temiño Sáiz y otros pocos como Barrachina, Franco, Mansilla, etc. El grupo citado fue el encargado de protagonizar una oposición contra la Constitución en noviembre de 1978 y, periódicamente, se irían manifestando contra los tímidos intentos de recortar la educación privada y sobre todo contra el divorcio y el aborto.

Más significativo es el grupo ligado a la Democracia Cristiana que, poco a poco, fue copando los lugares claves tanto en la Comisión Permanente, como en el Comité Ejecutivo y sobre todo en las Comisiones episcopales que comprende desde Enseñanza y Catequesis, hasta Apostolado Seglar, Clero y Doctrina de la Fe. Según todas las fuentes consultadas forman parte de este grupo de obispos, el propio vicepresidente de la Conferencia, José María Cirarda Lachiondo, obispo de Pamplona, así como el Secretario de la misma, Jesús Iribarren. También, Elías Yanes, que preside Educación, Antonio Moreno, los Medios de Comunicación Social; Miguel Roca, Arzobispo de Valencia, la Doctrina de la Fe; el obispo de Huelva, González Moralejo, forma parte del Comité Ejecutivo y Dorado Soto, de Cádiz, el Apostolado Seglar. Precisamente sería él, junto con uno de los vocales, Felipe Fernández, obispo de Avila, los que harían llamar a las FOP para desalojar a los directivos de las Juventudes Obreras Católicas.

Por último, quedaban los obispos más liberales, desde Jubany a Iniesta y desde Díaz Merchan a Palenzuela, que se mantenían en la línea posconciliar de Tarancón.

Cambios en el Vaticano

Esta operación, que un periodista definía, gráficamente, como de «ósmosis» entre la llamada Democracia Cristiana de UCD y un buen número de influyentes obispos, no habría sido posible sin los cambios habidos en el Vaticano tras la muerte de Pablo VI y, particularmente, el creciente poderío del Opus Dei entre la curia romana y el propio colegio de cardenales. Circunstancia propiciada, a su vez, por la clara simpatía demostrada tanto por Juan Pablo I como por el actual Papa por dicho Instituto secular.

La clave de la cuestión sería el

LOS OBISPOS

nombramiento del español Martínez Somalo como sustituto del jefe de la diplomacia vaticana, Agostino Casaroli. Según los expertos vaticanistas este cargo es el realmente ejecutivo dejando para el prefecto de Asuntos Públicos, una especie de papel honorífico. Martínez Somalo, hombre muy próximo al Opus Dei, habría sido el autor, pues, de la reciente sustitución del nuncio en España, cambiando al veterano Luigi Dagaglio, el hombre que apoyó a la Iglesia contra la dictadura, por el casi desconocido Antonio Innocenti.

A su vez, la biografía de Innocenti es muy parecida a la de su superior. Nacido en un pueblecito toscano, Poppi, hace 65 años, ingresó muy joven en la Pontificia Academia Eclesiástica, donde hizo su carrera diplomática como secretario de nunciatura y auditor en varios países de Africa, Europa y América Latina. Curiosamente coincide en estos años con otro de los cardenales muy ligados al Opus: Silvio Oddi, con el que trabajó en las nunciaturas de Bruselas y El Cairo. Innocenti es considerado también persona simpatizante con la Obra de Monseñor Escrivá y, según algunos obispos, es hombre fácilmente manejable que es lo que necesita el sector conservador de la Iglesia española.

Tanto Martínez Somalo como el resto de los cardenales afectos al Opus habrían sido los encargados de transmitir al Papa una copiosa serie de quejas, llevadas a Roma por los representantes de la derecha del episcopado español, acusando al nuncio anterior, al cardenal Tarancón y al resto de la Iglesia liberal o de izquierdas, de estar «rotundamente alejada de la realidad». Ellos son los que presionarían para el fulminante cese de Dagaglio al que ni siquiera se ha dado un capelo cardenalicio como consolación, tal como es la costumbre al término de una nunciatura y más de una tan difícil y tan prolongada (trece años) como la que hubo de desarrollar en Madrid.

Unos años atrás

Conviene recordar que la Conferencia Episcopal data solamente de 1966. Pablo VI, que había llegado al pontificado unos años antes, tuvo la idea de crear un órgano ejecutivo que dependiera directamente del Vaticano, arrancando así a la dictadura el control de la Iglesia. En su declaración de principios dice que «se constituye en comunión con el Romano Pontífice y *bajo su autoridad*, para el ejercicio conjunto del episcopado Español en los asuntos de interés común».

Claro está que el Gobierno español se puso en guardia y el primer presidente sería el cardenal Quiroga Palacios, el primer vicepresidente Casimiro Morcillo y el primer secretario, Guerra Campos. Sin embargo, en 1969 el cardenal Tarancón llega a la vicepresidencia y en 1971 a la presidencia. Hay que considerar que, mientras, monseñor Dagaglio, nuncio desde 1967, ha sacado adelante nada menos que 34 nuevos obispos y la mayoría de ellos pertenecientes al sector crítico posconciliar de la Iglesia. Son estos nuevos obispos los que votan por Tarancón y le llevan a la presidencia.

Desde 1972 es secretario de la Conferencia el hoy arzobispo de Zaragoza, Elías Yanes Alvarez, un eclesiástico de origen canario y relativamente joven, ya que nacido en 1928 en el pueblo de San Cristóbal de la Laguna, en Tenerife. Este hombre que permanece como secretario hasta 1977, está en el centro del ya citado primer intento de sustituir al arzobispo de Madrid al frente de la Conferencia. Yanes es apoyado, en un principio, porque se cree que el prestigio adquirido en la secretaría puede ser un aliciente para un gran sector. Sin embargo, y muy claramente no es el momento: el grupo ultra no quiere componendas y vota por uno de los suyos, la gran mayoría de obispos duda y al final vota por Tarancón al que no ven alternativa.

Por lo demás Elías Yanes es nombrado arzobispo de Zaragoza, y allí realiza una serie de extravagancias que le queman como posible presidenciable. La gente de Iglesia cuenta con singular regodeo, su proyecto de mejora y remozamiento de la Basílica del Pilar. Al parecer, intentó que el pintor Salvador Dalí le pintara un

Monseñor Antonio Innocenti se despide del pontífice Juan Pablo II antes de partir hacia Madrid como nuncio de la Santa Sede. Este nombramiento se inscribe en la acción desarrollada por el prelado español Martínez Somalo, recientemente designado sustituto del jefe de la diplomacia vaticana, monseñor Agostino Casaroli.

gran fresco, pero el gran católico de Cadaqués le pidió la cantidad de 100 millones de pesetas para el asunto; al final todo quedaría en la subasta de las joyas de la Virgen. También fue muy comentado su intento de traer al Papa el día del Pilar y organizar un festival a base de jotas. Según dicen los que estaban presentes, fue el cardenal Tarancón el que cortó este proyecto «porque se olía que iba a convertirse en una demostración de patrioterismo casi de extrema derecha». Su actuación, más que conservadora, en el tema de la educación (ya queda dicho que preside esta Comisión del episcopado), ha sido otro de los temas en su contra.

Pasado Yanes a la reserva, se hacía necesario buscar a alguien nuevo con el suficiente prestigio para atraer a los indecisos y posiblemente susceptible de atraer los votos del sector ultra. Surgió el nombre de monseñor Cirarda, arzobispo de Pamplona, pero tenía el inconveniente de haber protagonizado un enfrentamiento con el franquismo que muchos de los nostálgicos no le han perdonado. Poco a poco fue poniéndose de relieve el nombre de José Delicado Baeza, arzobispo de Valladolid, que ya había hecho una modesta incursión en las elecciones de 1978. Delicado es hombre sin tacha al que un sacerdote me definía como «más que social, sociológico». No obstante, para los que le conocen, podría muy bien sentir la tentación política y entrar en un apoyo de determinados grupos tal como quiere el Vaticano en Italia y en otros países. El obispo auxiliar de Madrid, Alberto Iniesta, me comentaba que, a su juicio, cualquiera de los tres entraría en política, pero «por este orden: primero Yanes, luego Cirarda y luego Delicado». No obstante, las mayores probabilidades apuntan a este último.

Hay un hecho significativo: la Agencia de Prensa Asociada (APA), la única agencia de noticias de la Iglesia y que depende de los obispos, comentan que lleva un tiempo, bastante largo, haciendo propaganda indirecta del arzobispo de Valladolid a base de sacar puntualmente, casi a diario, alguna noticia o parte de su Pastoral. Este tema que fue objeto de una interpelación en una Asamblea de Medios de Comunicación de la Iglesia en 1978, fue cortado como de menor importancia, por el moderador de la misma. La APA sirve todas las noticias de la Iglesia a los diarios y tiene un contrato de información con la Agencia EFE.

Otro dato a tener en cuenta es la cadena radiofónica de la Iglesia, COPE, que hoy ha cambiado su nombre y ha pasado a denominarse, curiosamente, RAPOSA, es decir, Radio Popular, S. A., que comprende 45 emisoras y que está bajo el control directo del obispo de Badajoz, Antonio Montero Moreno, precisamente otro de los hombres próximos a la Democracia Cristiana.

La otra cara de la moneda

Más difícil es saber cuál es la otra cara de la moneda, es decir, quienes son los políticos que podrían estar en el centro de la operación. Digamos de entrada que hace un par de años, cuando la «operación

EL FRACASO DEL SINODO

E. MIRET MAGDALENA

La familia está en crisis, eso es cierto. Pero la crisis, ¿es de estructura o es de fondo?

Roma, con su cortejo de severos burócratas célibes, no parece darse cuenta de que los tiempos han cambiado; y sigue diciendo las mismas cosas que podían haberse dicho hace un siglo, a pesar de que nuevos problemas humanos han aflorado al mundo. La explosión demográfica, el matrimonio basado en el amor, la mayoría de edad a la que ha accedido la juventud, el desarrollo de la técnica médica, el crecimiento acelerado del paro y el descubrimiento científico de la sexualidad son otros tantos aspectos de esta nueva sociedad.

Y hemos de confesar francamente que los representantes del episcopado mundial –salvo voces valientes que han clamado en medio del desierto que es el conformismo clerical– no han tenido valor para partir de estas nuevas realidades en las que se ve metido el hombre contemporáneo.

El final de esta Asamblea ha sido un conjunto de vagas recetas que no suponen ningún cambio de postura, y un discurso del Papa que ha echado un claro jarro de agua fría a la posible interpretación claramente flexible de tales conclusiones episcopales.

Para este resultado bastaba acudir a los antiguos manuales de moral, hoy enmohecidos por falta de uso en el polvo

LOS OBISPOS

Yanes» citaban a Federico Silva y a Osorio, como posibles enlaces. Hoy, habría que mirar en otro sentido y considerar, al menos, dos direcciones: una la del Opus Dei y sus representantes en UCD y la Administración. Otra, sería la Editorial Católica, en cuyo consejo han estado y están varios de los obispos citados como proclives a la politización, así como el antiguo grupo Tácito, hoy en puestos claves del poder, desde Marcelino Oreja a Landelino Lavilla, sin olvidar al subdirector del diario «YA», Luis Apostua, estratégicamente colocado en el Ministerio de Justicia. Se asegura que Landelino Lavilla, presidente del Congreso y el obispo auxiliar de Madrid, José María Estepa, tienen frecuentes encuentros y conversaciones. No es un secreto que una comisión de obispos realizó una visita al entonces ministro de Educación, Iñigo Cavero, para tratar del tema de la enseñanza privada.

Por otro lado, la discusión de temas que la mayor parte del episcopado considera intangibles, tales como el divorcio, el aborto y las subvenciones a la escuela privada y religiosa, ha conseguido limar muchas asperezas. En las últimas Asambleas de obispos, el sector progresista se quedó estupefacto al ver como los sectores ultra y moderado votaban en común. Del mismo modo los viejos resquemores entre el Opus Dei y la ACNDP, núcleo ideológico de la Editorial Católica, parecen haberse casi olvidado en aras de lo que se considera un necesario frente común.

Operación escoba

Hecho significativo del mundo de la Iglesia española es la patente eliminación de los elementos más críticos, particularmente de publicaciones periódicas y también de responsables de organizaciones seglares de base. El caso ya relatado de la JOC no es ni mucho menos un caso aislado: redactores y responsables de la sección de Iglesia de periódicos ligados al episcopado, han sido apartados para dar paso a personas más maleables. Se considera que esto será necesario de cara a una nueva etapa en la que habrá notables cambios tácticos en la jerarquía de la Iglesia.

Del mismo modo, las Ordenes dedicadas a la enseñanza parecen haber tomado un camino muy conservador y en algunos casos

Antonio Yanes, arzobispo de Zaragoza, y José María Cirarda, obispo de Pamplona, dos nombres importantes de la Conferencia Episcopal que cuentan a la hora de afrontar el relevo del cardenal Tarancón en la presidencia de la Iglesia española.

SINODO

de las estanterías, y hubiéramos encontrado en ellos lo mismo que se ha dicho en las determinaciones finales de esta reunión mundial organizada a bombo y platillo, como si fuera algo nuevo en la historia del catolicismo.

Los seglares que asistieron fueron seleccionados entre los más conformistas o entre aquellos que viven una espiritualidad religiosa evanescente y poco realista. Y los Obispos se encontraron bajo la presión de un Papa polaco que no conoce bien el contexto de otros países y, sobre todo, de la mentalidad occidental y de la del tercer mundo.

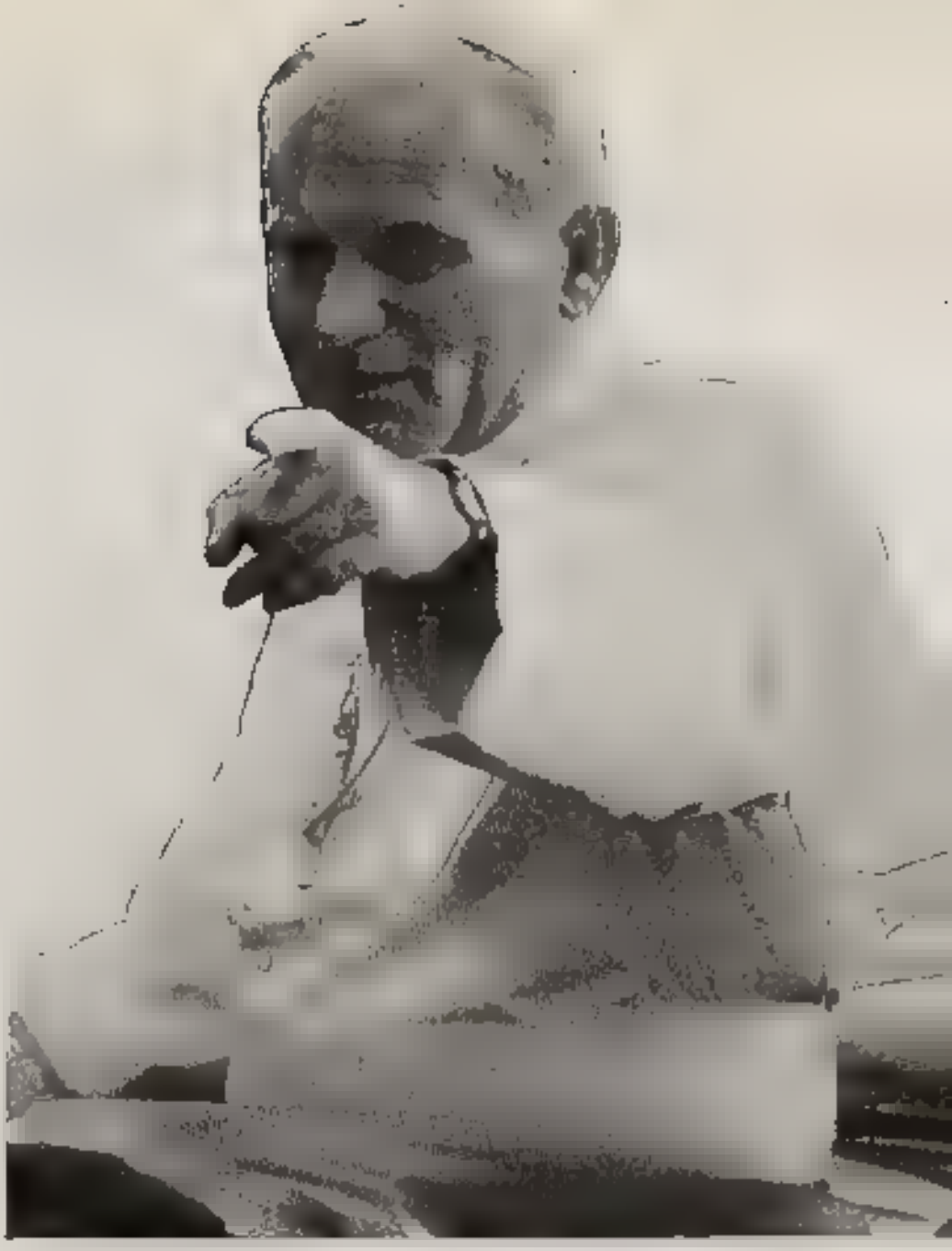
Juan Pablo II ha vivido una experiencia de fuertes dificultades religiosas por la dura política de hace años en su país. Por eso su catolicismo es de defensa, de estrechar filas contra el enemigo; y así le cuesta trabajo comulgar con las aperturas del mundo occidental o con las costumbres del tercer mundo porque viene de otra experiencia muy diferente. Sin embargo, el Papa no ha perdido por eso su sentido pastoral, y lo que en teoría condena, luego está dispuesto a tolerarlo en la práctica, si bien sea de una manera excesiva e insuficiente.

Esta es la clave del Sínodo Mundial de Obispos, que no ha profundizado en los problemas que el cambio de estructura de la familia actual supone. No se ha visto la necesidad de acomodar el mensaje esencial del Evangelio a las culturas tan distintas en las cuales viven los católicos de los más diversos países. Por ejemplo: en el Occidente del desarrollo existe el problema de la regulación artificial de la natalidad; en los países africanos el problema de la poligamia; en la India la necesidad de asimilar una cultura milenaria a veces más rica que la occidental; y en América Latina la necesidad de un clero casado, que tímidamente piden algunos Obispos de aquellos países, ante el temor de verse un día sin apóstoles difusores del mensaje cristiano.

Ni siquiera se ha abordado seriamente el escándalo de las anulaciones

hasta demagógico. Recuérdese, por ejemplo, los mítines ultras del agustino padre Martínez Fuertes en el Palacio de los Deportes de Madrid, abarrotado de religiosos enseñantes de ambos sexos. El quid de la cuestión es que, según el pragmatismo de Tarancón, los profesores religiosos mantenían una postura según el barrio donde se encontraban o la ciudad en que ejercían. El obispo de Madrid, Iniesta, comenta que hay colegios de ursulinas en los que hay que «frenar a la Superiora, para que no se pase de roja» y lo mismo puede decirse de otras Ordenes consideradas muy conservadoras. Cree este obispo que, en su opinión, «hay como una tercera parte de religiosos enseñantes progresistas y los otros dos tercios están en la línea de Martínez Fuertes».

Sea como sea, la Iglesia de la tolerancia, de los derechos humanos, del leve, pero perceptible progresismo, parece estar dando las últimas boqueadas. Los años que simbolizaron Dagaglio-Tarancón, han pasado ya sin duda. Habría que empezar a mirarnos en los vecinos: en Italia el milagro de ■ sangre de San Genaro sirve para hacer propaganda contra la ley del aborto y en Alemania el episcopado elimina a todos los profesores de teología mínimamente disidentes. Lo que va a pasar en España tendremos ocasión de verlo y sentirlo muy pronto. ■ **R. C.**



matrimoniales, que muchas veces es un negocio bien montado o una picaresca propia de nuestras novelas clásicas. Todo ha vuelto a centrarse en la encíclica «Humanae Vitae» con su enemiga a los medios artificiales de regulación de la natalidad, cuando estos medios suponen un método técnico que, como tal, no compete a la Iglesia. Se propugna todavía una concepción patriarcalista de la mujer. Y se les cierran los Sacramentos a numerosos católicos divorciados civilmente, que creen estar en regla ante su conciencia y ante Dios, aunque no con el derecho de la Iglesia o con las decisiones falibles de los Tribunales Eclesiásticos.

El Papa tuvo el desacierto, desconociendo nuestra mentalidad, de citar el extraño caso para nuestra cultura del posible adulterio psicológico de un marido con su propia mujer. Bien explicado hubiera podido tener trascendencia como causa de divorcio, ya que el matrimonio se encuentra centrado en el amor, y sería una enormidad psíquica la ruptura con la propia mujer entre amor y sexo material.

El Cardenal Hume, haciendo gala del clásico humor inglés, refirió a sus colegas en pleno Sínodo el sueño que tuvo: el de una Iglesia-fortaleza que se separa del mundo, viviendo aparte de él, y diciendo «no» a todo lo moderno, porque es nuevo y resulta peligroso para la rutina anacrónica de esta gran fortaleza, que es el mecanismo eclesiástico.

Cosa parecida hizo el Obispo indio Monseñor Pedisara. Les contó un sucedido chistoso, con el cual quería decirles amablemente que lo que estaban haciendo en el Sínodo era inoperante, porque lo hablado no pasaba de aquellas famosas expresiones de Pero Grullo que a la mano cerrada le llamaba puño y se quedaba tan tranquilo con su invento.

En una palabra: un tiempo perdido lastimosamente, porque podía haberse empleado útilmente en renovar la estructura anacrónica de la familia occidental, para salvar el fondo positivo de este grupo humano, o asimilar las costumbres culturales de otros países que tienen derecho a vivir su propia idiosincrasia. ■ **E. M. M.**

EL PAPA
Y LA CARNE FEMENINA

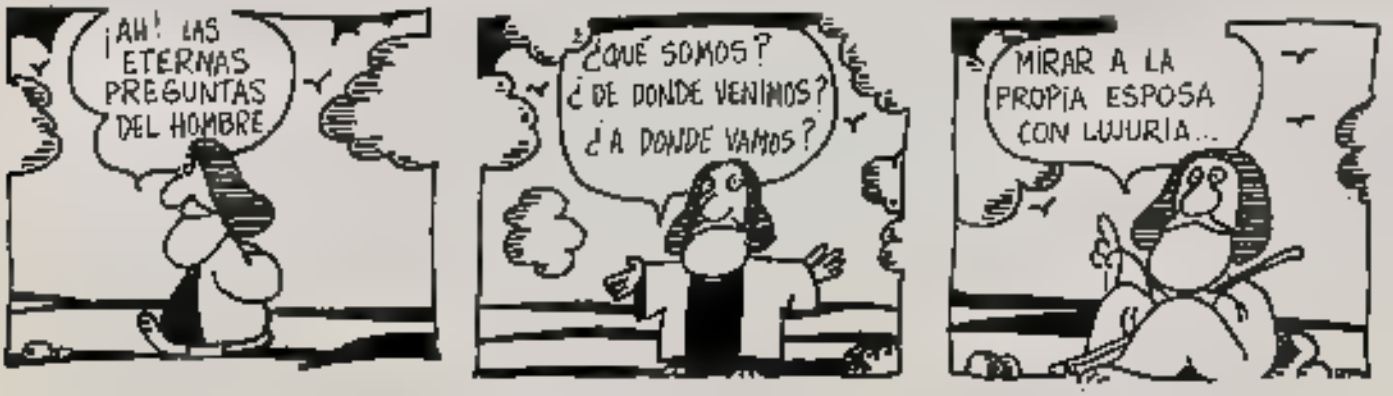
MANUEL VICENT

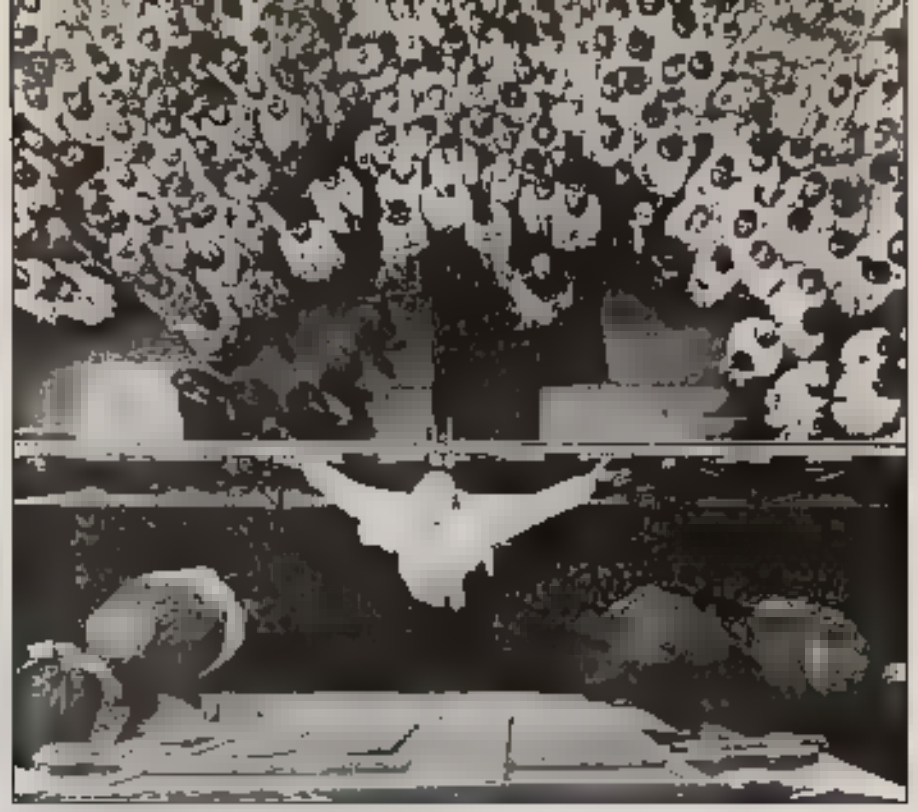
El Papa de Roma ha recomendado a sus súbditos casados que dejen de mirar a la mujer propia con deseo libidinoso si no quieren cometer adulterio. Es un detalle de buen gusto, aparte de una obviedad porque, según la versión más moderna, el matrimonio sólo consiste en hacer el amor sin ganas y dar dinero para la compra. Realmente sería una ordinariez poner ojos de sátiro o morderse la lengua con lascivia ante la legítima esposa, que está dando cera ■ aparador con bata de cuarterones, la cabeza coronada de bigudíes y las medias bajadas hasta la babucha. El matrimonio es otra cosa, un negocio, tan honorable como una empresa de fideos, no tiene nada que ver con la pasión ardiente que hace saltar en pedazos el libro de contabilidad. La opinión del señor Wojtyla es la propia de un gimnasta polaco enamorado de Dios y de sus bíceps que se pega una sesión de paralelas antes de misa de ocho. Tampoco se trata de un juicio revolucionario. Más bien se inscribe en la tradición judeocristiana de la ética sexofóbica que considera al ser humano, de ombligo para abajo, como una letrina y a la mujer en concreto toda ella un sumidero de concupiscencia, aunque se admita que es capaz de preparar a veces una torta de pan ácimo o una sopa juliana que no está del todo mal.

De modo que el Papa prohíbe los juegos eróticos en el lecho conyugal, manda que se vaya directamente al grano en plan estajanovista y que se tome el sexo como un instrumento de trabajo. Por su parte los obispos no quieren que la gente se divorcie. Tanto si lo tomas como si lo dejas, si te pasas como si te quedas corto, en ambos casos por igual reyes amenazado por el fuego del infierno. No resulta raro entonces que Orígenes, Padre de la Iglesia, decidiera tirar por la calle del medio y se cortara los testículos en nombre de Dios, para salir del dilema. Así están las cosas. Pero los que no tengan el valor de Orígenes pueden adoptar el remedio medieval de la *chemise cagoule*, un rústico camisón cerrado por el cuello, las muñecas y los tobillos con un agujero estratégico a la altura de la herramienta a través del cual el marido podía fecundar a su mujer los días que no fueran de ayuno ■ abstinencia, viernes de cuaresma o vísperas de Navidad. La prenda no es tan insólita. Sin ir más lejos así se trabajaba ■ débito un catedrático de Derecho Civil que tenía yo en Valencia, lo que se dice un santo.

Habitamos un valle de lágrimas, no hay que olvidarlo, donde la mujer más apetecible siempre la tiene el prójimo. En el Evangelio según San Mateo dice Jesús: «Vosotros habéis oído que los antiguos dijeron: no cometerás adulterio. Pero yo os digo: cualquiera que mira a una mujer para desearla ha cometido adulterio con ella en su corazón.» En el texto no se especifica el estado civil del enamorado. Pero el Papa Wojtyla lo aclara. Se puede cometer adulterio sin salir de casa, sin abandonar ■ salita de estar, basta con que mires de reojo a tu señora con los párpados entornados por un celo no profesional para que sientas que el brasero de la mesa camilla se convierta en una caldera de Pedro Botero. El señor Wojtyla acaba de recordar lo que ya dijo en la Edad Media Pedro Lombardo en el tratado *De excusatione coitus:* «El que ama demasiado ardientemente a la esposa, comete adulterio.» Pero esta locura arranca de más atrás. San Jerónimo ya advirtió que el matrimonio es siempre un pecado, San Agustín nos recuerda que el hombre es engendrado y nace entre heces y orinas, Tomás de Aquino remacha que el acto conyugal en el fondo ofende a Dios y así sucesivamente una larga lista

El beato Jeremías





de reprimidos sexuales que han torturado su mente en torno a ese calambre glorioso de la uretra que en el fondo es algo hermoso, simple e inofensivo si se toman las debidas precauciones. El remedio para santificar el matrimonio nos lo ofrece el monje Bernardino de Siena al proponer como modelo a dos santos esposos que no querían profanar el sacramento con las obscenidades del bajo vientre y pasaron la noche de bodas entre dramáticas angustias y al final resolvieron consumar sus deberes conyugales con llantos y lamentos. Aproximadamente eso es la santidad, pero si compras un frigo de sex-shop y haces penitencia erótica entonces, te conviertes en un aberrante, en un impúdico pecador, de modo que estás en el filo de la navaja y no tienes escapatoria.

Si la Iglesia Católica hace revolucionar ahora sus convicciones medievales respecto del sexo, esto se puede convertir en una matrimonio general. La tradición judeocristiana no le tiene ninguna simpatía a la mujer, por decirlo de una forma suave. Desde San Odón de Cluny que la llama bolsa de estiércol a San Luis Gonzaga al que se le subía el rubor hasta las orejas cuando miraba a su madre, desde el Eclesiastés a la alocución dominical del Papa Wojtyla las señoras constituyen un vaso de lujuria, se establecen como la perdición de los hombres. Queda una solución. Pedir el divorcio. Pero tampoco se puede. Vadeando las terribles pastorales de nuestros obispos que amenazan con el fuego eterno al ministro de Justicia, en el Congreso una ponencia está analizando las causas de disolución del contrato matrimonial. No se admite el mutuo consentimiento. Se pide una situación de hecho más o menos larga, requisitos, legulevos, trampas, mentiras, peleas, cónyuges culpables. Creo que los diputados tienen ahora una salida honorable, siguiendo las enseñanzas del Papa, para dar una solución fácil a la separación de las parejas sin dañar su conciencia democristiana. Se trata de admitir como causa el sentido del pecado.

El adulterio es un motivo más que sobrado. Resulta que un cristiano ve todos los días a su mujer con la fregona y se pone cachondo. Yo pregunto si se puede alegar ese deseo impúdico delante del juez, contando con toda la jurisprudencia misógina de la Biblia, para repartirse amigablemente la loza y salir pitando cada uno por una esquina. Si el hogar se ha convertido de hecho en un prostíbulo, donde cada mirada a los bajos de la mujer es un desafío al sacramento, si cada gruñidito amoroso atenta no sólo contra el reglamento, sino que te puede proporcionar la perdición eterna, no encuentro obstáculo para que un católico pueda acudir al juzgado con un certificado médico de normalidad sexual y pedir el divorcio por adulterio con su esposa. Y encima pasas por santo. ■ **M. V.**

RAMON

BESTIARIO

MANUEL VAZQUEZ MONTALBAN

EL ministro español de Justicia no tiene hijos. El cardenal Tarancón tampoco. Tal vez por eso se aprecien en el fondo y comprendan ese poema inédito que alguien está escribiendo.

No tengáis hijos,
dejad que las tortugas recuperen la tierra
y ni siquiera memoricen
la sopa de tortuga
o la victoria sobre Aquiles,
manipulada por los filósofos.

El cardenal Tarancón cita refranes populares y el ministro de Justicia a Saint John Perse, poeta y diplomático de la UCD francesa de entreguerras, sector nada socialdemócrata, más bien diría del sector prepetainesco que en la UCD vela armas y mantiene comandos de información censadores de barbas y barberos.

–Monseñor.

Dijo Fernández Ordóñez, ministro de Justicia, durante un breve encuentro bajo estucados y al borde del abismo de escotes Balenciaga con escalera de incendios.

–Monseñor.

Insistió Fernández Ordóñez. Tarancón le dio un abrazo soviético y nuestro fotógrafo, que estaba allí, les remató en ■ doble dimensión.

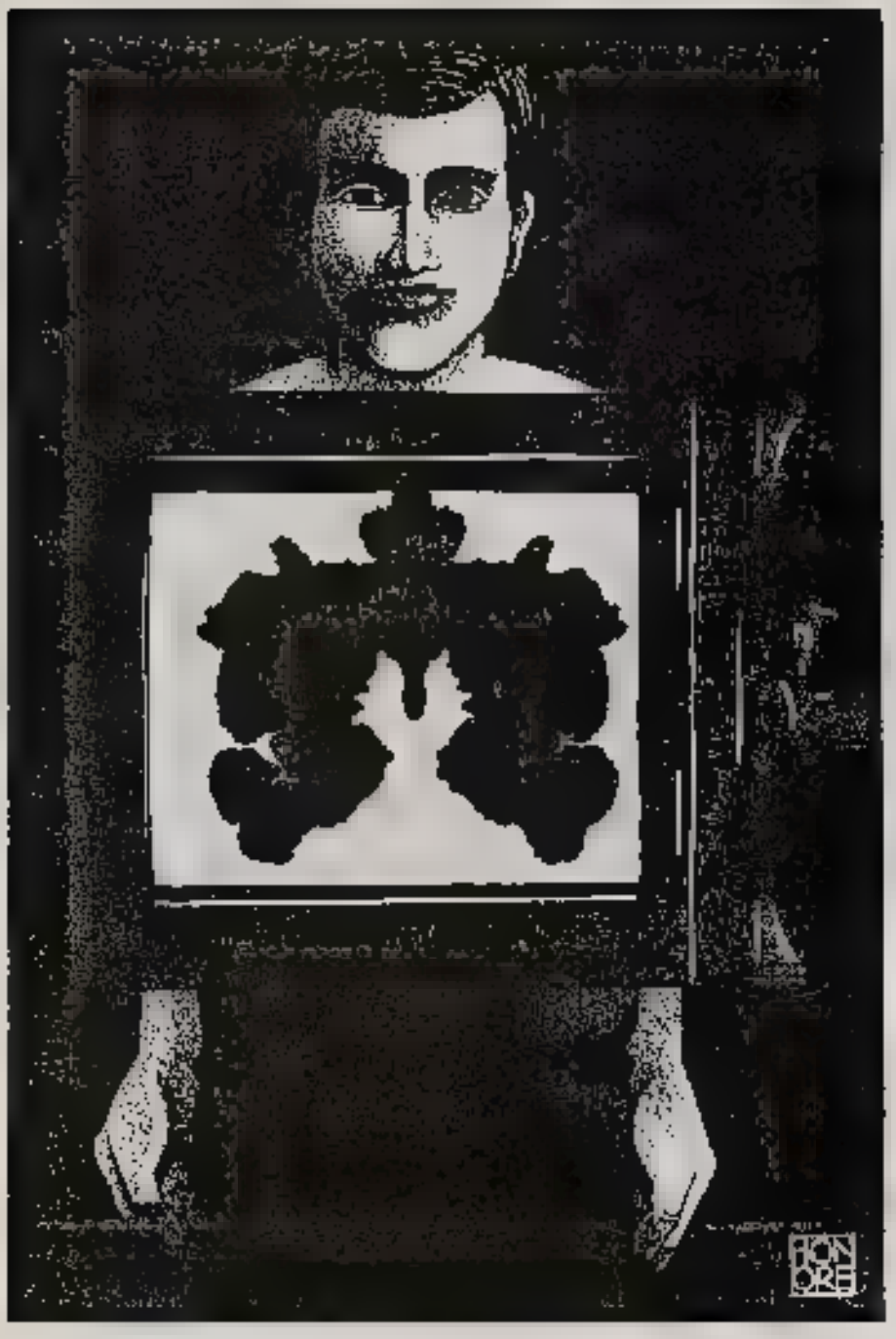
–¿No será usted el fotógrafo de «Sal y Pimienta»?

Preguntó un sindicalista polaco.

–No.

–Maldición.

Comentó el sindicalista polaco y se fue a confesar porque había cometido pecado de soberbia, de ira y de adulterio, si no con el corazón sí con el bazo. Fernández Ordóñez paseaba a Tarancón bajo el palio de su abrazo civil y el cardenal le recordaba aquellos tiempos en que contra Roma estábamos mejor. Luego, ya en el jardín, lúdicamente, se propusieron jugarse los límites de la ley del divorcio a los chinos, pero como ganó Fernández Ordóñez, quedó claro que el juego juego era y la ley ley. La fiesta estaba muy animada. El chambelán aumentó la temperatura de la caldera de la espectación al anunciar la llegada de Alejandro Rojas Marcos, acompañado de tres sultanes de Persia. Se posó majestuosamente la alfombra mágica de Crevillente y Sir Alejandro se disculpó por su disfraz improcedente de húsar de Alejandra, para pasar a denunciar a los partidos centralistas por la falta de chilabas padecida por el



mercado nacional. Besó Alejandro la mano del cardenal y las mejillas del ministro. Se hincó de rodillas como los santos de la Leyenda Aurea, pero fue para orar en dirección a La Meca.

Ya es hora de que salga la encantadora ■ inevitable Gladys, sobrina de la anfitriona, una Zsa Zsa Gabor madrileña especializada en dar de cenar ■ Emilio Romero y a uno de los 500.000 Garrigues Walker que en el mundo han sido. Gladys sirvió el excelente Oporto a la hora del champán y ■ champán a la hora del excelente Oporto. Daba igual porque era una muchacha encantadora, con los senos de caucho y un culo terminal para piernas largas que más que andar dibujaban pasos. Se le conocía alguna historia con Miguel Bosé, totalmente desconocida por Miguel Bosé, y si Gladys ejerce cierto protagonismo fue porque dijo: *¡Qué hombre!*, en cuanto vio a Fernández Ordóñez abrazado a Tarancón. ¿Qué le sucedía al ministro? Tal vez esas enarcadas, tristes cejas de cantaor de flamenco ■ de capador de codornices. Quizá una calva perfecta en sí misma, rigurosamente peinada y amueblada sobre las orejas por un peine de marfil cotidianamente lavado y relavado con Colgate. O ese estar y no estar, ser y no ser mientras se estaba y se era, cualidad del yo de carne que jamás se ha podido plantear el yo metafísico y que debe al lenguaje.

–Preséntamelo.

Pidió Gladys mimosamente a Alfonso Guerra, sorprendido en el trance de estrangular a Abril Martorell tras las cortinas de terciopelo morado, que en opinión de Pitita Laín Entralgo era una absoluta cursilada. Alfonso Guerra ■ limpió con las cortinas las manos embabadas ■ hizo las presentación con la brutalidad que le caracteriza.

–Aquí una mujer neumática, aquí un socialdemócrata por la vía del 143.

–Adelante los del 43.

Dijo Gladys, que era sorda como todas las miopes y miope como todas las sordas. Fernández Ordóñez le dijo inmediatamente:

–El divorcio está al caer.

–Yo no he oído nada

Dijo Tarancón, divertido pero pálido. Ya Gladys había cogido las dos manos del ministro y le miraba a los ojos

–¿Será capaz de hacer eso por mí?

–¿Está usted casada?

–No. Soy soltera. Pero...

Como el ministro adivinó una frágil vacilación en el inflexivo gallear de la joven, insistió

–Diga, diga.

Tarancón carraspeó y se apartó refunfuñando para sí: *A esto conduce el divorcio.* Es hora que digamos que el cardenal tenía un día más escéptico que de costumbre, la socarronería dióptrica a media asta, porque se temía lo peor en el Sínodo de los obispos y lamentaba profundamente que Polonia hubiera aportado algo más que pianistas a la Historia de la Humanidad. No porque el cardenal fuera partidario del divorcio y mucho menos del aborto, sino porque era partidario de las vivencias y los hechos consumados, llamáranse como se llamaran, vinieran de donde vinieran.

–¿Ya sabes árabe, muchacho?

–No, pero Alá me entiende. No olvide monseñor que estuvo mucho tiempo en España.

Rojas Marcos había terminado sus abluciones y paseaba gallean-

te mirando a derecha e izquierda por si veía al Guerra para decirle tres cosas bien dichas. En cuanto le vio le dijo: ¡Cómo estás Alfonso! A lo que el grosero «amigo del chico» contestó con que que te den morcilla, perfectamente escuchado por los 500 agentes de la KGB de Malasaña

–¡Problemas!

Preguntaron al unísono los 500 agentes de la KGB y los 500 de la CIA, pero como conocían las buenas relaciones entre Rojas Marcos y El Gadafi y Alfonso Guerra y Willy Brandt, consideraron que no era asunto suyo

–Me voy a China para orientarme un poco.

Decía Carrillo en su rincón, en el instante en que salía a la calle un disco de Blas de Otero, recitado por él mismo, por Ana Belén y por Fernando Rey, disco culeado más que prologado por el catedrático Alarcos Llorach, culeado por la posición teórica del texto y por el afán preconciliar de desadjetivar al heroicamente rojo Blas de Otero rojo, rojazo, rojizo, rojísimo rojado, rojo común, comúnmente rojo, comunistamente rojo comunista

–Los chinos no son tan chinos como nos lo ha contado la propaganda soviética.

Trataba de convencer Carrillo a Pitita Marías (¿O era Pitita Laín Entralgo?)

–Eso se lo dirá usted a todas.

–Sobre todo se lo digo a todos.

–Es usted un atrevido.

–Esta señora es mi señora.

Intervino alguien que no era ni Julián Marías ni Laín Entralgo

–¿Está usted segura?

Preguntó la mujer, dispuesta a colaborar. Pero Carrillo no quería ser víctima de una provocación y siguió leyendo el ejemplar de «Mundo Obrero» que llevaba en el bolsillo de la chaqueta habitualmente destinado al pañuelo de seda

–¿Los comunistas tienen una filosofía del mundo y de los otros?

Interrogaba Gladys a Fernández Ordóñez en el jardín, paseantes el administrador y la administrada bajo la luna más llena que habían podido encontrar los anfitriones

–Eso me temo.

–¡Hostias!

Dijo la joven e hizo un mohín de disgusto. Fernández la consoló

–El tiempo lo cura todo. Como dice Leszek Kolakowski en su «Tratado sobre la mortalidad de la razón»: **La personalidad es una realidad no intelectual, prepredicativa, y la comunicación de contenidos verbales no puede ser considerada como una relación personal, interhumana.**

–¿Otro palace?

–Eso me temo.

–Usted teme mucho.

–Sí, pero pasarán por encima de mi cadáver.

Y el ministro miraba obsesivamente hacia el horizonte goyesco adivinado en el recortable de sombras y penumbras lunares

–Me gustan los hombres con proyecto histórico.

–¿Es usted orteguiano?

–Mi padre lo era. Lo mataron en la guerra civil.

–¿Los rojos? ¿Los nacionales?

–No, en la guerra civil de Nicaragua. Yo soy de Nicaragua.

–¿Y ese acento catalán?

–Es que soy de la parte de la frontera con Guatemala.

Rojas Marcos bisbiseaba junto a la oreja de Carrillo que se hiciera musulmán y lo añadiera a las otras aportaciones al pensamiento socialista.

–Aparta, Satanás.

Dijo Carrillo amablemente, y Tarancón se santiguó complacido

–Creo que ha tenido usted problemas en Cataluña.

Preguntó amablemente el cardenal

–¿Quién no tiene problemas hoy día, eminencia reverendísima?

–Estos jóvenes. El mundo es de ellos.

Señaló el cardenal a Gladys y Fernández Ordóñez que seguían paseantes por el jardín. Pero a medio camino, sus miradas se detuvieron en el grupo formado en torno a Alejandro Rojas Marcos, subastante de su alfombra mágica

–Como alfombra es una birria, pero como mágica está muy bien.

Opinaba Pitita Laín o Pitita Marías

–Se pone en los 160 en tres segundos, es Diesel, está libre de impuestos porque se la compré de segunda mano a una de las esposas repudiadas por el Sha.

–¡Es de Crevillente!

Denunció Alfonso Guerra mientras agitaba un poderoso dossier que acababa de pasarle Ernest Lluch

–¡No te jode! ¡Iba yo a vender una alfombra persa por 30 duros!

Los camareros asistían inmutables a cuanto allí ocurría, sin más oficio ni beneficio que acarrear canapés de caviar hacia el rincón donde los fontaneros de la Moncloa lo escuchaban todo por teléfono

–¡Acaban de dar autonomía a Belchite por la vía del 124 descapotable!

Comunicó el ángel de la guarda de Carrillo. No hubo apenas reacción porque no podía decirse que la noticia fuera insólita. Pero tres generales se creyeron en la obligación de desenvainar y envainar el sable en un triple acto mecánico que a nadie pasó inadvertido

–¡Los poderes fácticos!

Se fueron diciendo los unos a los otros mientras asentían conscientes de lo que decían y de lo que no decían. El rumor llegó al jardín y Fernández Ordóñez protegió a Gladys con su cuerpo

–Ha sido una falsa alarma.

Le dijeron a Fernández Ordóñez por el transmisor que llevaba camuflado como aguja de la corbata. La orquestina empezó a tocar *El Continental* para relajar el ambiente y al contagio del ritmo, Gladys y el ministro se sintieron Fred Astaire y Ginger Rogers, un Fred Astaire triste y con las cejas cargadas de versos ajenos una Ginger Rogers sudada y sexuada con caderas de rumba

–Eso es de La alegre divorciada.

Exclamó Tarancón nostálgico.

–Es de mi quinta y de la suya, don Santiago.

Depositó Tarancón diez duros en la gorra de chulito nicheseo que le tendía Tamames

–La voluntad para la repoblación forestal de Madrid.

–No te lo gastes en rayoces, chico. Usted perdone, don Santiago, pero cada uno defiende lo suyo.

El mes de octubre tiene los cuernos helados por los primeros fríos serranos auténticos y las damas convierten los chales en una tercera piel cuando salen al jardín para contemplar la actuación del

payaso invisible. Se ríe cada cual de su payaso imaginario y los aplausos crean la discreta solidaridad del público. Un padre iraní lleva en sus brazos el cuerpo sin vida de sus cien mil hijos. Un padre vasco lleva en sus brazos el cuerpo sin vida de sus cien mil hijos. Envejece la noche, derrama arrugas sobre los rostros, cera lunar sobre los hombros, filos de navajas contra los ojos parpadeantes pese al colirio de fingidos encantamientos. Acaso una embajada ¿no es una isla? A la deriva la isla octubrina, mientras la orquesta interpreta un homenaje póstumo y cansado a André Kostelanez.

—La declaración del Sínodo de los Obispos parece redactada por Marcelino Oreja.

Le dice a Tarancón un joven hasta ahora desconocido que no pudo casarse con ninguna nieta de Franco porque se habían acabado.

—Es usted un radical.

—En efecto. Voy a fundar el partido radical y dirigiré la fracción hípica.

—El anticlericalismo volverá a desarrollarse, don Santiago. Con lo bien que lo teníamos con tanto cristiano para el socialismo y tanto socialista para el cristianismo. La vida es dolor, como decía el Kempis.

Fernández Ordóñez ha dado por terminado su aparte con Gladys, sin aceptar ni dar el número de teléfono.

—Cuando hice la reforma fiscal tuve que pedir un crédito para poder pagar mis propios impuestos.

Se justifica. Gladys cierra los ojos asintiendo. Es toda ella la estatua de la mismísima comprensión. Vuelven al salón donde hay un pequeño revuelo porque al fin se ha descubierto que Pitita no era Laín ni Marías, sino Pitita Ridruejo. Tarancón y Fernández Ordóñez abandonan la fiesta del brazo.

—¿Cómo termina aquel poema sobre los hijos que alguien está escribiendo?

Alza Fernández Ordóñez la visera de la memoria y recita contra las alturas blanquinosas de la noche alunada:

A lo sumo
extingámonos sin dolor
reservando la tierra para penúltimas
parejas

la última que se suicide
para evitar el palique de las serpientes.

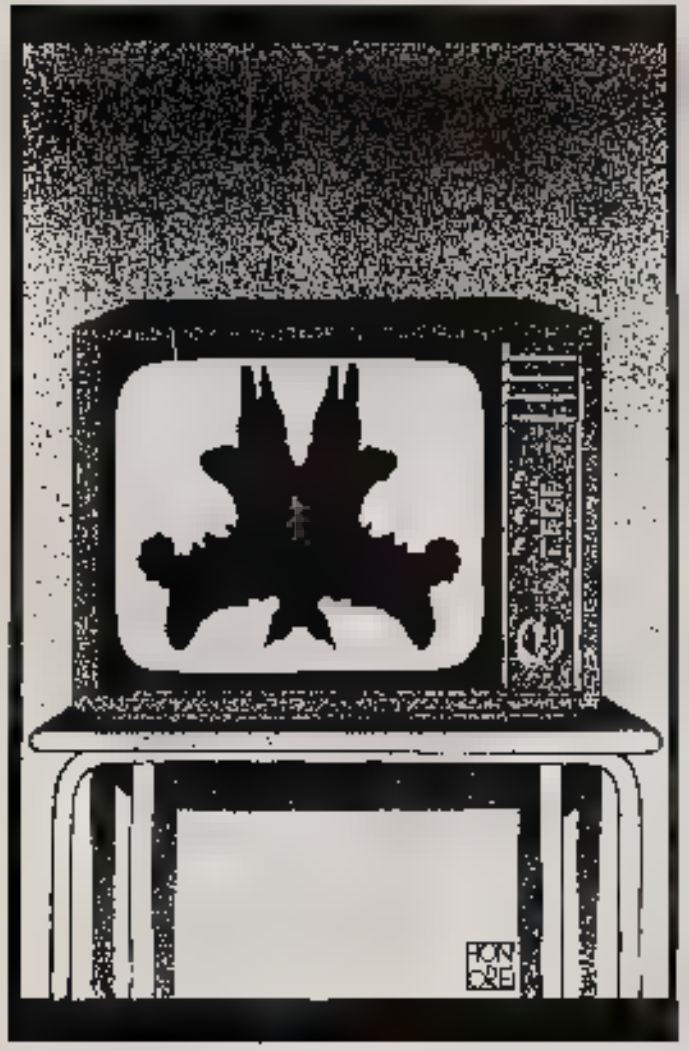
—Imposible.

Fue el único comentario de Tarancón.

—¿Por qué?

—El Papa está contra el suicidio..

■ **M.V.M.**



Decíamos mañana

ASI QUE PASEN CINCO AÑOS

POZUELO

EL primo Eugenio se ha comprado una gorrilla en la calle de los Reyes, esquina a ■ del Amparo. «No hay otro sitio», dice él. Es uno de los últimos madrileños que cree en los sitios; se va los domingos a la calle del Pozo a comprar los bartolillos que la vieja pastelería hace sólo ese día; antes o después habrá pasado por Martinho, por lo de las yemitas chinas, y habrá evocado a la tía Filomena, que tocaba el arpa –el piano, decía ella, estaba al alcance de cualquiera– en sus habitaciones de Palacio, donde su padre era boticario; y vivía allí, cerca del botamen, por si había un augusto cólico que remediar a eso de la madrugada. Y quizá ese día o cualquier otro se había pasado por El Riojano, de la calle Mayor, para comprar azucarillos, ■ viejo símbolo fálico que servían dentro de una copa para agua en los antiguos cafés. «Cuando el mundo era el mundo», dice ■ primo Eugenio.

–¿Qué es ahora, primo?

–Una zaragata.

Se ha comprado su gorrilla y ha encontrado en el viejo arcón de la enorme casa familiar un pañuelo blanco, un *foulard* que llevaba su padre con el abrigo con cuello de terciopelo negro, sobre el frac, que él decía fraque. «Pareces un madrileño antiguo.»

–No emplees redundancias. Si dices la palabra «madrileño», lo de antiguo es obvio; redunda.

Así vestido, el primo Eugenio practica su «hobby» algunas noches, algunos días de la semana: vende tabaco entre los dos Roxy, cuando los estancos están cerrados, y es ropavejero en un puesto del Rastro. En Fuencarral pregona su mercancía:

–¡Cáncer, quien quiere cáncer!

Y eso le ha hecho muy popular. Sale a nuestra Tía Rosa, que se hizo actriz –lo enseñaba todo representando a «La Revista» en «Cuadros disolventes»– sólo para humillar a la familia; y luego, cuando ya la representación quedaba un poco fofa, se hizo señora de los lavabos del Café de San Millán, y vendía tabaco a la puerta de su yerno, con piedad de los vecinos y desdicha infinita del humillado.

El primo Eugenio ha tapado su cestilla con un hule reminiscente –debió ser de ■ mesa de la cocina de su casa– y me ha invitado a café con churros.

–Te voy a confiar un secreto. La familia se extingue y conviene que alguien lo sepa todo, para cuando se haga la crónica. Mi secreto es éste: hace cinco años hice la cola de la Plaza de Oriente para ver muerto a Franco. Y lo ■. Te juro que estaba allí, como de piedra, y había gente que se desmayaba y otros que querían tirar claveles, como en una buena tarde de toros.

EL primo Eugenio, en sus años mozos, jugaba al tenis en un club elegante y marcaba las pelotas con una hoz y un martillo. Antes había llevado escarapela tricolor en la solapa –cuando le hacía los trajes Collado: era el sitio– y había ido a los mítines de Azaña. Luego estuvo en algunas cárceles, dentro y fuera de España. Pero se explica:

–Yo no quería que se fuera sin verle irse. ¿Te acuerdas de lo que decíamos entonces? ¡Que era inmortal! Lo decíamos medio en broma, con sorna; pero en el fondo, en el fondo... Yo, que quieres que te diga, llegué a creerlo.

Ha habido otros inmortales, ¿no?

–No.

–¡Cómo que no! Asháverus, Cagliostro. Todavía andan por aquí. Bueno, pues yo llegué a creer que Franco era inmortal, aunque fuera sin creérmelo. O sea, a la manera española, que es la de creer en todo sin creer en nada. O viceversa. Es la ventaja que tenemos sobre los extranjeros, que creen ■ no creen, pero no mezclan porque se marean. Aquí vivimos en una elegante fantasmagoría. Es nuestro realismo.

–No te enredes.

–Si quiero, me enredo. Insisto: pasé horas en la cola, llegó mi turno y le vi. Estaba allí y era él, más moneda que nunca, más sello de correos que nunca; más muerto que nunca. Y al día siguiente me fui a ver pasar el armón. No hay nadie más muerto que aquel a quien llevan en un armón de artillería. No pude llegar al Valle, pero fui poco después, para ver la lápida. La vi. De todas formas... Otros se han escapado...

–No.

–¡Ateo! Cuando lo vi todo, me dije que había llegado el momento de empezar a vivir.

–Y no.

–Y no. Todavía estaban Arias Navarro y Fraga, pero yo sabía

que se irían. Luego vino Suárez; y al verle, tan inarrugable, tan de almidón y plancha fina, comprendí que nos la habían jugado.

–¿Quiénes?

–Los de siempre. Y los nuevos, también. Carrillo lo entendió en seguida y se fue a un sastre de barrio. Pero ya Felipe le había madrugado y había empezado a ponerse corbata a todas horas: no se la ha vuelto a quitar más que para dimitir y para renacer del Congreso extraordinario. Para que vieran que era un compañero. ¿Has leído a Carlyle?

–En mis ratos de descanso. Para distraerme un poco y quitarme de lo serio: de la televisión, de los periódicos...

–Comprenderás, entonces, donde está el problema del indumento. Acuérdate de la primera reunión del Congreso, cada uno vestido como podía menos Alberti, que te juro que no podía llevar aquella chaqueta de poeta a la romana. Parecían los «sans culottes»; los bancos de la izquierda estaban repletos de jacobinos. Mira ahora una foto de sesión, y verás cómo se han vestido. Los de la izquierda todavía van más sueltecitos, pero los de la derecha parecen escapados de un escaparate de Galerías. ¡Se lo han creído!

–¿Por eso te buscaste tu gorra de visera y tu pañuelo, para distinguirte?

–Uno se distingue siempre, vaya como vaya. Tamames siempre será Tamames, aunque lleve un dorsal de marathon y monte en bicicleta por Príncipe de Vergara, que siempre ha sido Príncipe de Vergara aunque le llamaran General Mola. El hijo del médico, el que salió tan listo que se hizo economista; y del partido. Y Tierno, ya ves, un profesor de provincias metido a alcabalero.

–Estás demoledor.

–Estoy demolido. O simplemente molido. ¿Te das cuenta de que estamos tomando el café del quinquenio, y los churros del quinquenio? Están pasando ahora cinco años del día del armón de artillería. ¡Cinco años!

–Unos meses menos de los que duró la República.

–Y durará más, porque se ha cuidado bien de no ser la República. Compara lo que se ha hecho en este quinquenio y lo que se hizo en el otro. Ahora, nada. Es la manera de subsistir.

–Primo, estás metido en el desencanto...

–No lo creas. Estoy más activo, más vivo que nunca. El encanto lo tiene uno de por sí, y no se lo quita nadie. Mira, mira la calle.

Ha llovido ayer y hoy hace sol. Madrid tiene esa limpieza acuosa, transparente, de algunas tardes de fin de octubre cuando ha llovido y ha salido el sol después. Por encima de las casas hay unos cirros cristalinos, que se amoratan al recibir los últimos rayos de sol.

–Pero no mires arriba... Eso es el cielo, el de siempre. Ahí no pasa nada, por lo menos desde hace unos milenios. Lo que tienes que mirar es la gente. ¿No ves la cara que llevan?

–De españoles. Pálidos, cejijuntos, pensando en el convenio y en el jefe, y en la familia que estará en casa cuando llegue.

–¡Caras de españoles! La hablamos perdido. Yo me miré al espejo después de lo de la Plaza de Oriente, y me vi otro. Estaba sonriente, estaba como rejuvenecido. Era la cara de aquellos días. La mala cara la tenía Fraga, la cara de español. La tiene ahora Salutgún, pero que va a hacerle. Había

Dibujo de Vázquez Calleja, 1923.

La mejor narrativa para este Otoño

CLASICA

D. H. LAWRENCE
El amante de Lady Chatterley
El oficial prusiano y otros relatos
La serpiente emplumada
El arco iris

R.L. STEVENSON
La isla del tesoro
(Traducción de Fco. Torres Oliver)

STENDHAL
Vanina Vanini y otros relatos
(Prólogo y traducción de Consuelo Berges)

JOHN CLELAND
Fanny Hill

HONORE DE BALZAC
(Edición de Carlos Pujol)
Papa Goriot
Ilusiones perdidas
Eugenia Grandet
Esplendores y miserias de las cortesanas

HERMAN MELVILLE
Bartleby el escribiente
(Prólogo y traducción de Jorge Luis Borges)

FEDOR DOSTOYEVSKI
(Edición de Augusto Vidal)
Los hermanos Karamazov
Crimen y castigo
Humillados y ofendidos
Los demonios
El idiota
El jugador

GUSTAVE FLAUBERT
Tres cuentos
(Prólogo y traducción de Consuelo Berges)

LEON TOLSTOI
La muerte de Iván Ilich y otros relatos
(Traducción de Augusto Vidal)

CONTEMPORANEA

GRAHAM GREENE
Nuestro hombre en La Habana
El americano impasible

CAMILO JOSE CELA
La colmena

PIO BAROJA
La sensualidad pervertida

JUAN RAMON JIMENEZ
Elejías andaluzas

VIRGINIA WOOLF
Las olas

TRUMAN CAPOTE
A sangre fría

GABRIEL GARCIA MARQUEZ
El otoño del patriarca

PHILIPH ROTH
Cuando ella era buena

WILLIAM BURROUGHS
Nova Express
Yonqui

JUAN CARLOS ONETTI
Los adioses
La muerte y la niña

MANUEL ROJAS
Hijo de ladrón

JAMES BALDWIN
El cuarto de Giovanni

LEONARDO SCIASCIA
El mar de color de vino

ROSA CHACEL
Teresa
Barrio de Maravillas
Memorias de Leticia Valle

JORGE LUIS BORGES
Nueva antología personal
Borges oral

JAMES JOYCE
Ulises (2 volúmenes)

GUNTHER GRASS
El tambor de hojalata

CESARE PAVESE
El oficio de vivir. El oficio de poeta

BRUGUERA·LIBRO AMIGO

Lo mejor en bolsillo.

que volver a tener la cara de siempre: la de la cólera, la de la mala uva. La de los empresarios, que ha dado en los catalanes. El encanto nos tuvo embobados y el desencanto ahora... Yo no me puse con mis cigarrillos que vendo uno a uno —es dentro de nada, de medio en medio—, vi pasar las caras y me preocupó la del encanto, pero más la del desencanto. ¡Qué gente, si parecía inglesa! Ahora han vuelto en sí. Hay broncas por nada, hay hasta peleas. Los maridos vuelven a sentirse enemigos de sus esposas, y ellas no han dejado de serlo nunca: las españolas. Los hijos y los padres se llevan cada vez peor. No digamos nada de obreros y empresarios, de jefes y empleados. Cada uno está seguro de que el otro tiene la culpa. Mira cómo pasan: gritándose unos a otros, contando historias infinitas, como en los sainetes, o silenciosos y concentrados, haciendo por dentro las cuentas del fin de mes. ¿Sabes lo que significa eso?

—Un desastre.

—¡Una bendición! Significa que el español ha vuelto a creer en él mismo y a no fiarse de nadie. El español de la época de Franco era una delicia, porque se detestaba todo y estaba en su razón, porque todo era detestable. Hasta los de derechas detestaban. Quizá más: se les mezclaba un complejillo de culpabilidad, que siempre es el miedo a que los otros descubran que uno es culpable. Yo creo que entonces Franco mismo, que era franquista, no podía dejar de ser Franco porque no le dejaban. Si por poco no le dejan ni morirse, que ya era la única manera de dejar de ser el mismo. Pero luego se empezó a creer cosas: las autonomías, los partidos políticos, las elecciones generales, la propaganda política. ¿No hubo un momento en que creyó en la televisión? Pasaba la gente y sonreía. Luego llegó el momento de no creer en nada y se les quedó la boca abierta. Fíjate ahora en las bocas: o están apretadas o están gritando. El español vuelve a ser español.

—Pero es que cuando ha sido más español, han sucedido cosas terribles.

—No más terribles que en otros sitios; quizá menos. Menos terribles que en Alemania, ¿te acuerdas? O con Stalin y sus genios; menos terribles que en Francia con la ocupación y la resistencia. Ese es un complejo que hay que quitarse.

EL primo Eugenio ha acabado sus churros, ha pedido un vasito de aguardiente, pero no hay: se contenta con un anís que le produce una cierta repugnancia. Ya no es lo suyo. Las nubes se van cerrando, el tráfico brama.

Recuerdo que Lacán o Bachelard —cuando les recuerdo les confundo: qué heterodoxia, qué incultura— contaba que el ruido del tráfico al borde de su casa le adormecía porque mentalmente lo convertía en ruido de mar, de olas. El primo Eugenio ve este malhumor de la calle y le parece la fiebre del español cuando vuelve por sus fueros. Quizá sea sólo un tránsito, un tráfago de ciegas hormigas.

—Y yo les vendo tabaco. Y les grito que es cáncer, cáncer puro y barato: y me lo compran porque son españoles y tienen rabia. Y se van aquí, al cine, para ver otras cosas; pero no dejan de pensar en que son españoles a los que quieren engañar otros españoles.

—¿Sería ese el balance de cinco años?

—Así que pasen cinco años, escribía García Lorca... Sí, podría ser ese el balance de esos cinco años, nuestros primeros cinco años de tercer mundo visible, cinco años más cuarenta años. Más un montón de siglos. Míralos: ya están otra vez los obispos detrás de ellos, ya está la jauría de los curas persiguiéndoles; ya se dicen unos a otros que cualquier día (el mejor día, dicen ellos, con un curioso modismo que siempre indica que puede ser el peor día) hay un golpe de estado; ya están sintiéndose otra vez reprimidos, mal pagados, mal tratados, olvidados, utilizados, convertidos en marionetas, en comparsas. Ya se están dando cuenta de todo. ¿Cómo quieres que me sienta desencantado? Ya verás, cualquier día vuelven a leer los periódicos, y a sentir que tienen que participar y echar fuera fantoches planchadísimos.

Dibujo de Echea, 1923

Y se va con ellos. Ya ha quitado el hule floreado de su cestilla de mimbre; ya me ha dicho al salir la suprema elegancia del madrileño, la frase de la verdadera confianza: «Anda, te dejo pagar»; ya está en su puesto —el hombre que sabe de sitios sabe que ese es su sitio—, gritando, a escaso pulmón —pulmón de madrileño asmático, como debe ser— su frase gloriosa: «¡Cáncer, quien quiere cáncer!» Tiene la gorrilla un poco ladeada y el pañuelo flojo, suelto. ■ POZUELO

Antes de que un especialista en robo ponga las manos en su coche...

Ponga su coche en manos del especialista en auto-alarmas: Bosch

Auto-Alarma Bosch

En efecto: porque Bosch fabrica sus auto-alarmas con un elaborado sistema electrónico de funcionamiento seguro, lógico y eficaz.

Ante cualquier intento de robo la bocina sonará de forma intermitente durante 30 segundos y el motor de arranque o encendido quedarán bloqueados. Es decir: máxima seguridad.

Bosch es la marca especializada en auto-alarmas que le asegura la protección de su automóvil en los puntos clave.

Y todo por aproximadamente el 2 % del valor de su vehículo.

Técnica Bosch mejora su coche.

BOSCH

Pida folleto explicativo Envíe este cupón a Robert Bosch Comercial Española, S.A. Embajadores, 146, Madrid-5. A.A. 16

Nombre y Apellidos .....

Domicilio .....

Ciudad .....

EL OTOÑO FRANCES

VICTOR MARQUEZ REVIRIEGO

A finales de octubre un diputado dijo en las Cortes:

–Las estadísticas han mejorado.

Y el tribuno ucedeo alegrábase mucho por eso. ¡Qué insensatez!: la maldad de las estadísticas españolas nos ha ahorrado a los sujetos de ellas miles de disgustos.

El *Eclesiastés* –más sabio que el tribuno paladín de las estadísticas ■ incluso que el propio Instituto Nacional de ellas encargado– dice que quien añade ciencia añade dolor. Gran verdad. Antes, sin encuestas ni datos, ignorábamos la magnitud y el número de nuestras desgracias. Ahora, las conocemos con todo detalle.

Sabemos, por ejemplo, que el número de jóvenes sin empleo pasó de 639.700 en 1979 a 766.400 a comienzos de 1980.

Sabemos, también, que en Madrid hay cada día entre dieciséis y veinte tentativas de suicidio, dos de las cuales llegan a buen término que es el malo.

Antes del advenimiento de los cuantificadores de hechos, el único suicidio conocido era el de Larra, en un ya lejano 13 de febrero de 1837. Fue algo horrible. Sobre todo por los versos que Zorrilla leyó en el entierro (*Ese vago clamor que rasga el viento* y demás). Estos versos ni siquiera su medio paisano Umbral los pudo evitar, pues no era entonces ni adolescente ni arborescente para soñar la historia verdadera que nunca ocurrió.

El olor del seso

La gente tenía, además, una vaga referencia de los suicidios del Viaducto. Pero esos eran suicidios fantasmales, irreales que nadie había visto, porque un suicidio para ser histórico e importante tenía que celebrarse delante del espejo como el de Larra.

Los suicidios del Viaducto formaban parte del costumbrismo madrileño, como las crisis ministeriales, los serenos asturianos o el Marqués de la Valdavia, el último español del franquismo que llevó zapatos de dos colores.

Allí por el Viaducto el viento movía a veces un olor agrio, que algunos creían desprendido por los restos en descomposición de los sesos del último suicida, aplastados contra los adoquines de la calzada. Nada de eso. Nada de seso. Según González Ruano era peste a pis de gato, emanada de ■ vecina casa de Rafael Cansinos Assens, donde su inquilino traducía novelistas rusos y recordaba lejanas conversas con su amigo Jorge Luis Borges, en aquellos tiempos del cuplé y del modernismo, cuando todavía no había muerto ni nacido el hombre de la esquina rosada.

El suicidio contagioso

Uno de los sesenta suicidas de octubre es nombre familiar en los medios artísticos: Felipe Santullano, director de la galería Biosca hasta 1977.

Santullano entró allí en 1965, cuando el crítico (y juez y luego suicida) Manuel Sánchez Camargo le presentó a don Aurelio Biosca. Quienes trataron a Santullano cuentan que la depresión que le llevaría a tirarse desde la terraza de su casa de la calle Academia 8, comenzó al morir su mujer Marta Casona (hija del dramaturgo) en 1968.

Tenía Felipe Santullano, como tantos otros suicidas, antecedentes familiares. Un hermano suyo se arrojó por un balcón.

Durkheim, fundador de la sociología moderna, ya dijo en *El suicidio* (1897) que ■ mortal manía «es eminentemente contagiosa». Páginas más adelante compara su frecuencia entre mujeres y hombres: «Por todas partes la mujer se mata cuatro o cinco veces menos que el ▶

hombre.» Y luego hace una llamada a pie de página:

(5) A excepción de España. Aparte de que la exactitud de la estadística española nos deja escépticos, España no es comparable a las grandes naciones de la Europa central y septentrional.

(Este pérfido párrafo demuestra que don Emilio Durkheim nunca fue de UCD, como dicen que dijo González Seara, con ánimo de impresionar a los ministros en un consejo de la última primavera.)

Buen párrafo para cultivar el sentimiento antifrancés, hecho libelo reciente por Manuel Arroyo a fuerza de pro-inglés *(Contra los franceses*, Turner).

El sevillano Antonio Burgos se vino a Madrid para presentar otro contra la ciudad que es villa y corte, según recuerdan con original insistencia los aspirantes a cronistas oficiales. El *Libelo contra Madrid* (Planeta) ■ casi un libro contra los vicios españoles a propósito de Madrid, en el caso burgués o burgalés vista más como Corte que como Villa. Le pasa igual que al discípulo de Juan de Mairena que creía escribir «contra los banquetes» y, según su maestro, lo hacía «contra el género humano, con motivo de los banquetes».

Llega Matisse

Oportunidad para ser profranceses ofrece la exposición antológica de Henri Matisse en la Fundación March. Esperan cien mil visitantes, dicen los organizadores. Y es una corta esperanza, a juzgar por las colas dominicales y de otros días.

Cuando esto ocurre y una exposición se convierte en fenómeno extraestético o metaestético, el arte pasa de los críticos del ramo a los sociólogos.

Colas así se vieron por primera vez cuando vino al Casón –desde la londinense National Gallery, creo– la *Venus del espejo*, de Velázquez. Sería alrededor de 1960. Acaso entonces algo podía explicarse por un erotismo indigente, malcado en la ardiente oscuridad del cine Carretas y en los sótanos danzantes del Barceló, bailadero oloroso de sudores menestrales, animado por tatoneras orquestas.

Hace medio siglo un médico dijo a Matisse en una exposición:

–Cuando uno mira sus dibujos se queda sorprendido de ver lo bien que usted conoce la anatomía.

El propio Matisse contaba, años después, ante su obra *Muchachas saltando a la cuerda:*

–Esta bella muchacha posaba para mí. Pero yo tenía la impresión de que algo no marchaba. Era siempre en la parte de la espalda. Mi dibujo iba tomando un aspecto duro, rígido. Volvía a empezar, pero no había nada que hacer. Era un tormento. De repente comprendí y le dije a la modelo que se hiciera examinar la espalda por un médico. Diagnóstico: desplazamiento de las vértebras de arriba hacia el interior.

Llega Goya

De cómo el arte es ciencia auxiliar de la medicina.

Y de cómo la medicina es arte auxiliar de la ciencia histórica. Dijose de la *Maja desnuda* que tenía la columna vertebral desviada. Y también que cuerpo y cabeza no correspondían a la misma modelo. Acaso por el posible temperamento sanguíneo de la señorita propietaria de la cabeza original y por el temperamento linfático de la poseedora del hermoso cuerpo, según mostraban senos tan separados.

Así explicaban la historia o leyenda de acuerdo con la cual la duquesa de Alba posó para ■ cuerpo y otra mujer para la cabeza.

Aquella duquesa de entonces –también llamada Cayetana, como la de hoy– y el pintor Goya llenan la novela ganadora del último Planeta. Premio de inesperado final, donde Juan Benet quedó el segundo. Quienes saben dicen que su novela es hija de una apuesta entre Benet y Eduardo Chamorro. Benet aseguró que él podía hacer una novela «ineligible» (además de inteligente, cosa que se da por supuesta) en muy poco tiempo. Y así fue. Chamorro también llegó a las finales del concurso, en el que varias novelas tocaban el tema del terrorismo: *Los terroristas* del ascendente Ramón Ayerra *(Las alegres veladas con Celicia, Los ratones colorados)* y *El Rey*, del no menos ascendente Alvaro Pombo *(Variaciones, El parecido, Relatos sobre la falta de sustancia).*

En *El Rey* –que se desarrolla en el barrio de Malasaña y en nuestros días de ahora mismo– los

Juan Benet: una apuesta con Eduardo Chamorro y un segundo premio.

Alvaro Pombo: finalista con presuntos regicidas de ultraderecha.

Antonio Burgos: un libelo contra los españoles a propósito de Madrid.

Cien mil visitantes esperan los organizadores ■ la exposición Matisse de la Fundación Juan March. Las colas prometen más.

presuntos regicidas son de ultraderecha.

Y como la novela ganadora –*Volavérunt* del sudamericano Larreta, pero no el histórico, sino uno renovado– la harán cine tendremos un «revival Goya».

No sería el primero. En un trabajo sobre Goya y el romanticismo, los profesores de la Complutense Calvo Serraller y González García citan esta frase de 1874, escrita por Domingo Malpica: «El imperio de la moda alcanza también al noble arte de que nos ocupamos. Hace una docena de años, los 'goyas' apenas eran buscados por algún que otro inteligente. Hoy el fanatismo raya en frenesí. La moda vino de Francia.»

Mi tío Laborit

De Francia vino también Alain Resnais para presentar su última película *Mi tío de América*. El realizador, que aseguró que él no era inteligente, defendió a Henri Laborit, biólogo que colabora con él en este trabajo.

A Laborit le acusaron en Francia de fascista por sus tesis etomológicas. La etonología estudia el equilibrio biológico. Laborit lo hace en el hospital Boucicaut de París.

En febrero de 1979 estuvo en España dando conferencias. Algún trabajo suyo sobre biología del comportamiento se tradujo aquí en vida de Franco.

Resnais argumentó así su defensa:

–Lo que dice Laborit es que la educación y la evolución del cerebro en los primeros años de nuestra vida nos determina para siempre. Y yo no creo que el conocimiento de sus limitaciones condicione la libertad del hombre, sino todo lo contrario.

Y Laborit dijo a García Pérez en una entrevista de 1979:

–Nacemos en la inconsciencia y vamos construyendo nuestra conciencia. La mayoría de nuestros semejantes permanecen en la inconsciencia, porque los prejuicios introducidos en su sistema nervioso desde el nacimiento les guían y nunca los han puesto en entredicho. La sociedad, sus relaciones de fuerza, premian la inconsciencia, la repetición automática de prejuicios y normas de comportamiento... No premian la creación.

El otro mal francés

«El mal que baja de la Francia y la hambre que sube de la Andalucía», se encontraban en las Cortes a mediados de otoño.

Era el otro mal francés, el centralismo.

Por unanimidad el Congreso abría el camino para el artículo 151 de la Constitución. Unas chapuzas legislativas arreglaban el traspiés del 28 de febrero.

Allá abajo, en las tierras donde Luis Cernuda situaba el Edén, seguía el hambre. ■ **V. M. R.**

Los franceses tienen una locución que empieza diciendo: «Es como una posada española», tiene un final desolador: «...donde uno no encuentra más que lo que lleva». La Conferencia de Madrid podría ser la posada española que cada uno encontrase en ella lo que llevase en sus valijas diplomáticas: la buena o la mala voluntad.

LA POSADA ESPAÑOLA

EDUARDO HARO TECGLEN

El 1 de agosto de 1975 los jefes de Estado o de Gobierno –hasta Arias Navarro– de 35 países europeos (Estados Unidos y Canadá se consideraban como europeos a estos efectos) firmaban en Helsinki el acta final de la Conferencia de Seguridad y Cooperación en Europa. Una idea que venía rondando el mundo desde varios años antes –desde que se demostró que había formas posibles de coexistencia–, pero que encontraba resistencia más fuerte en los medios conservadores de occidente. La base principal de la resistencia estaba en la eterna dialéctica entre la fuerza y la negociación. Todavía dura, y todavía está presente –quizá con más fuerza que entonces– en esta fase de la Conferencia de Seguridad y Cooperación que se abre en la «posada española» quizá con más vigor que entonces. La idea conservadora consiste en que cualquier negociación con la URSS era equivalente a estabilizar su régimen y su fuerza en Europa; por lo tanto, en el mundo; lo útil y lo realista –decían– era continuar una política de disuasión por las armas y el cero. Se encontraba fácilmente el fondo de los que se manifestaban contra la Conferencia de Helsinki. Solyenitsin –acusó a Ford de «traición occidente» por participar en la Conferencia– en nombre de los disidentes rusos (una vez movilizada por sus teólogos de la Santa Rusia zarista, por su fanatismo religioso, por su fascismo); China, por la conveniencia de que la URSS se siguiese encontrando con suficientes amenazas en el «frente europeo» como para no ejercer presiones excesivas en sus fronteras asiáticas; la Democracia Cristiana alemana, lindada como gran vigía de occidente en la guerra fría, y con su irredentismo de la «otra» Alemania, y en los Estados Unidos, el gran sector de los duros, representado por el senador Jackson. Ford y Kissinger acudieron con reticencias, con todo el escepticismo posible –que siguieron manifestando después de la celebración y la firma– pero vinculados por lo inevitable. Nada ha cambiado cinco años después.

Los principios del Acta de Helsinki –era sólo una declaración de principios, sin verdadera fuerza coactiva para imponerlos– se centraba en la libre circulación de hombres y de ideas en toda Europa, libertad para la circulación de la información, normalización de relaciones respecto a la soberanía de la información, normalización de relaciones respecto a la soberanía de cada integrante, y a su sistema político, renuncia al uso de la fuerza. Por primera vez los países pequeños tenían la misma voz y el mismo voto que los grandes; por primera vez se comprometían todos a modificar sus regímenes interiores con arreglo a unas normas generales. Tema bastante más interesante que el de ser un mero «carnaval», como escribió un despectivo comentarista del «New

Una sesión del Congreso de Viena (1814-1815) en el que se intentó alcanzar un sistema de equilibrio real y duradero para Europa. En el grabado se puede ver a sus principales participantes alrededor de la mesa de negociaciones: de izquierda a derecha, los reyes de Dinamarca, Baviera y Württemberg, el zar Alejandro, Francisco I, Federico Guillermo III de Prusia, el duque de Wellington, el príncipe elector de Hesse, el duque de Brunswick y Talleyrand.

ellos a una guerra y ha precedido a otra. Esta constatación es casi una [illegible], que se [illegible] acerbando sobre todo en la considera[illegible] de las grandes [illegible] para estabilizar el mundo. «Le Congrès ne marche pas, il danse», dijo el Príncipe de Ligne refiriéndose al de Viena (en España se tradujo por «El Congreso se divierte»). El Congreso de Viena se [illegible] en el [illegible] —[illegible]— a la Conferencia de Seguridad participaban los vencedores de Napoleón —en Waterloo— y el conjunto de los pequeños países [illegible] Europa. Después de la salida de los soberanos —cuenta De la Garde-Chambonas, cronista del Congreso— las orquestas empezaron a tocar valses (...). [illegible] conocían el imperio ejercido por el vals (...). Hay que ver a estas [illegible] de flores y de diamantes, arrastradas por la irresistible armonía, [illegible] del brazo de sus bailarines y parecidas a brillantes meteoros. Hay que ver la brillante seda, la ligera gasa de sus vestidos, obedecer al impulso del baile y [illegible]. Pero el Tratado de Viena firmado [illegible] por Austria, Francia, Gran Bretaña, Portugal, Prusia, Rusia y Suecia [illegible] —[illegible] mapa político de Europa, pero fundado en los principios legitimistas del Antiguo Régimen y sin que la voluntad de los pueblos de Europa —que habían derrotado a Napoleón— [illegible] (Ortega y Reig). No sabemos lo que [illegible] el Ministerio de Asuntos Exteriores para los [illegible] en esta posada española; tal vez algún tentadero, quizá alguna cena medieval de las que anima Roberto Carpio o algún espectáculo de Roberto Carpio. Probablemente nada. El pasodoble es imposible ya.

Los recuerdos de las grandes reuniones de estabilización se desvanecen: Westfalia o Munich, Yalta o Versalles. Viejos figurones de [illegible] y cada paz, cada guerra. Y cada desarme, su [illegible]. Hay que recordar que la primera negociación seria de desarme en Europa —cuando el mundo era Europa— sucedió en La Haya al comenzar el siglo. Fue el año en que se [illegible] la ametralladora Maxim. [illegible] que llega ahora a magnitudes infinitas, y la escasez de progreso hecho en materia de desarme. [illegible]

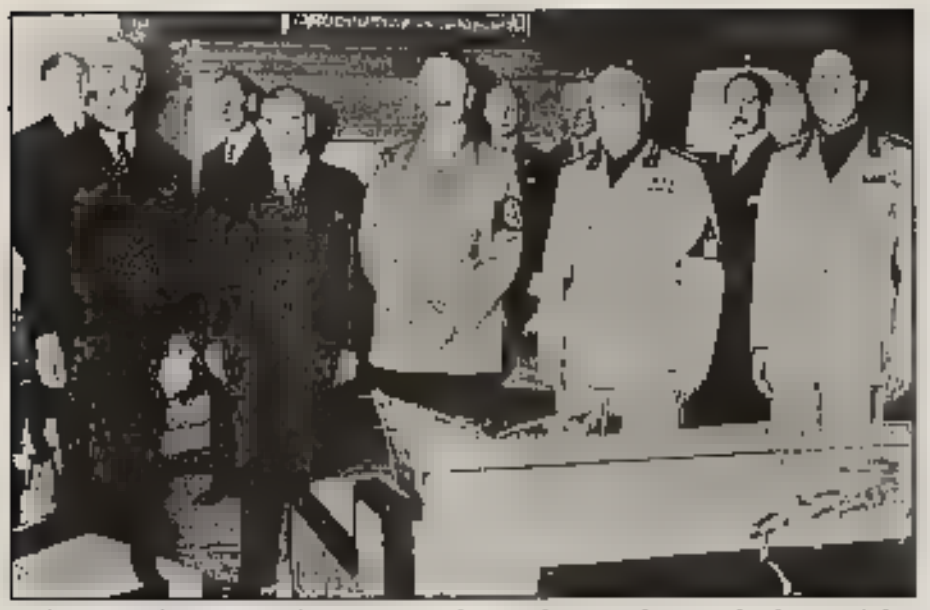
Sin embargo, no hay que cargar [illegible] la Conferencia de Seguridad y Cooperación, y su fase de Madrid. [illegible] dad de herencias. La idea de desa[illegible] capacidad de horror y de destrucción [illegible] que si las conferencias de paz no han servido para nada —quizá para comprender en ellas, ya, los motivos de la guerra siguiente— las [illegible]

Catalina II de Rusia, el emperador germánico José II y Federico el Grande de Prusia, ejecutores de la primera partición de Polonia en 1772.

otras. La Conferencia de Seguridad [illegible] la ONU [illegible] [illegible] la alternativa de que la paz [illegible] como un estado [illegible] [illegible]

El [illegible] de la Conferencia de Madrid [illegible] [illegible] del mundo que resulta muy [illegible] hace que haya más interés en acudir a todas las posibilidades de paz.

La configuración del mundo [illegible] el de occidente, construido desde [illegible] La construcción de la civilización enormemente [illegible]



Británicos, franceses, alemanes e italianos firman el Tratado de Munich, en 1938. De izquierda a derecha, Neville Chamberlain, Edouard Daladier, Hitler, Mussolini y Ciano.

Stalin, Roosevelt, y Churchill durante la Conferencia de Teherán (20 de noviembre-1 de diciembre de 1943).

cen los malos hablistas, que no sólo son los políticos de UCD) y enormemente delicada: vulnerable. Si centramos el eje principal del problema en Estados Unidos, cuyo papel en esta Conferencia, como en todo lo que sucede en el mundo, es trascendental– nos encontramos con que vive una contradicción: siendo dueña del principal arsenal del mundo –capaz por sí solo de destruir varias veces, si fuese posible, la vida sobre la tierra– no se encuentra segura de poder dominar a las pequeñas naciones que le suministran las materias primas y la mano de obra barata que necesita para continuar su civilización, de la que tiene el concepto de que es imprescindible e invariable. Es el complejo de Gulliver, atado por kilómetros de hilos aparentemente tenues y hostigado por diminutos alfileres. Ha experimentado esta impotencia de la potencia por lo menos tres veces en su historia inmediata: en Corea, donde no pudo apagar en su favor una guerra adversa; en Cuba, donde no ha podido eliminar un régimen hostil y que le ha privado de algunos de sus bienes, a pesar de haberlo intentado en algunas ocasiones, y en Vietnam. Tiene, además de la fuerza, una vieja conciencia democrática y una fundación antiimperial, que la pone en contradicción con lo que uno de sus pensadores llamó «el imperio involuntario», y esto produce una continua herida en su sociedad y en su concepto del mundo. La idea principal que tienen los círculos dirigentes de esta impotencia es que la muralla reside en la Unión Soviética y en el miedo al riesgo de una guerra generalizada. El ensayo general de coexistencia que inició Kennedy a raíz de una de estas situaciones de frustración –el descubrimiento de los cohetes en la Isla de Cuba: la «Crisis del Caribe» de octubre de 1962–, fue una manera de intentar un reparto global del mundo con la URSS, de forma que sus fuentes de aprovisionamiento en los países proletarios no fueran cegadas. Sobrevaloró, entonces, el poder de la Unión Soviética. Es cierto que esta utiliza como puede ese tipo de juego de peones; pero sólo como puede, porque se le escapa de las manos. La rebelión del tercer mundo marcha por sí sola, incluso por encima de sus regímenes; como en Vietnam, como en Irán. Al mundo de Occidente le ha fallado dos veces su idea de la magnitud del comunismo mundial: una, al considerarlo como enemigo poderoso, otra al considerarlo como aliado omnipotente. Todo tiene sus medidas, y es difícil que desde Washington se comprenda con todo su alcance la simetría con Moscú, que es otro Gulliver atado y estaqueado. En estos momentos, prevalece en los Estados Unidos la idea de que la URSS es el primer enemigo y que, sin ella, el dominio de las naciones proletarias volvería a ser como antes. La verdad es que nada vuelve

a ser como antes, y que la despedida al mundo antiguo debe estar ya escrita por los antifonistas de nuestra era.

Al considerar el tema de Afganistán –que debería ser la gran estrella de la Conferencia de Madrid, aunque ahora se haya oscurecido por la guerra de Irán– los Estados Unidos apenas han tenido en cuenta que la URSS estaba sufriendo con su misma simetría; con la dolorosa necesidad de evitar una brecha en sus fronteras y apuntalar un régimen precario, y con la posibilidad, ya realidad, de encontrarse con una resistencia similar a la que los Estados Unidos han encontrado en otros lugares. Pero la URSS se encuentra con que en realidad ha perpetrado un acto contra el Acta de Helsinki, y que este acto es unánimemente reprobado (la excepción del partido comunista francés y del portugués no son más que epifenómenos). Ha ido a violar precisamente aquello que el Acta trata de prevenir: el derecho de un pueblo a vivir por sí mismo, la soberanía de los demás. Ha sabido contenerse, hasta ahora, con Polonia, que puede ser una brecha más significativa; y en un examen ucrónico de la situación, podríamos especular que sin la Conferencia de Madrid en puertas –y sin las elecciones de Estados Unidos y las de Alemania Occidental–, quizá su grado de ingerencia habría sido mucho mayor. Pero la herida de Polonia, haga lo que haga, es incurable. Si la restaña por la fuerza como si la deja abierta. Y es incurable precisamente porque el tipo de rebelión que se ha realizado va contra los principios mismos del comunismo establecido; contra los puramente materiales –se le ha planteado como un conflicto de clases sociales– y contra los espirituales, puesto que representa una rebelión apoyada por la mística católica; precisamente en un momento en que el catolicismo polaco está representando en el mundo una última lucha contra la relatividad de las verdades, contra la discusión de los principios antiguos (Jomeini, en otro aspecto, representa lo mismo que Wojtyla: el último sobresalto de los profetas). Las rebeliones se producen lo mismo en el imperio de la URSS que en el de los Estados Unidos, y se aferran a lo que pueden: nacionalismos, razas, religiones, historicismo, leyendas, para defenderse de una sola cosa: la explotación.

Mientras los dos Leviatanes tratan de manejar pro domo sua la Conferencia de Madrid, aparece un tercer bloque que apunta sus intereses como puede: el de Europa Occidental. Sufre las mismas contracciones que los Estados Unidos: construyó su civilización delicada y su pensamiento y hasta aligeró el peso de la lucha interna de clases mediante el Imperio, y lo perdió.

Los beneficios los recibe ahora por la mediación y la administración de los Estados Unidos, prestándole a veces su territorio para bases militares, sus técnicos y pensadores para alimentarle, sus obreros para las multinacionales y su economía y sus finanzas para desahogo de los Estados Unidos, que exportan sus problemas. Una parte de Europa, principalmente representada ahora por Francia y Alemania Federal, no está enteramente satisfecha de este mercado; sobre todo, no está satisfecha de sus riesgos, y no comparte la idea de que la fuerza ha de prevalecer: una razón es que perdió su imperio por la fuerza, y por un gulliverismo parecido al actual; otra es que no la tiene, que no la domina. Europa piensa ahora lo que los Estados Unidos pensaron al arranque de la época de la coexistencia, y lo que quizá tengan que volver a pensar: que debe tratarse de evitar que la URSS sienta el peso del cerco, que se puede negociar con ella y traficar con sus angustias mutuas; y que las naciones proletarias pueden negociar su energía y su mano de obra de otra manera. Están, se piensa, deseando hacerlo. Solo se trata de darles una posibilidad de justicia relativa: aunque sea renunciando en parte a los beneficios de la civilización. Son naciones interesadas primordialmente en que la Conferencia de Madrid prospere, en que no se vea bloqueada por la intransigencia.

No todas las naciones europeas piensan así; o pueden pensar así. Las hay que se ven sin fuerzas

Vista general de una sesión de la Conferencia de Potsdam celebrada en esta ciudad alemana del 17 de julio al 2 de agosto de 1945.

para ello, o que necesitan sobre todo el apoyo de los Estados Unidos. Turquía ha forzado un golpe de estado militar para no perder ese apoyo; Italia bloquea a sus propios comunistas y Portugal se enfrenta con ellos. España, a juzgar por los enfrentamientos de su embajador en la Conferencia preparatoria, Rupérez, con la delegación soviética, y por los «estrechamientos de lazos» de las visitas españolas a Washington, está prefiriendo perder su papel de posadero español y dejar que los otros traigan su almuerzo envenenado antes que dejar de representar la óptica de los Estados Unidos. Un grupo de naciones menores juegan también la carta de la pacificación, de la «détente»; y las naciones sometidas hoy a la URSS por la vía del Pacto de Varsovia juegan, como pueden, sus posibilidades de independencia.

Lógicamente, el interés primordial de la Conferencia está en que los principios conseguidos en ellos, los acuerdos esenciales que se obtengan con regateos y por intercambios mutuos se cumplan. Toda la dialéctica de la conferencia preparatoria y todas las escaramuzas de la definitiva se centran, precisamente, en el examen y juicio de lo conseguido desde Helsinki hasta nuestros días. Es una fase prevista, pero la Unión Soviética quiere reducirlo al mínimo posible: Estados Unidos está dispuesto a utilizarlo como acta de acusación. En realidad, nadie podría tirar la primera piedra, porque todo el mundo tiene sus pecados, grandes o pequeños; pero el precepto no es más que evangélico, y en la realidad y desde siempre el más pecador es el que más piedras tira. En esta ocasión, España va a poder presentar su balance ufana: desde que la representó en Helsinki un enviado de Franco hasta nuestros días, la mejora del régimen interior y la adopción de preceptos democráticos es considerable. La opacidad de estos últimos tiempos en materia de libertades individuales y colectivas no es suficiente para estropear un balance amplio. Pero a nadie se le oculta que no es España el tema; ni siquiera Turquía, que se presenta en Madrid con un golpe de estado y la suspensión de toda clase de garantías. Ni aún parece que la Unión Soviética tenga mucho interés en airear el «dossier» de las violaciones de Estados Unidos, acusándola incluso por la provocación de la guerra contra Irán. El intento principal de la URSS es el de encontrar que la Conferencia es positiva. Sería efectivamente desastroso que en la primera fase se encontrase que Helsinki no sirvió de nada, y que los principios son papel mojado: no merecería la pena proseguir con las fases siguientes, ni con las convocatorias posteriores. Que esa sea la finalidad última de los Estados Unidos es algo que no debe excluirse. Estados Unidos tiene una seguridad mayor si administra directamente sus relaciones con la URSS, en cualquier sentido –en el de la presión o en el de la negociación–, que si intervienen en ella 34 naciones más.

Las delegaciones de los «cinco grandes» –Estados Unidos, Unión Soviética, Gran Bretaña, Francia y China–, en los debates de la Conferencia de San Francisco, (1945).

No cabe duda de que el interés de las dos grandes potencias está en capitalizar los resultados de Madrid en favor de sí mismas. Pero el interés europeo está puesto precisamente en Europa, cuyo nombre lleva la conferencia. Una base primordial es que haya la mayor desmilitarización posible del continente, otra, que circule un cierto aire de libertad en sus fronteras, y que los países que forman su mapa se respeten mutuamente y no constituyan una amenaza los unos para los otros.

Esperar un resultado definitivo es una utopía. Toda la historia atravesada, siglo tras siglo, hasta este momento, representa –salvo en momentos estelares– lo contrario de lo que trata de representar la conferencia de Madrid: los poderes absolutos, las guerras como diferentes, la explotación como fuente de riquezas. Los cinco años transcurridos desde el 1 de agosto de 1975 hasta nuestros días son como un grano de arena en una infinita playa. De lo que se trata es de que crezca y se multiplique. El interés de todos está en cuidarlo, en hacerle fructificar. Aunque haya que esperar décenios, quizá centurias, antes de que comience a servir para algo. **E. H. T.** ■

Cinco años de postfranquismo

LA IRRESISTIBLE CAIDA DE LA IZQUIERDA

A los cinco años de la desaparición biológica del anterior jefe del Estado, se cumplen exactamente en este mismo mes de noviembre, la izquierda española atraviesa una grave enfermedad sociopolítica que los más agoreros califican de agónica. No es la derecha quien ha enfermado durante la transición, hubiese sido lo lógico, puesto que fue el soporte de la dictadura hasta sus últimos días, sino que son socialistas y comunistas los tocados de ala por este proceso democratizador. Es un hecho que ya nadie oculta. Hasta los órganos oficiales u oficiosos de los dos partidos señalan que la izquierda está mal y que su situación empeora, cuando hasta hace muy poco ejercer un comentario crítico en esa dirección equivalía a ser un agente de una otra potencia para los entonces entusiastas defensores y apologistas de sus respectivas líneas oficialistas.

El parte médico es tan escueto como rotundo: socialistas y comunistas están enfermos en lo político por la inexistencia de una línea después del fracaso de la política de concentración y de la alternativa de poder; en lo económico, por la ausencia de una alternativa socioeconómica propia; en lo ideológico, por la carencia de un sistema de valores y de principios; en lo orgánico, por la paulatina desintegración y división de sus organizaciones, y en lo social, por una defraudación del tejido social del país que se concreta en una doble crisis de militancia y electorado.

Mientras tanto, la derecha muestra claramente una línea política, alternativa económica, hegemonía ideológica (ahí está como muestra, el homenaje generalizado a la figura de Ortega y Gasset sin que desde ningún lado de la izquierda haya habido una pluma que le sitúe desde esta perspectiva), la recomposición orgánica (elección democrática del portavoz de UCD en el Congreso de los Diputados) y afianzamiento social a través del propio partido gubernamental o de los partidos nacionalistas periféricos.

El diagnóstico trata de ser explicado por un humor inasequible al desaliento o asequible a las prebendas burocráticas de ambos partidos con la coartada del reformismo y de la recesión económica. Al igual que en la derecha hay quienes explican el desencanto y la crisis económica sólo en función del problema energético, en la izquierda hay todavía quienes intentan justificar la actual situación solamente en base a que no hubo ruptura y a los alarmantes índices socioeconómicos. Esa visión unilateral, que se da tanto en el PSOE como en el PCE, no abarca la responsabilidad de ambas organizaciones en la doble victoria de la derecha y, lógicamente, doble derrota de la izquierda, en la doble salida política y económica de la dictadura: la versión tosca del compromiso histórico por parte de los comunistas, y la adaptación carpetobetónica de la socialdemocracia por los socialistas.

CUANDO los historiadores analicen las vicisitudes del proceso reformista, cuyo primer intento fue abortado por la unidad de la izquierda y otras fuerzas democráticas en 1976, tendrán muy en cuenta lo acaecido en la primera mitad de 1977. Porque la conexión que se produce entonces entre Adolfo Suárez y Santiago Carrillo, sobre la base de la legalización del PCE, va a determinar el triunfo total de una salida reformista que no acababa de consolidarse y marcará lamentablemente la evolución del proceso hasta finales de 1978.

Durante casi dos años, en un hábil juego por parte del presidente del Gobierno y el otro pésimo y torpe por parte del secretario general del PCE, esta relación será utilizada por el Gobierno para presionar a los socialistas hacia posiciones más concilia- [illegible] y los comunistas de junio de 1977 empujaban a este partido a ser, en ese momento, una punta de lanza de las reivindicaciones democráticas. El «sandwich» en el que fue introducido no tardó en dar sus frutos para el Gobierno.

La motivación del PCE —y sería injusto señalar la exclusiva responsabilidad de Santiago Carrillo y de sus «viejos», olvidando que era compartida por Nicolás Sartorius, Pilar Bravo y tantos otros jóvenes cuadros— estribaba en sondear las posibilidades de calcar en España la política del compromiso histórico italiano. Sería cruel ahora reproducir declaraciones y artículos de toda la Prensa comunista de entonces, mucho más la oficiosa en manos de los «jóvenes» que la oficial en manos de los «viejos», sobre el supuesto carácter antimonopolista de Unión de Centro Democrático o la dimensión histórica de los Pactos de la Moncloa.

LOGRADA la salida política el Gobierno, que hasta entonces había postergado los asuntos socioeconómicos en función del proceso reformista, enfocó la salida económica operando un viraje de 180° en su política de alianzas: al igual que los comunistas habían servido para hacer pasar el reformismo político, los socialistas iban a servir para hacer presentable el proyecto socioeconómico que tenía en mente.

El desfonde electoral del PSOE en 1979, que eliminaba por completo todas sus posibilidades de ser alternativa del poder, provocaba un bandazo a la diestra en su seno que el presidente del Gobierno supo utilizar con tanta habilidad como ya había hecho gala con el PCE. Ya no se trataba de escuchar el disco de la política de concentración mientras los comunistas le ayudaban en sus fines; ahora tocaba el turno a la melodía del Gobierno de coalición, mientras los socialistas apoyaban leyes como el Estatuto de los Trabajadores o firmaban acuerdos económicos y sociales.

El triple hecho de que el PSOE tenía muchísimas más fuerzas que el PCE, de que la legislación social requería un tiempo considerablemente menor que el proceso constituyente, y que la crisis económica se agravara, determinó el que en un período muy corto Adolfo Suárez y Felipe González se devolviesen las cartas y compromisos contraídos, entrando en una abierta confrontación que culminaría en la doble votación de las mociones de censura y confianza. La diferencia entre el PSOE y el PCE, después de constatar cómo habían sido utilizados, estaba en que el primero disponía de capacidad para responder políticamente y el segundo no.

Pero la manipulación no era menor. La motivación socialista —y aquí sí que existe un sector del Partido Socialista que tiene las manos limpias— residía en intentar calcar la socialdemocracia de los países nórdicos o centroeuropeos. Sería igualmente cruel reproducir los análisis y esquemas de la dirección socialista sobre el papel socialdemócrata de UCD o el destino histórico de Francisco Fernández Ordóñez.

LOGICAMENTE no hubo ni habrá, en el horizonte más próximo, Gobierno de concentración como no hubo ni tampoco habrá Gobierno de coalición. Ni sección

quiera los servicios prestados han aminorado el despliegue anticomunista del Gobierno a su ya pública decisión de ayudar a sindicatos como USO, frente a sindicatos como UGT. La derecha, que ha triunfado ampliamente, barre en todas las direcciones.

Incluso el reflejo sindical de esta versión tosca del compromiso histórico o de la adaptación carpetobetrónica de la socialdemocracia ha dañado seriamente a CCOO, que pasó de la moderación en los Pactos de la Moncloa a la radicalización en relación con el acuerdo marco; y a UGT, que hizo el camino inverso al pasar de la demagogia durante los Pactos a la conciliación total con el acuerdo marco. Tras el fracaso de ambas estrategias, uno y otro sindicato carecen de una línea sindical y política: el no de CCOO al acuerdo marco, que algunos de sus dirigentes lo emiten con la boca pequeña, no se sustenta sobre una alternativa; y el sí de UGT, que también algunos de sus dirigentes entonan casi con la boca cerrada, no se concreta en una perspectiva viable, como es fácil constatar tras la última intervención de Leopoldo Calvo Sotelo en el Congreso de los Diputados a mediados de septiembre.

Todo ello hace que tanto el PSOE como el PCE se asemejen a esas cajas de muñecas rusas que al irse abriendo van apareciendo sucesivamente nuevas muñecas idénticas. Crisis tras crisis van surgiendo en ambos partidos, que empiezan a vivir un intenso debate político entre sus distintas corrientes políticas. No se enfrentan jóvenes contra viejos o polemizan profesionales contra obreros. Hay tantos hijos como veteranos, trabajadores como intelectuales, que son responsables de lo que sucede, como de la misma manera hay viejos y jóvenes, obreros y profesionales que no comparten tal responsabilidad. El intento del tercercomunismo y de la carpetosocialdemocracia no nace de una división generacional o social, sino de una diferencia política entre quienes lo creían posible, a pesar de que ya en Europa tanto el compromiso histórico original como la socialdemocracia genuina están bloqueados, y quienes lo consideraban ilusorio en nuestro país, máxime en la forma caricaturesca y prematura en que se presentaba. Debate incipiente que tendrá un final imprevisible. Es lo que suele ocurrir cuando uno tropieza con la realidad. Aquí no hay Palacio de Invierno que asaltar pero tampoco Bundestag o Cámara de los Comunes que ocupar, ni Madrid ha sido el escenario nunca de política «gatopardista», porque jamás en nuestra historia han existido Príncipes de Salinas con los que pactar que todo cambie para que todo siga igual. ■ **F.L.A.**

FISHER

The first name in high fidelity

ELEMENTOS PARA LA COMPRENSION DE UN MITO.

Para la comprensión del lugar que Fisher ocupa en Alta Fidelidad hay una única expresión: está solo.

También sirve darle referencias de otros mitos en otros campos de perfección.

El Rolls Royce ha sido demasiado [illegible] como para que sea creíble.

Y además, usted se imagina un anuncio del Rolls Royce comparándose con otro coche? Con cuál?

Eso es Fisher.

Es difícil explicárselo así. Más aún, si se tiene en cuenta que hoy, por fuera, casi todos los equipos de Alta Fidelidad se parecen.

El acercamiento a Fisher [illegible] un solo elemento, que al [illegible] lo distanciará de todos los [illegible].

La puesta en marcha.

El sonido de un mito.

Elementos Técnicos para la comprensión de un Mito.

El Sistema [illegible] de Fisher es un equipo [illegible] Fidelidad compuesto por un **Sintonizador** Estéreo AM/FM, que [illegible] un circuito de entrada inter-etapa [illegible], que asegura una sensibilidad de 1.9 µV en la recepción de la emisora FM.

Está dotado con un pulsador FM "Muting" y filtro MPX.

El **Amplificador** Estéreo integrado tiene una potencia [illegible] W RMS) por canal.

La **Platina de Casette** Estéreo para [illegible] CrO_2, FeCr y normal, lleva incorporado el Sistema Dolby.

El Sistema 700X de Fisher posee **Temporizador** para programar automáticamente [illegible] haciones. Con control [illegible] Dimmer.

El **Plato Giradiscos Modelo MT 6225** (opcional) es de transmisión directa, con motor trifásico lineal de 120 polos que asegura la precisión constante de la velocidad.

Cuando usted pone en marcha este Sistema [illegible] el sonido alcanza [illegible] estereofónica que llega a alturas de exigencias profesionales.

Es decir, a donde ningún otro sistema de sonido de uso particular ha llegado.

Eso es un mito.

Es Fisher.

Que no se comprende leyendo.

Sino escuchando.

FISHER

The first name in high fidelity

Bajas en el frente nacional

FRATRICIDIO EN CIUDAD DE EL CABO

THOMAS G. BUCHANAN

Sudáfrica: 4 millones de blancos, 22 millones de negros, y un régimen decidido a que los negros no compartan jamás el poder. El servicio militar empieza durante la enseñanza secundaria, y un hombre sigue en situación de reserva hasta los sesenta y cinco años de edad. Las mujeres se adiestran también en manejar armas, desarmar a los agresores y, en caso necesario, matarlos con un golpe de karate...

6 de septiembre en Ciudad de El Cabo: un miembro de los comandos sudafricanos, adiestrado en todas las artes del combate, y su hermosa e infiel esposa. El soldado había llegado inesperadamente, y la había descubierto engañándole. La cogió in fraganti. La apuntó con su revólver. Ella estaba en la cama, desnuda.

Tenía una fracción de segundo para desarmarle, como le habían enseñado en las clases de judo el año anterior: desviar el arma antes de que él apretase el gatillo, sujetarle el brazo mediante una llave, retorcerle la muñeca hasta que soltase el arma. Después, sería cuestión de un cuerpo a cuerpo... y él había sido entrenado durante años para esa clase de lucha. Ella tenía que ganar este combate; de lo contrario, sería el último. No tenía una posibilidad entre un millón, pensó lúgubremente al saltar hacia él...

Todo empezó en Ciudad de El Cabo a principios del año pasado, en un club de judo donde hombres como Brian Allison enseñan a las mujeres a defenderse, igual que las mujeres de Rhodesia (cuando aún no se había convertido en Zimbabue).

«¡Muy bien, para una principiante!», pensó Brian al ver a una muchacha coger al instructor por la muñeca, girar súbitamente sobre sí con un rápido movimiento de caderas, hacerle perder el equilibrio y arrojarle a la colchoneta por encima de su hombro. Bajo el blanco kimono de la grande y rubia amazona, entrevió una parte de sus muslos musculosos. «Apuesto a que esta muchacha podría quebrarle la espalda a uno», pensó Brian, «si le envolviera con esas piernas. Pero, ¡qué muerte!».

Brian era cabo y llevaba galones que lo probaban. Esto le dio suficiente confianza, cuando se hubo puesto el uniforme, para preguntarle si podía llevarla a su casa en coche. Aunque él tenía veintisiete años, llevaba tanto tiempo viviendo en cuarteles del ejército que siempre se sentía un poco torpe cuando hablaba con chicas. Irene tenía veinticuatro años, unos ojos azules, unos pechos altos y firmes, y un cuerpo espléndidamente desarrollado sin posibilidad alguna de usarlo. Todos los jóvenes de su edad estaban haciendo el servicio militar. Subió al viejo Plymouth negro de Brian. Era el único coche que él podía permitirse por ahora, con el sueldo que el ejército le pagaba. Irene le invitó a subir al apartamento que compartía con una amiga, pero no fue mucho lo que pudieron hacer allí, en presencia de su compañera de habitación.

Dos meses después, y con los contactos durante las clases de judo como única base, se casaron en una pequeña iglesia de Clermont, barriada de clase obrera de Ciudad de El Cabo. Brian había conseguido unos días de permiso. Pasaron la noche de bodas en un pequeño dormitorio de la casa de los padres de Brian. A la mañana siguiente desayunaron en la cocina. La hermana de Brian, Cynthia, les sirvió una taza de humeante chocolate a cada uno, y luego se retiró discretamente; pero su hermano menor, David, no fue tan delicado. Se sentó junto a ellos, en la mesa de la cocina, y se quedó mirando descaradamente a Irene; sin embargo, a ella no pareció importarle, aunque no llevaba puesto más que un camisón transparente. Brian supuso que, para ella, su hermano era sólo un crío. No contaba todavía, mientras no hiciese el servicio militar. Empezó a hacer las habituales observaciones que los recién casados se ven obligados a escuchar en tales ocasiones.

David era más sensible que Brian, una vez que se le conocía. Quizá Brian lo había sido también, antes de ingresar en el ejército. David tenía el cabello suave y sedoso, y una cara larga, con la frente alta. Brian era de cara redonda, y su pelo consistía en una mata de cerdas cortadas al cepillo. Así era como le gustaba al ejército. David solía ayudar a Irene a hacer la compra, y ella le contaba todas sus cuitas. De lo que más le hablaba era de lo cansada que estaba de vivir con los padres de su marido: le gustaría tener casa *propia*. Y a él también, decía David.

Así estaban las cosas en julio de

FRATICIDIO

1980, quince meses después del matrimonio. Fue entonces cuando llegó Brian diciendo que le mandaban a Pretoria para efectuar entrenamientos especiales sobre tácticas de comandos.

–¡Llevaré galones de sargento cuando regrese! –alardeó.

–Yo empezaré a buscar un pequeño bungalow –dijo ella–. Con el dinero extra que vas a ganar ahora, nos lo podremos permitir.

Eso era lo único que a ella le importaba: el dinero; no el honor. En eso era lo que pensaban siempre las mujeres, pensó Brian. Aún no me ha llegado el aumento de sueldo, y ya se lo quiere gastar.

–Ya hablaremos de eso dentro de dos meses, cuando regrese –contestó–. No hay prisa.

Seis semanas más tarde, Brian recibió una carta de su hermana Cynthia. La leyó, y la releyó. Luego le pidió al capitán un permiso especial, y cogió el tren para Ciudad de ■ Cabo. Al llegar a casa, su hermana Cynthia le estaba esperando. Había averiguado la dirección del pequeño bungalow que Irene había alquilado: Victoria Street, 26. Cynthia se había portado con discreción a este respecto; no lo había dicho aún a sus padres. Nadie más sabía que Irene iba allí con David.

–Si te das prisa, los puedes coger –sugirió Cynthia. Empezaba a sentirse un poco inquieta. Jamás había visto a su hermano con *aquella* cara–. ¡Prométeme que no harás nada que después tengas que lamentar! –suplicó. Brian no dijo una palabra–. ¡Bueno, no olvides que me lo has *prometido*! –repitió Cynthia. En fin, no sería culpa suya. Ella había hecho lo posible por detenerle.

Cuando Brian llegó a la dirección que Cynthia le había dado, el pequeño bungalow de madera estaba a oscuras. Había una ventana abierta en la planta baja. Entró por allí. A continuación, empezó a buscar el dormitorio. No se oía un solo ruido. Y ni siquiera habían hecho la cama, observó Brian con repugnancia. La habían dejado toda revuelta, tal como solían hacer ellos últimamente. Si uno deja en el ejército una litera así, le meten un paquete. ¡Maldito cabrón! Se cree lo bastante mayor como para quitarme la mujer, y no es capaz de hacer la *cama*. ¡Ya verá cuando vaya al campamento, con un sargento como el que tuve *yo*! ¡Ya verá cuando le manden ■ frente, norte, con las guerrillas de negros disparándole! Apuesto a que dará media vuelta, en cuanto oiga el primer disparo, y echará a correr! ¡Lo que ese crío necesita es una lección que no va a olvidar!

Pero Irene no era una cría. Tenía veinticuatro años. Sabía lo que se hacía. No había esperado siquiera dos meses para empezar a engañarle. Y con su hermano, además. Con su *hermano* menor. Brian pensó que había montones

de mujeres de esa clase, hoy día. Mientras los hombres –los hombres *de verdad*– se preparaban para defenderlas de la rebelión negra que podía estallar en cualquier momento, las mujeres se acostaban con los civiles, en casa: con viejos adinerados ■ con chiquillos bien parecidos como David.

Brian oyó voces en el sendero fuera de la casa. Hacía un cuarto de hora que estaba allí, y empezaba a preguntarse si ■ habrían marchado antes de llegar él. No sería posible tener unas palabras con ■ mujer, a la mañana siguiente, si no les había *visto* realmente. Ella podía limitarse a negarlo. Brian eligió un escondite desde donde pudiera ver el dormitorio si no cerraban la puerta.

Los recién llegados entraron riendo. Pasaron a una yarda de donde Brian se había escondido y se dirigieron al dormitorio. Con la impaciencia de los amantes que han descubierto hace poco el cuerpo del otro, se desvistieron mutuamente. A continuación no pudo verles más... pero sí podía *oírles*. Ella había empezado a gemir, y los gemidos le brotaban de lo más íntimo. Brian sabía qué significaba *aquello*. Irrumpió en la habitación blandiendo el enorme revólver que ■ habían entregado para el adiestramiento del comando. Estaban acostados en la cama, desnudos... y las grandes piernas de ella envolvían la espalda de su hermano. Bien, sería la última vez que eso iba a suceder.

Brian sólo se proponía asustar a su hermano, cuando apuntó con el revólver. Pero sus dedos sujetaban el arma con tanta fuerza que apretaron el gatillo. David había empezado a retirarse de su adúltero abrazo presa del pánico, cuando le alcanzó la bala. Brian enloqueció ahora de tal manera que disparó por segunda vez sobre la espalda de David, tendido en el suelo y luego volvió ■ arma hacia Irene. Vaciló. Debía matarla sin más, ¿o castigarla de todas las formas con que se puede humillar a la adúltera, cuando el marido celoso la tiene a su merced?

Brian no tuvo ocasión de decidirse. En esa fracción de segundo, Irene saltó sobre ■ y, antes de que Brian se diera cuenta de lo que hacía, había empezado a retorcerle la muñeca. Le había sujetado el brazo derecho con una llave. Eso era lo que pasaba por dar a las mujeres lecciones de judo, pensó con amargura. Le había cogido por sorpresa; pero aún tenía el arma, y ahora tendría ella que luchar cuerpo a cuerpo. Brian era experto en ese tipo de lucha. Sabía cómo hacerla implorar piedad. Todo lo que tenía que hacer, para neutralizar aquella llave, era alargar la otra mano hacia atrás y cogerla por aquel matojo de pelo enmarañado que tenía donde le había traicionado con su hermano. La agarró fuertemente: se la retorcería hasta que soltase la muñeca. Veríamos quién de los dos podía resistir más tiempo el dolor... Irene comprendió el peligro. Ahora se retorcía desesperadamente para mantener las partes vulnerables de su cuerpo desnudo fuera del alcance de los dedos expectantes de Brian, mientras rodaban juntos por el suelo. Ella sabía que Brian no iría siquiera a la cárcel, si llegaba a matarla. Llevaría puesto su uniforme ante el tribunal, con todas sus medallas, el abogado de Brian explicaría que había sufrido un momentáneo ataque de locura, y que al volver en sí, estaban muertos los dos. ¡Inocente!... Brian tenía el dedo en el gatillo, tratando de apuntar el arma en dirección a ella, utilizando todos los trucos que le habían enseñado en la unidad del comando. Ella aumentó la torsión de la muñeca para hacerle soltar el arma. No; no consentiría que una mujer desnuda le despojase del último símbolo de su hombría. Brian la agarró un poco más fuerte. De pronto, sonó un disparo, y los sesos de Brian se esparcieron por las paredes y la alfombra.

Irene Allison cogió el teléfono para notificar a la policía que había ocurrido un accidente.

Era el 6 de septiembre en Ciudad de El Cabo. ■ Ejército de Defensa de Sudáfrica acababa de perder en acción a otro hombre, en el frente nacional. ■ **T. G. B. (Traducción de Francisco Torres Oliver).**

N

Tras el saqueo somocista, el terremoto y la guerra, la tarea no es fácil. Los sandinistas han encontrado las ruinas de un país sin escuelas ni hospitales, sin cloacas ni agua potable, donde muere un niño por cada cinco que nacen. En la foto, miembros del FAPU instalan el busto de Augusto Sandino en una plaza de Managua, tras el triunfo de la revolución.

EDUARDO GALEANO

NICARAGUA
EN EL PRIMER DIA DE LA CREACION

Para llegar a Nicaragua pase, por favor, por el aeropuerto de Miami. No creo que haya mejor ruta para acercarse a una revolución descalza. Pase usted unas horas en el aeropuerto de Miami y asómese al chillón paraíso de los millonarios latinoamericanos y de la clase media que quiere y no puede, pero hace como que puede.

1 Este es el santuario de los dictadores y sus matones, incesante festival del consumismo y el mal gusto, centro de la cultura universal del plástico y la lata y las maquinitas de producir emociones. Siéntese y mire, que vale la pena. Vea a los hombres que son o han sido amos de otros hombres, arrodillándose ante las cosas. Son altares las vidrieras de los comercios. Las cosas compran gente. El que no se vende, se alquila.

En ■ televisión, a mi paso por el aeropuerto de Miami, veo la propaganda electoral. Carter alza una muralla ante la ofensiva avasallante de Reagan: una muralla, una sonrisa segura, primer plano, color, dientes: «¡Nosotros todavía somos», afirma, «los más poderosos de la tierra!»

2 El aeropuerto de Managua se llama, ahora, Augusto César Sandino. La carretera que conduce a la ciudad está pavimentada de adoquines. Nunca había visto una carretera así. Comento que parece de la época colonial. Sí, me dice Lizandro Chávez Alfaro. Son de la época colonial, o sea, de ayer, o sea, de Somoza. El dictador fabricaba estas piedras y se las vendía al estado. Un buen negocio que se volvió contra él: con estas piedras el pueblo levantó las barricadas.

Pocos automóviles. En las placas, se lee: «Nicaragua libre». A los bordes de ■ carretera, banderas sandinistas y carteles de *Fanta* y *Citizen* y carteles de la revolución. En la propaganda de la reforma agraria, la frase de un agitador campesino torturado y asesinado por Somoza: «No somos aves para vivir del aire. No somos peces para vivir del mar. Somos hombres para vivir de la tierra.» Ruinas de bombardeos. Casas de emergencia alzadas entre vastos espacios verdes: barracas de madera con techos de cinc. Desde el avión había visto muchos techos de cinc relumbrando y había imaginado a la pobre gente friéndose en sus casas bajo el sol rajante.

Estamos en el puro campo cuando los amigos dicen:

–Ya llegamos.

–¿Adónde?

–A Managua.

Estamos en Managua. Después del terremoto y de la guerra, Managua es esta inmensa ruina o gran campamento alzado en el verdor.

En 1972, la tierra se sacudió como un caballo furioso, onduló y trepidó y desmoronó ■ ciudad. Desde Panamá, volaron los *marines* a proteger a Somoza, los mismos *marines* que 35 años antes habían instalado a su padre en el trono. Somoza ■ hizo cargo de la situación. Fundó una empresa de demoliciones y compró la mayor empresa de construcciones. El dictador tenía buen ojo como hombre de negocios. El jefe de estado firmaba contratos consigo mismo. Llamaba a Nicaragua «mi finca». Su patria era su patrimonio. De todo el mundo llegó ayuda, que aumentó su fortuna. «Yo soy de centro-izquierda» –dijo en aquellos días. Doce mil muertos costó el terremoto, según las cifras oficiales. Trescientas mil personas quedaron sin techo.

Después, vino la guerra. La revolución cobró más vidas humanas que el corcoveo de la tierra y ahora, en el centro de Managua, que es un baldío gigantesco, los niños juegan con tanquetas abandonadas. En ■ campanario de la catedral, un cascarón chueco y vacío, el reloj marca todavía ■ hora de la catástrofe, las doce y media pasadas, y el frente luce una inmensa imagen de Sandino.

El terremoto y luego la guerra. La naturaleza se había anticipado a la historia. La había anunciado.

3 El dictador era loco por los baños y los espejos. Dieciséis baños tenía la casa que ocupaba antes de refugiarse en el búnker. Uno de esos baños sirve ahora de despacho a la viceministro de Cultura. El despacho del ministro tiene dos baños. Los grifos del lavatorio son águilas de bronce. En el escritorio del ministro, el poeta Ernesto Cardenal, yace la punta de la cola del caballo de bronce del viejo Somoza. Mu-

chos años antes de la revolución, el poeta habría profetizado que el pueblo derribaría esa estatua.

También en el ministerio de Cultura, en el jardín de la casa de Somoza, la naturaleza se anticipó a la historia. Una mañana, apareció caído el chilamate, un árbol gigantesco que reinaba en el jardín dando enorme sombra. El chilamate se arrancó a sí mismo de cuajo y quedó derribado en el jardín, con sus raíces al aire, mientras Enrique, el guacamayo, chillaba desde la jaula. Dos días después, acribillaron a Somoza en Asunción del Paraguay.

–¿Quién lo mató? –preguntaron los periodistas a Tomás Borge, ministro del Interior y fundador del Frente Sandinista.

–Fuenteovejuna –contestó Tomás Borge.

4 Pero no era esa casa, sino el búnker, el más perfecto símbolo del sistema. En el búnker vivió Somoza sus últimos tiempos en Nicaragua. El garaje está al lado del dormitorio y los baños tienen teléfono. Entre plantas de plástico y muchos espejos, el dictador leía «El ministerio de la bondad», por Elena G. de White, los últimos best-sellers norteamericanos y el «Management Information Systems Hand-book». Afuera ardía el mundo, pero el búnker era una estructura de acero a prueba de sonidos, un gran ataúd forrado de terciopelo donde no se escuchaba la lluvia ni los gritos ni los tiros. «Hay que estimular el turismo», ordenaba el dictador en plena guerra.

5 Guerra de palos y piedras y bombas y bombas caseras. «Mira», me dicen en Estelí, en León, en Masaya. «Tienen viruela las casas, por la tiradera.» Un premio al que encuentre una pared que no haya sido mordida por las balas, y entre las paredes en pie, están los vastos agujeros que dejaron los rockets y las bombas.

En el barrio de Monimbó, en Masaya, que se alzó y peleó hasta el final, hubo muchos muertos. Dos meses después de la victoria, los sobrevivientes salieron de las ruinas para celebrar la fiesta del Toro venado. Estalló la alegría como había estallado la rebelión. El Diablo dirigía el tráfico y desfilaban, entre tragos y risas, las carrozas improvisadas con cañas y palmas y lo que hubiera. Una carroza mostraba la fabricación de bombas caseras en piedras de moler maíz. «La muerte no es más que un momento de disgusto», había dicho Sandino, «y no vale la pena tomarla en serio».

Augusto César Sandino había sido asesinado por el viejo Somoza, el primero de la dinastía, cuarenta y cinco años antes. La dictadura prohibió su nombre y su imagen. El que fue héroe de la resistencia nacional y voz de los pobres, se escapó del cementerio.

6 Tras el saqueo, el terremoto y la guerra, la tarea no es fácil. Los sandinistas han encontrado las ruinas de un país sin escuelas ni hospitales, sin cloacas ni agua potable, enfermo de tuberculosis y malaria y donde muere un niño por cada cinco que nacen.

«El primer paso fue la disolución de la guardia somocista», me explica el novelista Sergio Ramírez, de la Junta de Gobierno. «No dejamos ni la banda de música.» En seguida, las nacionalizaciones. El país hizo suyos, por primera vez, los recursos básicos y las ganancias que generan. «No era numerosa la maffia de los ladrones consumidores. Unos veinticinco mil, que ahora están en Miami. Vivían como en Miami y tenían allá su chalet listo, porque sabían que allá terminarían.» Grandes extensiones de tierras y bosques, de Somoza y los suyos, pasaron a manos del estado, y lo mismo ocurrió con buena parte de las industrias. Las empresas extranjeras perdieron las minas de oro y plata, el ahorro nacional, los seguros y el comercio exterior.

Pero la revolución está en el primer día de la Creación. «Recién empezamos. Está todo por hacer», me dice Tomás Borge, y entrecierra los ojos, como haciendo puntería. «Vendemos el algodón y compramos el hilo. Gastamos divisas en petróleo y tenemos disponible la energía de los ríos y los volcanes. Necesitamos, por lo menos, por decirte una cifra bien bajita, doscientas mil casas con urgencia. ¿Cuántas podemos construir? Con suerte, 35 mil.»

Una revolución pobre, en un país pobre. La agencia de prensa Nueva Nicaragua nació el día en que un grupo de periodistas andaba por el mercado de Managua. Alguien anunciaba a los gritos «una máquina de escribir con teléfono».

–¿Cuánto vale eso?

Entre todos, juntaron la plata, el equivalente de cincuenta dólares, y se llevaron el télex.

7 Una revolución joven. No han cumplido treinta años, en su mayoría, los comandantes, los ministros y viceministros. Son todavía niños los soldados sandinistas que montan guardia.

Dos soldados conversan a la puerta de un ministerio. Sergio Ramírez acaba de denunciar que hay pruebas del financiamiento externo del motín de Bluefields y de las bandas armadas. Un soldado comenta, pregunta.

–¿Y por qué no les declaramos la guerra a los Estados Unidos?

El otro soldado responde, niega.

–Estás loco. Ellos son como 250 millones.

–Ah. No podemos.

–No. No podemos.

–Ah.

Y al rato:

–¿Y por qué no podemos?

–¿Pero no ves que no tenemos dónde meter tanto preso?

El país será de todos, la revolución ya es. Orgullosos de su tierra, los nicas se echan a caminar con sus propios pies. En León, en un paisaje de ruinas donde el aire huele todavía a quemado, un estudiante me dice:

–Qué suerte tienes. ¡Cómo me gustaría ser de otro lugar para venir a conocer este país!

Nicaragua en estado de asamblea. El pueblo se organiza, discute, decide. «El que calla las críticas», advierte el comandante Daniel Ortega, «se hace cómplice de

Una revolución joven: no han cumplido treinta años los comandantes y ministros, son todavía niños los soldados sandinistas que montan guardia. En la foto, fiesta popular por la liberación de Managua. Era el mes de julio de 1979.

los errores». Y es el propio ministro del Interior, el comandante Tomás Borge, el primero en denunciar públicamente los abusos y las arbitrariedades que se cometen.

8 Ya anda cerca de los 90 años el campesino que va a buscar al cura y le dice:

–Padre, quiero casarme con un hada.

El viejo pide al cura que se la bautice antes, para que el hada se haga de carne y hueso; y el sacerdote dice que si el hada no se materializa, él no la puede bautizar.

–Dígale que si ella no se hace persona, no hay caso.

–¿Y cómo hago? Hace años que me acompaña, pero nunca me habló.

–Explíquele que sus intenciones son honestas.

–Si la viera, padre. Es *tan* hermosa...

El sacerdote jesuita Alejandro von Rechnitz cuenta en *Barricada*, el diario de los sandinistas, sus experiencias en la alfabetización. El estuvo alfabetizando en un pueblito lejano, aislado por el monte y por las lluvias de diez días, donde llegan, los que llegan, de a caballo. Vio niños pálidos y barrigones, «verdaderos zoológicos ambulantes, que podría exhibir con orgullo un coleccionista de parásitos», niñas calvas por la sarna infectada, hombres y mujeres que parecen espectros y hasta una joven que se dio a sí misma por muerta aniquilándose en una cama.

La campaña de alfabetización fue fulminante. Más de la mitad de los nicaragüenses no sabía leer ni escribir. En cinco meses, se redujo el analfabetismo al doce por ciento. Se emprende ahora la alfabetización *en lenguas*: en miskito, la lengua indígena del este del país, y en inglés, que es el idioma de la población negra de la costa del Caribe. Del 12 por ciento, pues, quedarán no más que los que son tan cortos de vista «que no ven a tres en un burro». *La revolución*. Esas fueron las dos palabras claves en el trabajo de los alfabetizadores. Tienen todas las vocales.

9 Por primera vez, Nicaragua emprende la tarea de la unidad nacional. La alfabetización permitió que, en gran medida, el país empezara a descubrirse a sí mismo. De los campos, las selvas y las montañas regresaron los muchachos a las ciudades. Trajeron nuevas sabidurías, aprendieron mucho; y trajeron también parásitos intestinales, malaria y una piel convertida en colador por los mosquitos, las pulgas y las garrapatas. «Comprendo el horror de algunos capitalinos», escribe el padre von Rechnitz. «Lo que no comprendo es por qué los horroriza que sus hijos pasen unos meses en estas condiciones y no que el 70 por ciento de los nicaragüenses haya vivido en ellas toda su vida.» Y agrega: «Es una vergüenza para el cristianismo de este país no haber impedido que tal injusticia se cometa durante más de 400 años.»

10 El oriente de Nicaragua –costa del Caribe o costa atlántica– ha vivido siempre al margen del resto del país. Ese *otro mundo* es, ahora, la zona más vulnerable. La población de la costa atlántica no participó en la larga lucha contra Somoza; y selva adentro hay gente que ni siquiera sabe que hubo en Nicaragua dictadores que se llamaban así. En Bluefields estalló un motín a fines de septiembre contra los maestros y los médicos cubanos que están trabajando en la región. De los 2.000 maestros y 300 médicos que ha enviado Cuba, la mayoría actúa en los lugares más inhóspitos y más inaccesibles. Muchos están en la región atlántica. «¿Están locos?», respondió Tomás Borge por televisión. «¿Están locos? En este país donde la escuela ha sido un lujo y donde tenemos una mortalidad infantil aterradora, ¿creen que vamos a echar a los maestros y los médicos cubanos que vienen a dar todo sin pedir nada?».

11 Si es difícil la costa de habla inglesa, más difícil es la región indígena, que abarca la costa y la selva. Los indios miskitos llaman «españoles»

"Las cuatro estaciones"
(15 de setiembre –
15 de diciembre de 1980)

EL LIBRO DE ESTE OTOÑO

Pájaro de celda

(JAILBIRD)

de Kurt Vonnegut

PW hardcover best sellers
October 22, 1979

Fiction

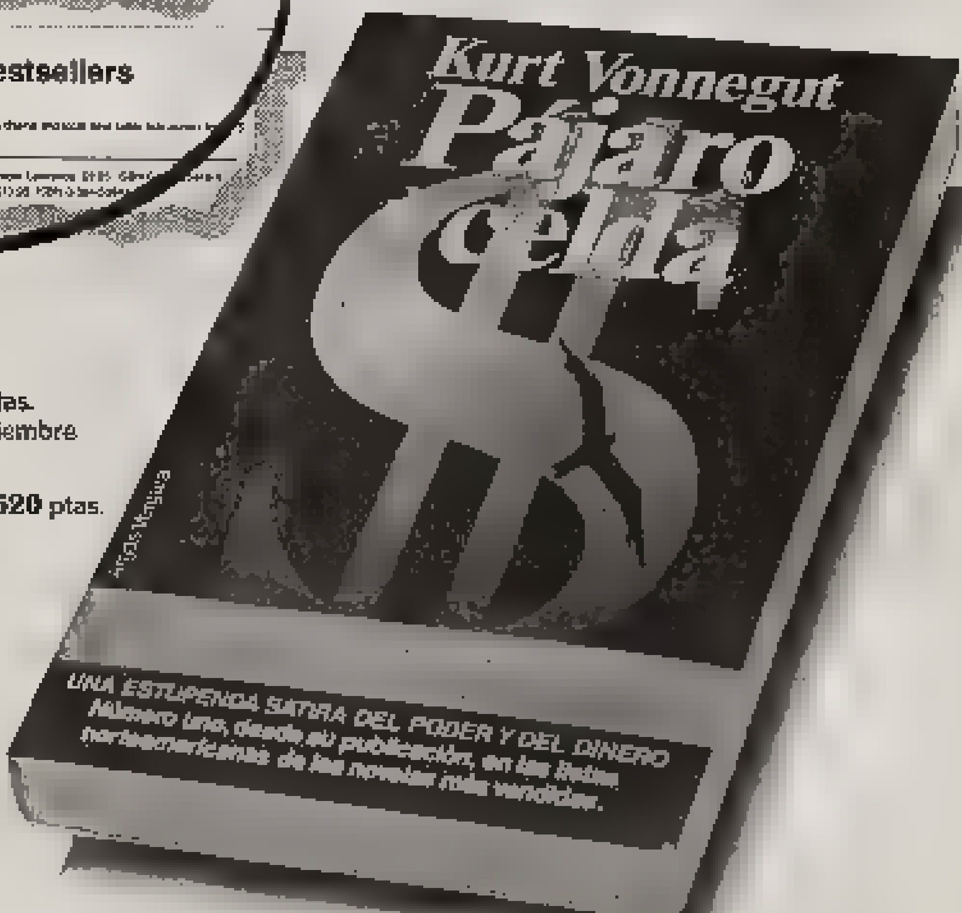
1. Jailbird, Kurt Vonnegut.

PW hardcover bestsellers
January 11, 1980

Fiction

1. Jailbird, Kurt Vonnegut.
2. Smiley's People.

Número Uno durante meses de los libros más vendidos en los Estados Unidos, esta deliciosa sátira del poder y del dinero es la más reciente novela de un autor al que Graham Greene califica como "uno de los mejores escritores norteamericanos vivos".



Precio de venta: **335** ptas.
(sólo hasta el 15 de diciembre de 1980)

A partir de esta fecha: **520** ptas.
¡Ahorre 185 ptas.!

Y sorteo de UN MILLON de pesetas en libros. Las instrucciones figuran en el ejemplar.

argos-vergara "libros vivos"

a los demás nicaragüenses y tienen un miedo y una desconfianza muy antiguos y legítimos.

En la frontera con Honduras, sobre el río Coco, se pone en marcha la alfabetización en lengua indígena. Llueve en Waspam. Llueve como en un cuento de García Márquez. Siempre llueve: llueve nueve meses seguidos cada año. Las lluvias se han llevado 24 puentes. No se podrá reconstruirlos hasta que venga el breve tiempo seco. No faltan solamente puentes por aquí. De cada diez nativos, nueve no saben leer ni escribir. No hay hospitales, pero sobran enfermedades. No hay caminos, ni vehículos, ni combustible para los vehículos. Las casas de bambú y techos de palma no tienen pozos negros ni pararrayos. Primera etapa: cavar pozos negros, instalar pararrayos, explicar que es preciso hervir el agua antes de beberla. Primera etapa: enseñar a los miskitos a leer y a escribir en su lengua.

El ministro de la costa atlántica, el comandante William Ramírez, participa de la gran asamblea, habla, escucha, discute: «Hemos cometido muchos errores... Aprendemos del diálogo con las comunidades. El problema no es de razas, ni de colores. La revolución se ha hecho para transformar al hombre...»

En su lengua, los indígenas debaten sus problemas. Cuando no pueden explicar una situación, la teatralizan. Se improvisan actores y ahí está un barco a motor navegando por el río, porque en balsa o en canoa lleva diez días traer los bananos desde algunas aldeas. Otro mimo eficaz explica que muchos se han gastado en tragos el dinero para la siembra del frijol; y una muchacha muestra cómo terminan de putas las indias que emigran río abajo.

Habla Ernesto Cardenal: «Estamos descubriendo nuestra identidad, hecha de diversas culturas, como la cultura de ustedes. Estamos aprendiendo». Explica que los alfabetizadores recogerán mitos, leyendas, tradiciones y testimonios de la historia reciente, danzas y cantos.

Por unanimidad, la asamblea le pide una guitarra.

12 «Nosotros estamos prestados aquí, ahorita. Serán ellos mismos los que resolverán sus problemas», me dice, en Waspam, uno de los coordinadores de la alfabetización. Se llama Fabio, es de Masaya, tiene 23 años y no conoce a la hija que le nació hace 11 meses.

–¿Hace un año que no vas a Masaya?

No me contesta con un discurso.

–Así son estas cosas, pues –dice.

Onetti, Tomás Borge me pregunta por él. Y me cuenta que no bien lo designaron ministro del Interior, buscó su propio expediente en los archivos de la policía; pero dentro del expediente, que hacía mucho bulto, no encontró lo que quería. Buscó y buscó pero no encontró. Buscaba un papel. En el papel, él había escrito algo que ya no recordaba y que ahora le gustaría tener. Al cabo de una eternidad de palizas y preguntas, los guardianes de

Tomás Borge, ministro del Interior y fundador del Frente Sandinista: «Recién empezamos. Está todo por hacer.»

13 La misma humildad tiene Tomás Borge, aunque ha peleado durante 20 años y tiene edad para ser el padre de ese muchacho de Waspam. En cierto modo, es el padre de todos esos muchachos que están cambiando el país. Me muerdo las ganas de felicitarlo. Y siempre recuerda y aplica una frase de Carlos Fonseca Amador, también fundador del Frente Sandinista, muerto por la dictadura:

–Hay que criticar mirando a los ojos y hay que elogiar por la espalda.

Imprevisto lector de Juan Carlos Onetti, Tomás Borge me pregunta por él. Y me cuenta que no bien lo designaron ministro del Interior, buscó su propio expediente en los archivos de la policía; pero dentro del expediente, que hacía mucho bulto, no encontró lo que quería. Buscó y buscó pero no encontró. Buscaba un papel. En el papel, él había escrito algo que ya no recordaba y que ahora le gustaría tener. Al cabo de una eternidad de palizas y preguntas, los guardianes de Somoza le habían dado un papel para que confesara por escrito. En ese papel, Tomás Borge escribió un poema a la hija, que llevaba poco de nacida.

14 José Coronel Urtecho escribe: «Ni siquiera lo que era es ya como era.»

Los pintores primitivos de Solentiname, que anunciaron el paraíso, empiezan a construirlo.

Y la escritora Gioconda Belli recuerda lo que le dijo una niña de nueve años: «Yo, en las venas, en vez de sangre tengo alegría».

E. G.

EL RESCATE

El Titanic, 269 metros de eslora, 28 de manga, 45.000 toneladas, 3 hélices, 50.000 caballos, el más grande, el más lujoso trasatlántico de su época. Fue construido en Belfast por Harland & Wolff. Decían de él que era «el barco más seguro del mundo» y que nunca podría hundirse. Tenía, efectivamente, doble fondo y estaba dividido en dieciséis compartimentos estancos. Pero las catorce lanchas de salvamento de sus chalupas pudieron salvarse 11.178 personas.

DEL "TITANIC"

El «Titanic», hundido en la noche del 14 al 15 de abril de 1912, tras chocar con un bloque de hielo, siempre estuvo de actualidad. «Hemos formado una compañía para poner a flote el Titanic», «Rescataremos del fondo del mar un gran tesoro de joyas y diamantes», etc. Desde 1912 no han dejado de producirse noticias así. Ahora, un millonario tejano –Jack Grimm– y una compañía británica están decididos a encontrarlo, fotografiarlo y, acaso, sacarlo. De hecho una expedición sufragada por Grim trabajó este verano en búsqueda del barco y creyó haberlo encontrado a primeros de agosto. «Olas de más de cuatro metros y vientos de cincuenta nudos por hora obligaron al buque expedicionario J. J. W. Fay a abandonar el intento de comprobar, mediante sondas fotográficas, el hallazgo del Titanic». (Diario 16, 20-agosto-1980). Robert Sténuit, periodista científico especializado en temas oceanográficos y profesional del tema (durante este verano ha dirigido una importante operación de rescate submarino en aguas de Haití), cuenta aquí en un completo informe las dificultades y posibilidades de un intento de esta envergadura. El millonario americano Jack Grimm declaró tras el fracaso del verano: «Estoy dispuesto a regresar el próximo verano».

ROBERT STENUIT

EL naufragio del Titanic, el «Flagship» (1) de la White Star Line, reventado por un iceberg la noche del catorce al quince de abril de 1912, reunía todas las condiciones para excitar vivamente la imaginación del público. El más reciente, el más grande, el más lujoso paquebote del mundo, «el navío que no podía hundirse», se hundía en su primer viaje llevando a bordo cincuenta y siete millonarios, entre los que se contaba John Jacob Astor, que tenía él sólo setenta y cinco millones de dólares, y la crema de la alta sociedad neoyorquina (política, banca, finanzas, negocios, minas, ferrocarriles, etc.). Fueron mil seiscientos los desaparecidos. Los supervivientes, en traje de noche, tiritaban con mirada hosca. Los dos telegrafistas habían permanecido en sus puestos hasta el final. El capitán de barba blanca, inmóvil en la pasarela, se había hundido con el barco, y la orquesta, vestida de smoking, había estado tocando «más cerca de ti, Dios mío», hasta que la música quedó ahogada por el fragor de las aguas. Todavía hoy, un naufragio tan ejemplar no ha perdido un ápice de su valor comercial como tema para una película de televisión o como pretexto de «sponsoring» (como se dice hoy día en vez de decir correctamente «patrocinio», o «financiación con fines publicitarios»).

Producciones Walts Disney

Las producciones Walt Dysney habían lanzado en 1978 la idea de hacer una gran película de catástrofes basada en la noche del Titanic. La National Geographic Society de Washington D.C. (que no es tenida por ninguna asociación de bromistas) colaboró en los estudios preliminares de fotografía e iluminación, mientras que la firma Alcoa estudiaba las máquinas que habrían de trasladar las cámaras. Pero después de haberse gastado cincuenta mil dólares, los socios aparentemente abandonaron el proyecto. Casi al mismo tiempo, dos grupos, uno inglés (en 1979) y otro americano (a principios de 1980), lo reemprendían por cuenta propia y cada uno por su lado. La idea inicial era la de

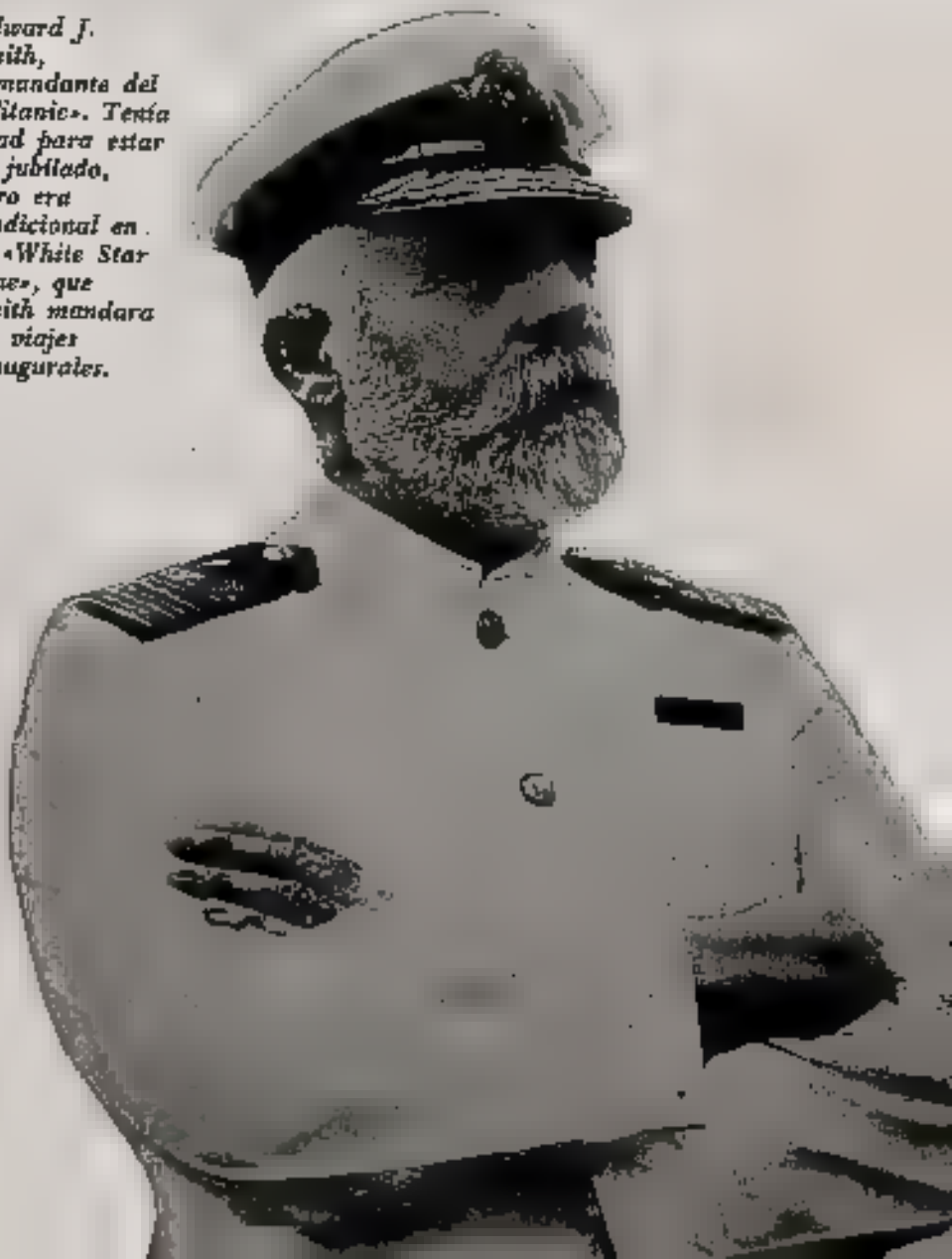
(1) Barco estandarte, barco bandera. En inglés en el original.

promocionar un proyecto que consistía en encontrar, fotografiar y filmar los restos del navío. Las secuencias submarinas servirían de base para una película que reconstruiría además toda la historia del buque y de su naufragio.

La Seawise and Titanic Salvage

El grupo inglés Seawise and Titanic Salvage lo llevan dos hombres de negocios londinenses, Philip Slade y Clive Ramsay, que están buscando un millón de libras esterlinas para llevar a buen término su empresa. Han contratado los servicios de dos expertos: Derek Berwin, fotógrafo submarino, y el comandante John Grattan. Este último ■ entrenó con los buzos de la Royal Navy «en una época en que los caballeros no se mojaban». Después de especializarse en las técnicas de inmersión profunda mediante mezclas gaseosas, se encargó de diversos proyectos de recuperación y salvamento y se le acabó por poner al mando del H.M.S. «Reclain», un barco especializado de la marina británica, concebido exclusivamente para la inmersión profunda y el salvamento de restos de barcos y máquinas perdidos. Era por lo tanto John Grattan uno de los primeros expertos del mundo cuando decidió retirarse. Ahora es consejero técnico de diferentes compañías petrolíferas y de fabricantes de complejos equipos de inmersión, lo que le permite dedicarse por fin a su auténtica pasión: la búsqueda de viejos restos de naufragios.

En lo que respecta a la historia del naufragio y a sus circunstancias, notablemente embarulladas por la leyenda y la literatura, la única fuente de información fidedigna es, según él, el informe de la comisión de encuestas que presidió Lord Mersey algunas semanas después del desastre. Grattan ■ desmenuzado todas y cada una de las frases de este espeso documento, basado exclusivamente en las declaraciones de los supervivientes y en las de sus salvadores, y del cual, según dice, sólo queda una copia que se conserva en la Biblioteca del Almirantazgo. Se ha recorrido, asimismo, todas las fábricas americanas y europeas de material destinado a búsquedas marinas e instrumentos teledirigidos. Su conclusión, como explicó en ■ semanario inglés «Now», es la de que la empresa es difícil y aleatoria, pero realizable. También ha deducido que la posición oficial del casco hundido: 41° 46' de latitud norte y 50° 14' de longitud oeste, que es la que ■ da en el informe basándose en el último punto comunicado en los S.O.S. y en las estimaciones de los salvadores, es falsa. Para él la verdadera posición está quince millas más al este, es decir, ■ 41° 40' de latitud norte y 50° 03' de longitud oeste. Sus argumentos son que el Titanic no recorrió en su última noche la distancia supuesta, ya que se olvidaron, ■ calcularla basándose en la velocidad, de restarle media hora de camino que correspondía al ajuste de los relojes del barco que servía para compensar progresivamente, todos los días, la diferencia de horario entre una y otra orilla del Atlántico. Y que además la propia velocidad se calculó mal. La doble corrección de Grattan, según ■ mismo afirma, da como resultado el nuevo punto. En cuanto al paquebote «Carpathia» (el que recogió a las cuatro de la madrugada los botes donde se hallaban los setecientos cinco supervivientes), si bien lo que se dijo es que encontró los botes salvavidas al alba gracias a la velocidad que mantuvo a pesar del peligro y gracias a ■ «soberbia navegación de su comandante», no pudo en realidad haber hecho otra cosa que zigzaguear prudentemente



Edward J. Smith, comandante del «Titanic». Tenía edad para estar ya jubilado, pero era tradicional en la «White Star Line», que Smith mandara los viajes inaugurales.

entre los numerosos icebergs y encontrar los botes por pura casualidad, ya que la ruta que seguía era la de la falsa posición oficial. En resumen, concluye Grattan, la zona de búsqueda centrada sobre la nueva posición será un rectángulo de veintitrés millas de largo por trece de ancho unas trescientas millas al sur del cabo Race en New Foundland.

La Titanic 1980 Inc

La Titanic 1980 Inc. es una sociedad comercial, creada especialmente en Texas con idéntico fin que la anterior, por M. Jack Grimm, de Abilene. La sociedad fletó el barco de búsqueda «H.W. Fay» (anclado en Fort Lauderdale, en Florida), en el verano de 1980. El doctor William B. F. Ryan, del «Geological Observatory Lamont-Doherty» de la Universidad de Columbia fueron los encargados de procurar los medios técnicos y de ingeniería necesarios. Más precisamente, de adaptar los equipos de localización ya existentes a la profundidad de la misión. El observatorio de geología Lamont-Doherty es un instituto oceanográfico dedicado a la enseñanza y la investigación, enormemente respetado en Estados Unidos desde hace treinta años. En esta empresa lo que le interesa a la universidad de Columbia no es el aspecto histórico (nadie en el grupo parece haberse tomado la molestia de leer los documentos originales que hablan del naufragio), y menos aún el aspecto sensacionalista, sino la oportunidad de poner en funcionamiento instrumentos nuevos, más perfeccionados, utilizables a mucha mayor profundidad y que les serán regalados después de la expedición.

Con su experiencia sobre el terreno y el enriquecimiento de su panoplia de aparatos científicos, la universidad de Columbia lo tiene todo ganado, y ya considera la posibilidad de profundizar, con el nuevo material, sus actuales investigaciones en los principales cañones y «cadenas montañosas» centro-oceánicas.

En cuanto a la puesta en funcionamiento del material durante la búsqueda del casco hundido, fue supervisada por el doctor Fred W. Spiess del laboratorio de Física Marina de la célebre Scripps Institution of Oceanography de la Universidad de California; la película, fin lucrativo de la operación, iba a ser dirigida y producida para la «Titanic 1980 Inc.», por Michael Harris y el equipo de Expedición Internacional.

La carrera hacia el casco hundido

Los dos participantes que quedan en pista tenían que recorrer las etapas siguientes: localización, identificación, re-localización posterior, instalación de la base Dotante fotografía y rodaje de la película.

Técnicamente todas estas etapas son muy difíciles, pero ninguna imposible; ni siquiera ninguna de ellas es nueva. Todos los instrumentos necesarios se encuentran, con ligeras variantes, en el mercado actual (aunque para profundidades menores), y todos los inventos técnicos y logísticos indispensables ya han tenido éxito en distintas circunstancias, y la mayoría de las veces aunque no siempre, a menor profundidad. La marina de los Estados Unidos, por ejemplo, ha llegado con éxito a grandes profundidades. De lo que se trata, por lo tanto, es de adaptar materiales existentes y métodos ya ensayados a presiones superiores y a una zona de búsqueda más amplia. Es decir, que los civiles tendrán que reinventar los instrumentos que posee el MIZAR, «navío de investigación oceanográfica» del laboratorio de Investigación Naval de la armada de los Estados Unidos, que son ultrasecretos.

Localización

Resultaría francamente sorprendente que por lo menos dos marinas de guerra, la americana y la soviética, no conociesen, con un margen de error de algunos metros, la posición exacta de los restos del Titanic y de todos los puntos de señales sónicas o magnéticas importantes del fondo del Atlántico. John Grattan, ex oficial de la Royal Navy, nos recuerda (sin traicionar el secreto militar, ya que la prensa ha hablado de ello en diversas ocasiones) que las orillas de los Estados Unidos están defendidas por toda una serie de auriculares sumergidos capaces de reconocer «la voz» de todos los motores y de todas las hélices, y que están destinados a avisar a tiempo de la proximidad de cualquier enemigo sumergido. También resulta verosímil que el fondo de los siete mares y los cuatro océanos esté, al igual que el cielo, plagado de sistemas de espionaje y escucha que recogen día y noche, al este y al oeste, todas las informaciones relativas a los desplazamientos de todos los barcos y sumergibles de ambos lados. Además, el submarino nuclear «Thresher» se hundió en 1964 más o menos en la misma zona de la costa este de los Estados Unidos. El batiscafo «Trieste» lo encontró tras una larga campaña de búsqueda y fotografió sus restos. Es asimismo probable que exista en los archivos de la marina americana un mapa detallado que recoja todas las anomalías del campo magnético de la zona, anomalías causadas por la presencia de masas metálicas extrañas, y Grattan escribe en su informe que precisamente en la nueva zona de localización hay, según sus cálculos, una anomalía magnética, una única anomalía y de tal magnitud que no puede corresponder más que a una montaña de hierro de cuarenta y tantas millones de toneladas. Añade que ningún otro barco de semejante tamaño se ha hundido por los alrededores, y precisa que los numerosos buques de carga destruidos por los U-Boaten durante las dos guerras mundiales se hundieron todos mucho más cerca de tierra, más al oeste. De todos modos, aunque así no fuera, sus masas metálicas son de cuatro a ocho veces menores.

-¡Las mujeres y los niños primero!-

También es de suponer que los [illegible] se hayan preocupado por [illegible] el terreno [illegible] que conocen a la fuerza, por idénticas razones, pero inversas, no sólo el relieve exacto y la naturaleza del fondo [illegible] también todas las masas magnéticas importantes del océano, para no confundirlas con un submarino nuclear enemigo inmóvil aun cuando ni los unos ni los otros [illegible] mil metros de profundidad [illegible] de [illegible] de algunas decenas de miles de toneladas [illegible] representar una señal sonora importante para la navegación submarina [illegible] camuflaje [illegible] magnético [illegible] para el espionaje [illegible] como [illegible] para confundir e interrumpir los sistemas de detección enemigos.

[illegible] no [illegible] que rehacer el trabajo por sí mismos.

Los instrumentos de detección

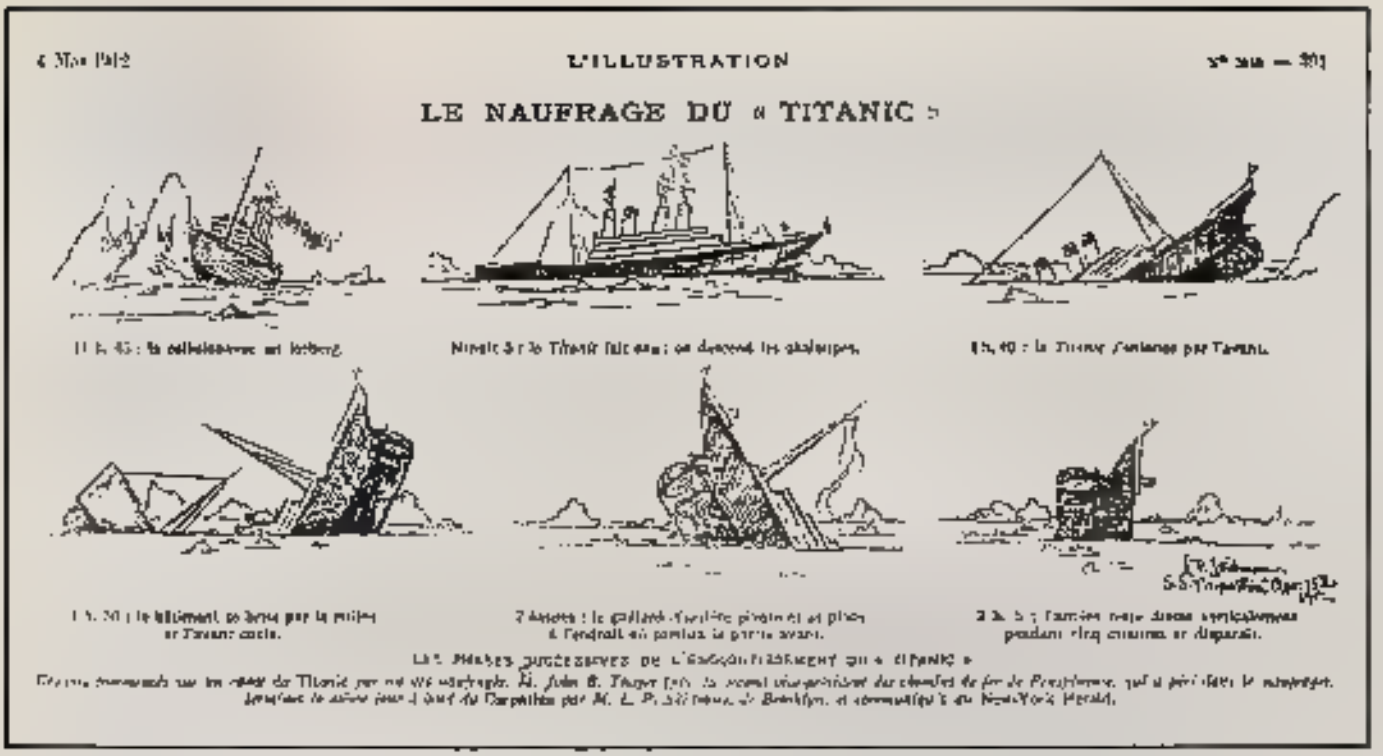
Anteriores experiencias muestran que hay dos tipos de instrumentos capaces de localizar rápidamente un barco hundido en una zona tan grande, siempre y cuando se los pueda adaptar a una profundidad de cuatro mil metros. Estos instrumentos son el sónar de barrido lateral y el magnetómetro de protones.

La inspección ocular, ya sea desde el interior de un submarino o por cámara de televisión remolcada, queda evidentemente excluida. Los pocos submarinos que actualmente son capaces de operar a cuatro mil metros (los Batiscafos y el Aluminaut) o no están ahora preparados para sumergirse, o no están disponibles para una misión civil tan secundaria. Por otra parte su uso no sería rentable dados el elevado coste de la movilización y la maniobra, la importancia de la logística (el barco de acompañamiento sobre todo), y también la prohibitiva lentitud de sus desplazamientos horizontales y verticales (dos nudos de velocidad de crucero en el Trieste II). Su débil autonomía, la posibilidad evidente de que un simple observador pase sin darse cuenta sobre los fragmentos esparcidos de un barco destruido, aplastado y cubierto de lodo, su dependencia de las condiciones meteorológicas de la superficie, etc., condenan en cualquier caso su uso para la inspección ocular (y sin duda alguna para la identificación), mientras que las máquinas pueden detectar el hierro a quinientos metros en lugar de a cinco, y durante todo el día en lugar de seis horas al día.

El sónar de prospección proviene de los primeros sónares detectores de los submarinos de la segunda guerra mundial. Estos aparatos de eco recepción pueden compararse, en un mecanismo básico, con los radares aéreos, pero utilizan ondas sonoras en vez de ondas de radio. El sónar de barrido lateral (OBSS) u «Ocean Bottom Scanning Sonar», consiste en un «emisor pez» encerrado en un torpedo perfilado provisto de paletas y remolcado por un cable entre dos aguas, y en un registrador gráfico que está en el barco de superficie. Este aparato es hoy día de uso común (fabricantes: Westinghouse, Klein, EG and G, entre otros). Las ondas sonoras que se pierden en la lejanía o en un fondo esponjoso marcan en el papel del registrador zonas de eco débil mediante señales claras y difusas, mientras que las rocas o los obstáculos duros (como el caso de un barco hundido) envían un eco nítido que aparece marcado en el papel mediante manchas negras. Dicho de otra forma, el aparato dibuja sobre el papel el perfil del fondo y los obstáculos se reproducen por manchas oscuras que forman siluetas de todos los detalles, como la chimenea de un barco, o hasta los mástiles, si es que aún existen. El alcance del barrido por cada lado depende del aparato y de la distancia del fondo. Bajo el aparato se forma una zona de sombra inevitable que se cubre mediante sucesivas pasadas paralelas. El alcance práctico útil de los sonares que se pueden encontrar en el mercado es actualmente de varios centenares de metros por cada lado. Al aumentar más dicho alcance sólo se logra ir en detrimento de la precisión. Las actividades de los sonares supersofisticados con que está equipado el barco de investigación «MIZAR» se guardan en secreto. Después de estos, los prototipos de la universidad de Columbia (que recibirá ayuda de los técnicos de la International Submarine Technology, IST), son los más eficaces.

El magnetómetro, en cambio detecta el hierro o, más bien, detecta las anomalías causadas en las líneas de fuerza del campo magnético terrestre por una masa magnética artificial extraña, sea cual fuere su disposición sobre el fondo. El pez del magnetófono es también remolcado entre dos aguas y mide todo lo que encuentra, ya sea un magnetismo natural o artificial. Para la busca de cascos hundidos puede ir acoplado a una consola que lleva un registrador gráfico que marca la curva del magnetismo terrestre del lugar por el que se pasa. En las islas Scilly, por ejemplo, el magnetismo es absolutamente estable, porque los sedimentos del fondo son magnéticos, lo que hace que un barco hundido sea registrado como una conmoción brutal, perfectamente visible del magnetismo local. En otras regiones, por ejemplo las islas Shetland, en las que el suelo es rico en minerales de hierro y rocas magnéticas, el trazado del magnetómetro es indeciso. En estas condiciones es mucho más difícil diferenciar las variaciones naturales del campo magnético de las producidas por la presencia de un cuerpo extraño.

Existen dos grandes familias de magnetómetros. El más común es el magnetómetro de precisión de protones que utilizan habitualmente hoy día los buscadores de barcos hundidos (galeones españoles, submarinos científicos perdidos, aviones militares F-14, torpedos de prueba, bombas de hidrógeno, misiles, etc.), o de estruc



El «New York Herald» publicó el 4 de mayo de 1912 estos dibujos comenzados por John B. Tayer, hijo del segundo vicepresidente de los ferrocarriles de Pensylvania, en una de las lanchas de salvamento, y terminados en el «Carpanthia» por M. L. P. Skidmore. Los tiempos sucesivos marcados en el dibujo corresponden a las 11 horas y 45 minutos, cinco minutos después, la una y cuarenta, la una y cincuenta, las dos y las dos y cinco.

turas petrolíferas sumergidas (oleoductos, pozos cegados, plataformas «off-shore» hundidas, etc.). Estos instrumentos son fabricados sobre todo por las casas McDowell, Varian y Klein en Estados Unidos, por Barringer Research en Canadá, por C.I.T. Alcatel o Thomson en Francia, etc...

Las circunstancias del naufragio

Respecto a la integridad de la estructura del barco, los relatos de algunos supervivientes hablan de explosiones en las calderas que podrían haber destruido varios puentes y una parte del casco. Una serie de croquis empezada por uno de los supervivientes que se encontraba en un bote salvavidas (M. John B. Thayer) y terminada el mismo día a bordo del Carpanthia por M. L. D. Skidmore, muestra las etapas del naufragio cada cinco minutos: el barco se inclina primero hacia delante, luego se parte en dos por la mitad (lo que parecería muy difícil de explicar si no fuera por la explosión de las calderas), después la proa y la popa flotan separadamente por unos instantes hasta que ■ vacían de aire por completo. Finalmente se hunde la parte delantera mientras que la trasera flota todavía quince minutos antes de desaparecer a su vez (croquis publicados por el New York Herald y después por l'Illustration). Otro superviviente, M. Beesely, cuenta: «Hacia las dos de la madrugada el barco se inclinó hacia delante y la popa emergió quedándose en posición vertical... todas las luces se apagaron... en ese mismo instante, las máquinas que se habían desprendido se precipitaron hacia el fondo del barco atravesándolo de parte a parte con un ruido ensordecedor que debió de oírse en varias millas a la redonda...»

■ comandante Gratian no es de la misma opinión. Según él, las calderas no explotaron ni se soltaron de su soporte, como tampoco lo hicieron las máquinas cuando el barco se inclinó verticalmente ni luego siquiera durante su larga carrera de cuatro mil metros desde la superficie hasta el fondo. Por otra parte, el barco no se hundió por la proa como una flecha, sino que se llenó de agua rápidamente, lo que evitó además que fuera aplastado por la presión, recuperando así el centro de gravedad y el equilibrio. Así que descendió suavemente para ir a posarse limpiamente sobre ■ fondo. Con arreglo a sus cálculos y a su experiencia, el barco habría llegado al fondo a una velocidad de once kilómetros por hora solamente. En resumen, aparte de una o dos chimeneas desmoronadas y, naturalmente, de la grieta que abrió en su flanco ■ punta del iceberg, él asegura que el barco está intacto todavía. Y añade con gran optimismo: «que ha habido poca corrosión, que el fondo está formado por un lecho duro de lodo sin rocas y que el Titanic se fue a posar bien derecho sobre él, pidiendo a gritos una fotografía...»

(En realidad el enrarecimiento del oxígeno disuelto a grandes profundidades y que debería retrasar la corrosión del hierro no es más que una teoría. La fluctuación de las corrientes tiende a saturar el

agua de mar de gas disuelto. En las zonas donde se encuentran el Tresher y el Titanic, el batiscafo Trieste ha observado siempre en el fondo corrientes de un cuarto de nudo por lo menos.)

El doctor Ryan, de la universidad de Columbia, no parece tener opinion acerca de la integridad del casco, pero sí sobre la naturaleza del fondo. Una opinión de peso, ya que el Lamont-Doherty Geological Observatory es quien ha hecho el célebre mapa detallado, en relieve, del fondo del Atlántico, y participo, junto a otras instituciones, en el proyecto HEBBLE (High Energy Benthic Boundary Layer Experiment), proyecto que trata de estudiar en los fondos del sur de New Foundland y del este de Nova Scotia (que es a grandes rasgos la zona del naufragio) los fenómenos de la capa benzica intermedia causados por las turbulencias que origina la corriente fría del Labrador, que desciende en profundidad hacia el sur a lo largo de la plataforma sedimentaria del continente norteamericano. Esta corriente se muestra irregular a mentido. Cuando entra en acción crea gigantescas nubes de sedimentos llamadas «tempestades abisales» que pueden llegar a crear, a su vez (siempre según los mismos investigadores), dunas gigantescas y profundos surcos de erosión. Según puede verse, en Estados Unidos se muestran menos optimistas.

Y esto no es todo para el doctor Ryan: «El casco se encuentra en algún lugar dentro de la zona de la falla del estado de Rhode Island sobre un lecho de sedimentos ancho y espeso, llamado la plataforma continental, que va bordeando la «orilla» de las profundas cuencas marinas. El lugar donde se hundió el Titanic según indica el cuaderno de bitácora, puesto a salvo en uno de los botes antes del naufragio, está situado justo encima de una enorme falla submarina, tan grande como

Fotografía tomada por J. W. Barker, pasajero del «Carpanthia» que recogió a pasajeros del «Titanic» que lograron salvarse en lanchas.

para poder haberse tragado el casco entero, ocultándolo así al sónar de los barcos.»

La navegación

Si la primera preocupación es preparar un método de detección eficaz que cubra todas las hipótesis concebibles, hay que estar seguro además de pasear los instrumentos elegidos de manera metódica y fiable, para que cubran todas las zonas probables hasta el último rincón, pero sin pasar dos veces por el mismo sitio. La precisión de la navegación de superficie ya no es, hoy por hoy, un problema. Los sistemas de navegación del tipo DECCA o LORAN, etc., o la navegación por satélite (por ejemplo mediante el sistema Magnavox que emplea el «Navy Navigation Satelit System» o la NNSS) permiten actualmente una navegación precisa con pocos metros de error en un mar interior, como por ejemplo el mar del Norte, o con menos de una milla de error garantizada en pleno océano Atlántico. Los mismos sistemas permiten encontrar a voluntad un punto determinado.

Pero una cosa es saber dónde se está en la superficie y otra muy distinta saber dónde se encuentra respecto al barco un pez remolcado que se halla en el extremo de un cable de seis mil metros. La acción del viento y de las corrientes de la superficie (las de la deriva), de las corrientes profundas o de las corrientes intermedias siempre cambiantes, no permite saber con exactitud dónde se encuentra el objeto remolcado con respecto al remolcador. Por lo tanto será preciso, sin duda alguna que el pez, el vehículo submarino portador de los instrumentos, sea autónomo.

Será también necesario que la navegación esté dirigida por boyas submarinas emisoras. El sistema

NAVIRAK III de la casa Edo Western, por ejemplo, es un grosero equivalente submarino del sistema de navegación DECCA. La consola de lectura del sistema le permite al observador de la superficie saber en todo momento dónde se encuentra el vehículo portador del aparato receptor con respecto a dos o cuatro balizas colocadas sobre el fondo. Cualquiera que sea el sistema de este tipo que se emplee tendrá por supuesto que adaptarse a la profundidad considerada (un sistema similar fabricado por EG and G es el sistema ATNAV II).

Respecto al aparato submarino teledirigido portador de los instrumentos, los dos grupos no tendrán otro problema que el de su elección. A finales de 1979 existían en el mundo 148 pequeños submarinos científicos o comerciales, de los que muy pocos estaban preparados para sumergirse, y 97 aparatos teledirigidos portadores de máquinas, pinzas articuladas o cámaras de televisión. (Otros ocho estaban en construcción.) Todos ellos se derivan de los antecedentes de hace quince años, o más, a saber: el CURV o «Cable Controlled Underwater Recovery Vehicle» de la marina norteamericana (empleado con éxito en Palomares para eslingar la bomba) y su homólogo francés el Télénaute. Las versiones actuales de estos complejos aparatos teledirigidos son carísimas: 160.000 dólares por el vehículo propiamente dicho, 120.000 dólares por el sistema de remolque por cables, 55.000 dólares por la consola de control y lectura. (Estos datos se basan en un estudio de la Ocean Industry de 1979.) El precio de una máquina similar adaptada a una profundidad de cuatro mil metros está todavía por determinar.

El doctor Ryan tiene el proyecto de «transformar las señales recibidas, mediante calculadoras instaladas a bordo que producirán simultáneamente una imagen acústica en dos dimensiones y un perfil magnético continuo del fondo del mar que representará franjas de una a tres millas de ancho. La imagen acustica revelará el perfil del Titanic así como los detalles de su superestructura con un margen de error de algunos metros». Declaración ésta bastante optimista, puesto que presupone –esta vez– que el casco, como decía John Grattan, se halla intacto sobre el fondo y no perdido en una enorme grieta como sugería el propio Ryan, o enterrado bajo una de las dunas de lodo de que habla el proyecto HEBBLE.

La identificación

Si el perfil del casco no es tal y como esperan los investigadores, surgirá el problema de la identificación. En tal caso, la intensidad de la anomalía magnética marcada por el magnetómetro bastará sin duda para alejar cualquier resto de incertidumbre. (No hay en el fondo del océano tantas masas de hierro de cuarenta mil toneladas.) De todas formas habrá que obtener fotografías o películas del barco que muestren un detalle inconfundible: la pala de una hélice, una serviola reconocible, un torno identificable...

Para conseguir esto habrá que mantener el barco de investigación justo encima del barco hundido. Se excluye, naturalmente, que se pueda anclar, como se suele hacer, sobre cuatro anclas o sobre cuatro pesos muertos. Pero el emplazamiento dinámico es de uso común hoy día en los barcos de prospección petrolífera o de intervención submarina. Se trata sencillamente de cuatro hélices orientables situadas en las partes trasera y delantera del barco, o de chorros de agua, o de propulsores Voigt-Schneider con palas orientables, cuyos motores responden mediante una calculadora a las interacciones del viento y de la corriente, de manera automática y continua, para contrapesarlas y mantener siempre el barco en su sitio sobre una baliza emisora de señales colocada sobre el fondo.

El mismo vehículo teledirigido que se usara para la prospección se equipara con cámaras fotográficas y con un proyector de cine con objetivo gran angular, con luces y con un sistema de guía. Entonces será posible hacerle fotografiar metódicamente todo el barco a algunos metros de distancia para realizar un montaje tipo fotomosáico de todo el Titanic. Las imágenes de televisión en circuito cerrado se transmitirán mediante un conductor eléctrico colocado en el centro del cable de tracción o del de teleguía, y la imagen, después de pasar por los aparatos electrónicos que aumentan el brillo y el contraste, tendrá que resultar excelente y mucho más nítida de lo normal, puesto que los problemas habituales de difusión y refracción de la luz sobre las partículas en suspensión en el agua se verán reducidos gracias a la débil intensidad luminosa requerida por las nuevas cámaras de televisión. (El tubo que empleará la universi-

«Curv», vehículo submarino de investigación, teledirigido.

dad de Columbia sólo necesita una diezmilésima de bujía.)

Finalmente la movilidad del vehículo fotógrafo y la precisión de sus movimientos habrán de permitir escoger todos los ángulos de toma. El vehículo, de hecho, determinará por sí solo su profundidad bajo la superficie y su altitud sobre el fondo o sobre el barco con una precisión de diez centímetros y, mediante un buen cálculo, su distancia horizontal respecto a las balizas emisoras situadas en los cuatro extremos del barco hundido. En cuanto a los investigadores de la Seawise and Titanic Salvage se proponen emplear para la etapa de fotografía y cine un aparato teledirigido muy semejante. Pero Graham, siempre optimista, piensa encontrar un agua límpida donde los problemas de niebla debidos a una iluminación intensa no sean molestos. Se propone, pues, bajar al fondo una especie de jaula equipada con proyectores potentes que serían paseados desde arriba a lo largo de todo el barco, mientras que un pequeño vehículo teledirigido, bajado también en la jaula, saldría a filmar la parte iluminada del barco. Todavía más optimista, un mini-vehículo teledirigido, que poseyera sus propias fuentes luminosas y su propia cámara, se desprendería del aparato principal para penetrar en el interior del barco, seguir los pasillos y filmar el interior de los camarotes. Este último detalle provocaría el escepticismo de todos los submarinistas que han tenido ocasión de intentar penetrar en un viejo casco de ochenta años.

Venta de la película y balance

Según el grupo inglés, «la publicidad que recaería sobre los financiadores de una empresa semejante, sería de una envergadura comparable a la que lograría una compañía privada que hubiese logrado llevar el primer hombre a la luna». Lo que sí es cierto, en todo caso, es que, siendo las tarifas como son, una película que muestre unas ruinas del Titanic reconocible, con el detalle de los prodigios técnicos que han permitido hallarlas y filmarlas, con algunos planos de emocionados supervivientes (todavía los hay) y el trasfondo dramático del naufragio, se vendería a las cadenas de televisión norteamericanas e internacionales por varios centenares de miles de dólares. El número de centenares obtenido sería, sin duda, lo que determinaría, si es que alguna vez se realiza la empresa, si esta ha resultado provechosa. Por el contrario, en el supuesto de que el Titanic no sea hoy más que una vaga colina de herrumbre aplastada, recubierta de lodo, el negocio acabaría en una pérdida irrecuperable, ya que los promotores y los explotadores saben de sobra que la historia de un fracaso, aunque sea honorable, se vende mal.

¿Y la recuperación?

Sacar a flote en un solo bloque, de una profundidad de cuatro mil metros, una masa de herrumbre de doscientos cincuenta y seis metros de largo por veintiocho de ancho y que pesa, incluyendo el lodo que contiene cincuenta o sesenta mil toneladas fuertemente incrustadas, además, en los sedimentos del fondo, no es hoy una cosa posible. Ni será posible tampoco en el futuro inmediato previsible. Pero después de que el navío de perforación por fuego «Glomar Explorer», perteneciente a la C.I.A. consiguió, con el apoyo del millonario Howard Hughes, sacar del fondo del Pacífico, a una profundidad de cuatro mil ochocientos metros, un submarino soviético del tipo G que pesaba cinco mil quinientas toneladas (además de los miles de toneladas de tubos y pinzas hidráulicas que se necesitaron para agarrarlo), nada impide, al menos en teoría, que se proyecte la recuperación del Titanic a cachos y hasta en migajas.

Bastaría con que una empresa de la categoría de la marina de los Estados Unidos decidiese ponerle un precio. Se podría entonces fragmentar el casco hundido con explosivos en, por ejemplo, un centenar de pedazos de cuatrocientas o quinientas toneladas cada uno, para sacarlos a la superficie, uno por uno, a lo largo de años. Así se habría logrado sacar a flote de una profundidad récord una

montaña de planchas de hierro oxidadas, retorcidas, desmenuzadas, agujereadas y cubiertas de vida marina más bien putrefacta. Quedaría entonces por inventar un método para deshacerse de ella, y lo mejor sería, sin duda, sumergirlo de nuevo en las profundidades.

La recuperación del submarino soviético por parte de la C.I.A. costó por lo menos ciento cincuenta millones de dólares, suma que se incluyó en el presupuesto de la armada norteamericana. La recuperación del Titanic cacho por cacho, sería mucho más larga y mucho más costosa. Comparado con un precio semejante, el valor de los varios miles de toneladas de cobre, bronce y latón que integran el casco, es evidentemente una cantidad insignificante (incluso considerando el aumento de tarifa que supondría ser «recuerdo del Titanic»). También es sospechoso el valor atribuido a los supuestos «tesoros del Titanic» «estuches de joyas en la caja fuerte» (veintinueve mil francos antiguos), «paquetes de diamantes» (ciento veinticuatro millones de libras) y también «la edición de lujo de los poemas de Omar Khayan incrustada de diamantes» (inestimable), etc., etc. Estos «tesoros» se evocan con frecuencia y con regodeo por parte de los escritores imaginativos. Nadie, por fortuna, ha tenido jamás el valor o la temeridad de verificar su existencia.

Pero si el proyecto «Titanic» se lleva a cabo, entonces, el verdadero tesoro del Titanic será el avance tecnológico que se habrá puesto a disposición de los civiles, los nuevos instrumentos que podrán permitir en el futuro a todos los científicos y, por qué no, a los buscadores de barcos hundidos trabajar con más profundidad, con más eficacia. ■ R. S. Traducción de Marta SANCHEZ MARTIN.

Normal Mailer con Norris Church, su actual mujer, de la que tiene un hijo de dos años.

LOS GATILLAZOS DE NORMAN MAILER

FRANCISCO UMBRAL

NORMAN Mailer, doble premio Pulitzer y el escritor-periodista más marchoso de USA, va a sentar la cabeza y poner su nido en orden. Mailer se ha casado muchas veces, ha tenido hijos con improbables mujeres y ahora quiere volver sobre sus propios pasos, sobre sus propios palos, regularizarlo todo, reconocer a los niños y, por decirlo así, desrealizarse, cuando todo el mundo (joven) no piensa sino en realizarse. Normal Mailer, seguramente, es que se había realizado demasié.

Las mujeres del toro

Ah, mujeres ardientes, y cuán fácil es engañaros.
Valle-Inclán

No se refiere don Ramón, con la cita que aporto, a un engaño de la mujer con otra mujer, sino a cómo –todos lo hemos comprobado– es fácil dejar satisfecha a una mujer de respuesta sexual inmediata o liberada, quedando, además, uno mismo como un superdotado ■ poco que juegue el juego.

Norman Mailer, cuyo físico he estudiado casi tanto como su prosa (porque me parece que es un heredero de Miller y que viene a romper asimismo con el inglés victoriano, planchado ■ impersonal que ahora se plagia tardíamente en España), Mailer, digo, es un hombre que, sin duda, ha tenido más mujeres por el toro que por la cara.

Los toreros llaman «mujeres del toro» a las que da la fama, claro, a las mitómanas, a las violadoras de mitos. (Sobre la mitomanía sexual femenina habría que escribir un ensayo o cosa aparte, pero mejor no, porque las feministas se pondrían en contra, aunque fuéramos a su favor). Las mujeres del toro, se dan, naturalmente, en todos los oficios de la fama, de la popularidad ■ incluso de la peluquería.

Si Mailer se ha casado, descasado y reproducido tanto (con los consiguientes e intermedios episodios sexuales que llegan a cristalizar en estas relaciones conocidas), ■ porque tiene mujeres del toro, mujeres de la literatura, mujeres que le aman o han amado

por sí mismo (como querían las rubias del puritanismo de Hollywood), y, mayormente, porque vive una sexualidad barroca, una filosofía del derroche que ha generado una literatura paralela a continuadora de lo mismo.

Derroche de prosa, derroche de talento, derroche de vida (cuando los guardias casi le ametrallan, intentando asaltar la Casa Blanca), derroche de semen y derroche de amor, a más del derroche de tiempo, porque así como las profesionales se cobran en dinero, las no profesionales se cobran en tiempo, en compañía. (Ellas tienen todo el tiempo del mundo, siempre, para el amor: la mujer es la depositaria del tiempo).

La filosofía del derroche es la de nuestro tiempo, trivializada en religión de consumo. Pero consumo es todo lo contrario de derroche. Norman Mailer fascina no sólo porque escriba en una prosa derrochadora, sino porque está derrochando su vida, como ya sabíamos y corrobora esta noticia plurimatrimonial que comento. Un macho.

Los gatillazos

Pero tanta hembra y tanto niño llevan el gatillazo, que ya Stendhal estudia como *fiasco*, explicando en *Del amor* que, cuando por fin se le ofreció la italiana más noble y bella de Italia, en un palacio nocturno, él, aquella noche, pegó gatillazo. Y cualquiera. El macho no es un minipimer.

Entre la Italia de Stendhal, romántica, católica, reprimida e hipócrita, y la América de Mailer, puritana oficialmente, pero muy liberada entre intelectuales y manhattanianos o manhattanitas, hay una diferencia que alberga todo el paso del XIX al XX, aunque se haya dicho que el XIX duró siglo y medio. La sociedad represiva fomenta el gatillazo por la mezcla de expectación-clandestinidad que da a los encuentros incluso matrimoniales. *El Diario 16* ha titulado así un discurso de Wojtyla: «Usted adultera si mira a su esposa con lujuria.»

El adulterio es ya un uso burgués que no inquieta a nadie en la burguesía, salvo este adulterio con la propia y santa esposa, inédito e incitante, que acaba de sugerirnos el Papa, madre y maestro. Pero insisto, la represión, la expectación clandestina, la clandestinidad expectante, todo eso ha contribuido durante siglos a crear unas neurosis sexuales que tienen en el hombre, como peripecia menor y más jocosa, el famoso gatillazo o golpe transitorio de falsa impotencia.

Es muy probable que Mailer, que eligió la libertad para vivir y escribir dentro de un contexto social de libertades convencionales (USA), haya pegado menos gatillazos en sus varios y variados matrimonios que cualquier esposo español y sacramental que ha pasado de la expectación de la noche de bodas (castrante) al débito conyugal, no mucho más excitante que el comienzo de una nueva serie en TVE (también castrante: el débito y la serie). Así estamos.

El divorcio feliz

El divorcio feliz, celérico y no colérico, que funciona en Estados Unidos, el divorcio por mutuo acuerdo, tan natural y obvio que ruboriza estarlo debatiendo ahora en España, ha permitido a Mailer separarse de su cuarta esposa, cosa que no hace a humo de pajas, primero, porque Mailer no escribe con frases hechas, como es lo del «humo de pajas», y luego porque lo que pretende es casarse con Carol Stevens, de la que tiene una hija de nueve años. La finalidad de ese matrimonio no es sentimental, sino judicial. Mailer quiere regularizar la vida cívica de su hija y para ello transacciona racionalmente con Carol Stevens, en bien de la niña, que es lo único que les interesa a los dos. En la piadosa sociedad española, a los huérfanos de la separación violenta, con cachiza de porcelanas, se les envía a Londres, si hay pela larga, o se les deja con la abuela, si no hay pela larga. En todo caso, puerta.

Pero Mailer tendrá que volver a divorciarse de Carol, que esto no es la saga/Mailer que podría hacer la tele, ni el «Yo, Mailer» que no podría hacer nadie. Esto es la realidad de la verdad de la vida y las aperturas que ofrece una sociedad y una legislación para que un hombre vaya rehaciendo/deshaciendo su vida y sus errores, como una alfombra de nudos, sin eternismos maniatantes. Mailer se divorciará de Carol –lástima, ya le habíamos cogido cariño a la pareja, como a unos nuevos vecinos–, para casarse con su actual mujer.

Mailer tiene mujeres que le aman o han amado por sí mismo y porque vive una sexualidad barroca, una filosofía del derroche que ha generado una literatura paralela.

Tejados de vidrio

Nunca digas que no, aunque te llenes de hijas.
Frank Sinatra

Todo ese lío parece una comedia de Hollywood años cuarenta, cuando las comedias, efectivamente, se titulaban «Tejados de vidrio», y era como si el hogar americano tuviera el tejado de vidrio, no por la transparencia, sino por la fragilidad. Esa es la lectura que le hacían los críticos tipo Gómez-Tello a las come-

días americanas la clave de divorcio, cuando las daban aquí traidoramente dobladas: «Comedia graciosa, pero referida a problemas ajenos a la sociedad española y que atenta contra instituciones sagradas que los españoles seguimos respetando ¡a Dios gracias»

La lectura que hoy le hacemos a la comedia/Mailer de divorcios, casamientos y descasamientos es muy otra. Es el ejemplo de un hombre libre frente a sus errores, caprichos e inexperiencias, para volver sobre su biografía y corregirla, para mejorar el pasado con los hechos y no con las canciones retrocamp, que es lo mas que se nos concede en España.

Norris Church, actual mujer del escritor, ha tenido de él un niño que hoy cuenta dos años. Mailer quiere legalizar a esa mujer y ese niño, no, seguramente, por respeto a las instituciones, sino por respeto a un niño/hombre que va a vivir en un mundo institucionalizado, y eso tenemos que aceptarlo/corregirlo, ya que no podemos volarlo.

Ocho hijos, en total, ha ido sumando Norman Mailer a través de esta biografía amorosa del derroche, y su figura moral, que a los moralistas españoles puede parecerles escandalosa no es sino un trasunto débil y recortado de las grandes biografías bíblicas, aquellos patriarcas que contaban con todas las mujeres de la tribu (y preferentemente las jóvenes) y dejaban cientos de hijos por las extensiones solares de las Escrituras, sin perder por eso la amistad ni la benignidad de un Dios triangular, octogonal o de acuerdo con la geometría/teología de la era correspondiente.

La peripecia del gran escritor, siempre engendrando algo bajo tejados de vidrio (vidrio en el que cantaba la lluvia de Gene Kelly) es sólo un síntoma de lo que puede la sociedad americana, no un espejo de toda ella, puritana, hipócrita y formalista en buena medida, sobre todo en cuanto sale uno del Manhattan intelectualizado o del San Francisco orientalizado. Mailer es un *rara avis*, un héroe de esa sociedad.

Los antihéroes tipo «Marty» lo pasan peor, claro.

Victorianos/ elisabethianos

Pero decíamos que Mailer, heredero de Miller, rompe con la prosa rígida, victoriana e impersonal de los libros o los periódicos americanos para hacer otra cosa. Yo no creo que sea un revolucionario, sino –como casi todos los revolucionarios– un conservador bien entendido que devuelve las cosas a su origen. En Shakespeare y Marlowe, el inglés elisabethiano es furioso, barroco, está lleno de ruido y de furia, corresponde a la historia incoherente contada por un loco, pero presidida por un genio.

Así son los ingleses y mucho más los yanquis. El modelo victoriano se impone rígidamente, no sólo a los pechos de las damas, sino a los figurines literarios y victoriana ha seguido siendo la novela en inglés europea o americana, hasta Faulkner. El rigor de los principios morales lo sustituyen James y Forster y Faulkner por el rigor de las estructuras técnicas; pero, en todo caso, hay un sentido del trabajo y el esfuerzo, un puritanismo literario que no concibe el manejo del idioma como cosa lúdica –que era Shakespeare–, sino como disciplina. Cuando el puritanismo ideológico se seculariza, queda en la literatura, en puritanismo del estilo y la estructura: lenguaje impersonal y estructura rígida, geométrica (cárcel del autor). Miedo religioso a la libertad creadora.

Faulkner es tan metódicamente riguroso como Agatha Christie, y sigue el mismo procedimiento de ocultar información al lector para sorprenderle al final. La novela policíaca tenía que ser inglesa, y no sólo por Scotland Yard, sino porque la novela policíaca es creer lo que no vimos –el asesino es quien diga doña Agatha, el más inverosímil–, como la fe.

Con todo esto, naturalmente, había arrasado Joyce, pero Joyce, que hace la desnovela y desautoriza el género para siempre, sigue secretamente sometido a los jesuitas, los clásicos el latín y el rigor.

Virginia Woolf, que llegó a tener en sus manos, como editora, el manuscrito del *Ulises*, llega a decir, ingenuamente:

–Quizás este señor Joyce esta haciendo lo mismo que yo, pero mejor.

Cierto, salvo en una cosa. La Woolf sí que rompe para siempre con el rigor calvinista/formalista de la novela y la convierte en un afluente lírico/psicológico sin fin. Joyce mucho más universal en las concepciones, sigue preso del rigor, de la severidad laboriosa. Lo suyo es el caos, pero un caos estructurado como en Flaubert (mucho más estructurado que «La comedia humana», por ejemplo).

La debilísima Virginia Woolf (de peripecia conyugal tan radiofónica como la de Mailer) es quien abre el chorro poderoso del inglés contemporáneo.

De Shakespeare al nuevo periodismo

Soy la soledad que toca el xilofón para pagar el alquiler
Henry Miller

Henry Miller es quien primero, más y mejor se moja la cara y las manos en ese manantial femenino de la Woolf, se refresca y lo refresca, tornándolo tan masculino. Detrás de él, beats y hippies. Kerouac y Ginsberg, Borroughs y Norman Brawn escriben ya de otra forma, y el «inglés» elisabethiano/shakesperiano inunda los periódicos desde los libros, mediante Mailer, Capote, Tom Wolfe y otros.

A eso ha habido que llamarlo «nuevo periodismo».

Toda revolución literaria promueve una revolución de las costumbres, cuando menos, y se origina en ella, como es obvio. Faulkner vivía en el monacato de una granja. Mailer, Allen, el otro Allen, Wolfe, viven en el cruce de modas e ideologías de las grandes ciudades. Tienen que tocar todos los días el xilofón de su prosa, como Miller, para pagar el alquiler de su propia persona o personalidad, que va ya de los demás de la multitud.

Sobre todo Mailer que además tiene que pagar tantos hogares

Viudas del jazz

Las viudas transicionales de Mailer y del divorcio racional generalizado son «viudas del jazz», por decirlo con el título de otra película de Hollywood. Viudas de la música, del tiempo, de la alegre irregularidad de la vida, viudas de un vivo, mientras que del español se ha dicho, por el rigor sacramental y casi sepulcral en que vive, que «pasea al mismo tiempo con su mujer y con su viuda».

(Así lo ve don Marcelo, aunque no sepa expresarlo así).

Mailer, actualmente –recordémoslo–, se divorcia de su cuarta esposa. Mailer es la Penélope de la democracia que teje y desteje el lino de su vida. Mailer se zurciendo así su pasado, su biografía. Este proceso de divorcio tiene un carácter liberatorio y de recuperación plena del presente, después de haberse internado peligrosamente en el pasado, como cuando se internaba en la Casa Blanca.

Lo de Mailer es un poco el tiempo recobrado. La posibilidad meramente platónica que tenía Proust de recobrar y reconstruir el pasado mediante la memoria involuntaria traducida a estilo, es en el ciudadano yanqui una posibilidad real, política y poética, de actuar sobre el pasado y corregirlo. No ya la ortopedia literaria, sino la elasticidad democrática.

El segundo movimiento de esta sinfonía incompleta consiste en un paso hacia adelante –matrimonio con Carol Stevens– para legitimar la hija común, paso adelante que acerca a Mailer al presente, desde el pasado remoto, aunque sin instalarle del todo en la actualidad.

Movimientos éticos, todos ellos, que por eso mismo no dejan de resultar estéticos, considerados literaria e incluso musicalmente. Tercer movimiento de este ballet a lo Maurice Béjart o sinfonía para un hombre solo: Mailer se divorcia seguidamente de Carol Stevens: paso atrás, representación, anulación de algo que ya el tiempo había hecho nulo, parodia, pantomima. Y se divorcia para poder casarse con su actual mujer: paso adelante, de nuevo, como el crescendo de las sinfonías, que sólo aparentemente le otorga la actualidad absoluta de sí mismo, ese don que casi siempre se nos escapa. Porque se va a casar con la mujer que hoy es su compañera, inclusive legalmente una relación que se inició hace tiempo. Tras la representación del pasado, la representación del presente.

Todavía no el presente.

Entre Penélope y Ulises, Mailer va haciendo su viaje para recuperar, no el origen, como Ulises o Proust (utopía del mundo antiguo), sino para recuperar el presente, la actualidad, que es de lo que todos queremos tomar posesión (utopía del mundo moderno). Norris Church (además tiene nombre de iglesia), que es el presente de Mailer en posición de mujer, le dio un hijo hace dos años, lo que presupone, como mínimo, una relación de casi tres. El presente de Norman Mailer tiene tres años de vejez. Como el de cualquiera de nosotros.

¿Cuándo se pondrá Mailer a la altura del presente? Quizá nunca. Eso es un problema filosófico y nosotros sólo queríamos tocar el problema sociológico y el espejo para españoles de esa labilidad de la vida americana, de la democracia, incluso de la democracia viciada.

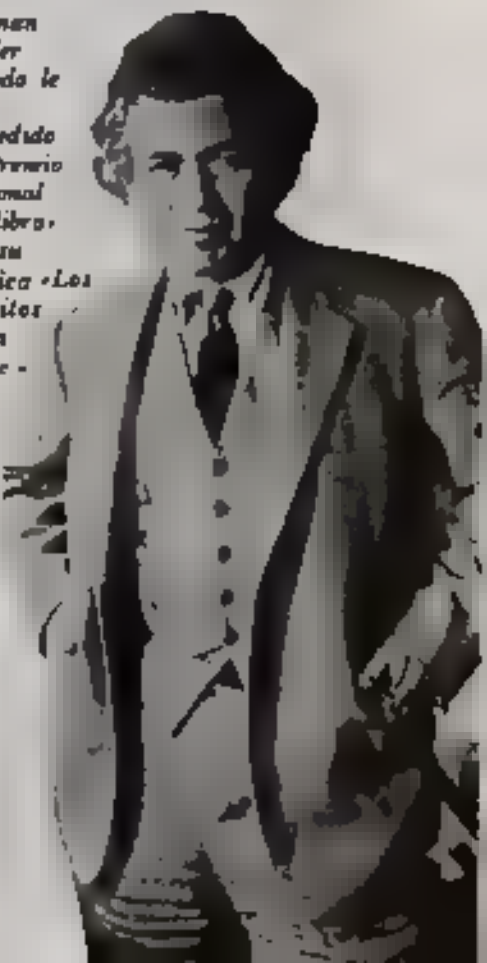
Happy end

Insistamos en que Mailer es un *vip*, y un vip americano lo tiene todo. Pero no es que los famosos americanos se divorcien más, sino que se habla más con ellos, naturalmente. Todos hemos hecho cosas de mayor o menor profundidad en la sociedad americana y el espesor de aquella democracia. El divorcio es cotidiano en USA. Lejos de mí cantar a USA ni cantar el divorcio (sacramento nuevo que me deja tan flojo como los viejos). Sólo quería contrastar la labilidad de una democracia con tradición y el envaramiento crispado de una democracia convencional, reciente y cheli, como la española.

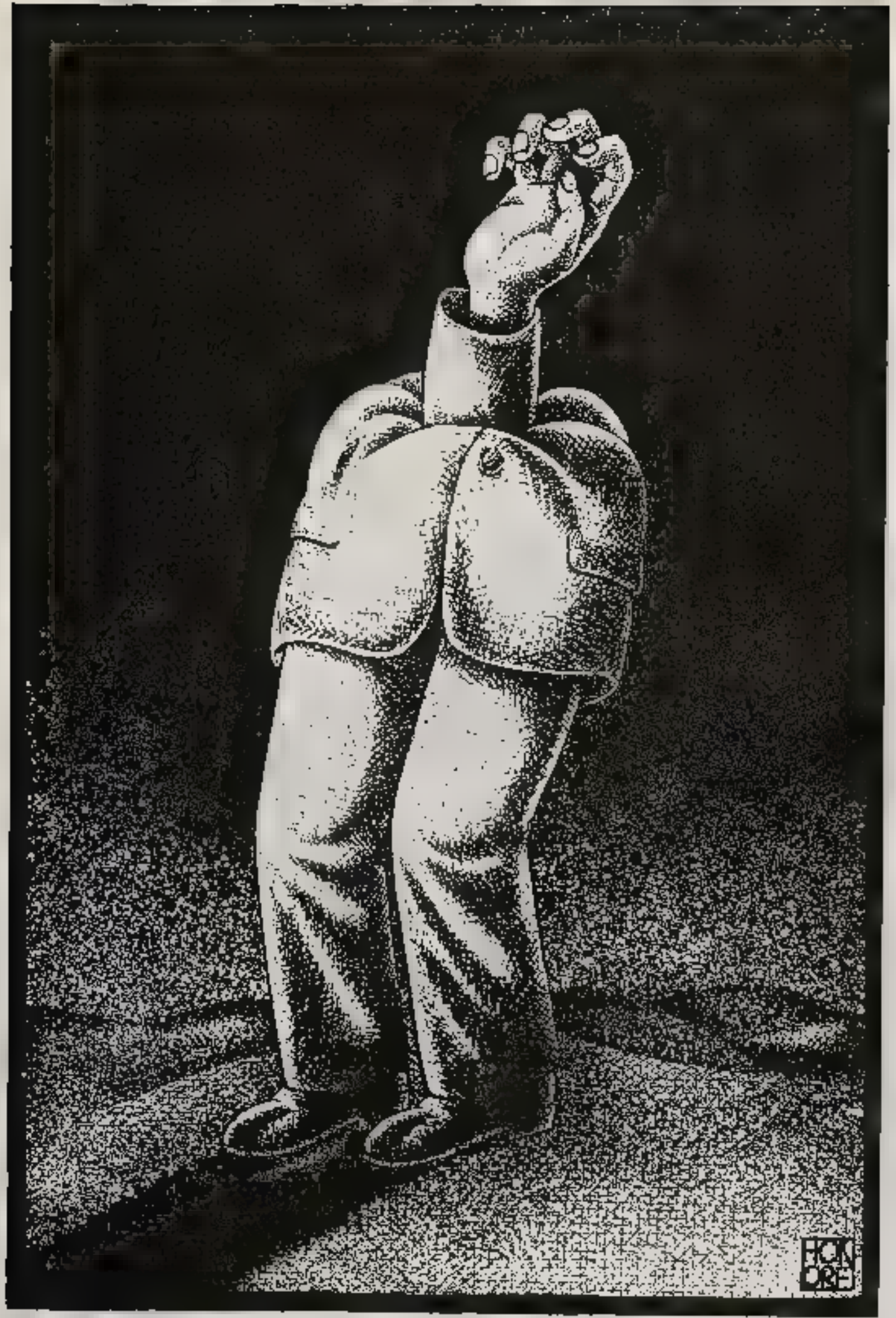
Quizá democracia sea sencillamente eso: la posibilidad de que cualquier ciudadano recupere su presente absoluto. La gran utopía del tiempo nuevo, como digo. Porque vivimos perpetuamente en el pasado personal y colectivo, los españoles y otros pueblos confusos, y toda incursión en el presente es pagada y penada como una incursión senatoria no prevista. Para alcanzar el presente, la actualidad de uno mismo, hace falta la posibilidad social, jurídica, política, religiosa (en cualquier sentido), de rectificar o resolver el pretérito, y aquí vivimos de problemas milenarios e irresolutos.

Los gatillazos que Norman Mailer seguramente se ahorra y muchos españoles padecen, no son precisamente de alcoba, claro, sino gatillazos interiores, morales, afectivos, desmayos de la euforia por lo cotidiano, traiciones a una vida que se nos da hecha.

Hoy que España es una guerra santa divorcio/antidivorcio, la saga/fuga de Norman Mailer, un demócrata de izquierdas tan representativo universalmente, es una parábola que nos aleccionа sobre la lucha eterna y ya mitológica del hombre contra las instituciones. En España solemos llamarlo guerra civil. ■ **F. U.**



Norman Mailer cuando le fue concedido el «Premio nacional del libro» por su crónica «Los ejércitos de la noche».



Los héroes del mercado

***Los puristas a la violeta quieren obligarnos a decir* pinchadiscos, *pero no es lo mismo. El nuevo héroe del mercado ha de ser pronunciado en inglés, y, si ser posible, con marcado acento de la costa Este de los Estados Unidos, porque así es como piensan, hablan, venden y entusiasman a las masas juveniles estos líderes indiscutibles de los* media *que son los* disc-jockeys.**

LLEGA UN DISC-JOCKEY LIBRE Y SALVAJE

JUAN CUETO

SE celebra por todo lo alto la gran final del *III Gran Concurso Nacional de disc-jockeys* de la cadena SER y las computadoras arrojan una audiencia aproximada de seis millones de jóvenes seguidores de esa especie de *underground de mediodía* llamado *El Gran Musical*, instalado este domingo otoñal en la discoteca *Consulado* de Madrid. Irrumpe Pepe Cañaveras como un ciclón caribeño y el público corea con disciplina griega las excelencias de las calculadoras de bolsillo Texas Instrument, las cosméticas adolescentes de Margaret Astor, los roncos tragos de Málaga Virgen, la banda sonora de *El Imperio contraataca*, el sonido duro de *Police* o el verso blando de José Luis Perales.

Corean lo que les echen, los muchachos de *El Gran Musical*; sin preocuparse demasiado por el viejo y sagrado principio de *no contradicción*, tal y como siempre lo interpretamos y respetamos; que para ellos lo importante no es que el *rock* de los Ramones chirrie si se le sitúa al lado del *melo* de Camilo Sesto, ni siquiera sienten inquietud por aclamar con idéntica algarabía de fans –algarabía a la americana, con silbidos y toda la pesca– el *Hey!* de Julio Iglesias o el *Yeah!* de Paul McCartney; lo importante en este negocio es el vedetariado del disc-jockey: esa prosódica conjunción copulativa que surge entre disco y disco para unir lo que el gusto y el mercado habían separado con finalidad estrictamente mercantil. El disc-jockey como *pegamaide* de esos fragmentos audiovisuales que la industria siembra con astucia en los surcos plásticos y en las ondas hertzianas; articulador mal temperado de esa multitud de signos de la modernidad que andan desparramados por el hipermercado social en aparente régimen de contradicción. Pues lo esencial en estos momentos, y no sólo en el microcosmos del microsurco, es que el disc-jockey ha eclipsado la noción de autor: es el triunfo indiscutible de los intermediarios en la sociedad del espectáculo. El viejo héroe de la antigüedad, el tipo de las mil caras que provocaba las mil y una historias creativas, se ha convertido por arte de *media* en el *recadero* de los mensajes electrónicos. El nuevo protagonista ya no es el creador cultural sino el *hombre puente*, cuyo paradigma es el disc-jockey de las frecuencias moduladas y de las discotecas climatizadas. Pero no sólo el que pincha los discos asume en nuestra sociedad la dulce tiranía del intermediario: ahí están las popularidades desmadradas del presentador de televisión, del relaciones públicas de la empresa, del anunciador de la mercancía, del diseñador del envase del producto, del editorialista, del reseñista, del columnista, del moderador de mesas redondas, del organizador cultural, del escribidor de discursos ajenos, de la nueva secretaría de Estado para la Información, del ser fascículos, del distribuidor literario, cinematográfico, pictórico o musical, de los infinitos profesionales de la divulgación y de la vulgarización nuestra de cada día.

El intermediario atravesado

Lo expresó modélicamente Flaubert: Existen en esta vida seres cuya misión fundamental consiste en servir de intermediarios entre una cosa y otra. Y recomendaba: «Se les atraviesa como se atraviesa un puente y se va más lejos.» La fórmula superadora –«atravesadora»– acaso resultase válida en los finales del siglo XIX y los principios de éste, cuando las nociones de autor y de creador, de producción y de revolución, ocupaban los primeros puestos en el *ranking* de la celebridad y el liderazgo en el *hit parade* de la sociabilidad; en las postrimerías del siglo XX, al cabo de la crisis sin retorno de la segunda revolución industrial, inmersos en la llamada *era de la información*, la máxima aspiración social consiste en llegar a ser puente, intermediario, héroe que no crea, que se limita a presentar y conjuntar creadores, copulador de antinomias, publicista y publicitario,

sacerdote de signos sin paternidad conocida. Y es que el valor de la mercancía, en cualesquiera de sus manifestaciones, no reside ya en el viejo acto creativo del *producir* –un objeto, un texto, una idea, una pincelada, un negocio, un sonido...– porque se ha trasladado irremediablemente al nuevo ejercicio del *reproducir*. La gran época histórica de los modos de producción ha sido liquidada por la edad instantánea de los modos de reproducción, y, lógicamente, la vedette del mercado ya no es el autor, sino el propagador: ese sujeto que se sitúa entre una cosa y otra, entre la creación y el consumo, y nos obliga a ver el panorama desde el puente. O sea, el disc-jockey.

«Yo quiero ser disc-jockey»

Seis millones de jóvenes, por ejemplo, sabiamente dirigidos por Pepe Cañaveras siguiendo con pasión –que para sí la quisiera la política– el duro enfrentamiento entre los representantes sonoros de las más variadas autonomías y preautonomías, insólitamente mezclados el 151, el 148 y restos del 144, en lucha por el alto privilegio de ser elegido disc-jockey de la cadena SER después de la dura barrera de las primarias. Allí están los finalistas de Barcelona, Toledo, Madrid, Córdoba y Santander disputando la oportunidad soñada de encaramarse al puente colgante de los cuarenta principales. Gritan, sudan, metaforizan, anglosajonizan con delirio estos aspirantes a nuevos héroes de la moda juvenil, buscando la diferencia y el éxito del lado de la fonética y de la retórica. Lo importante, naturalmente, es lograr que esas parrafadas interjectivas, imperativas, admirativas –que utilizan casi exclusivamente en adolescente segunda persona de singular– suenen a inglés americanizado, a español descastellanizado, a publicidad Old Chap.

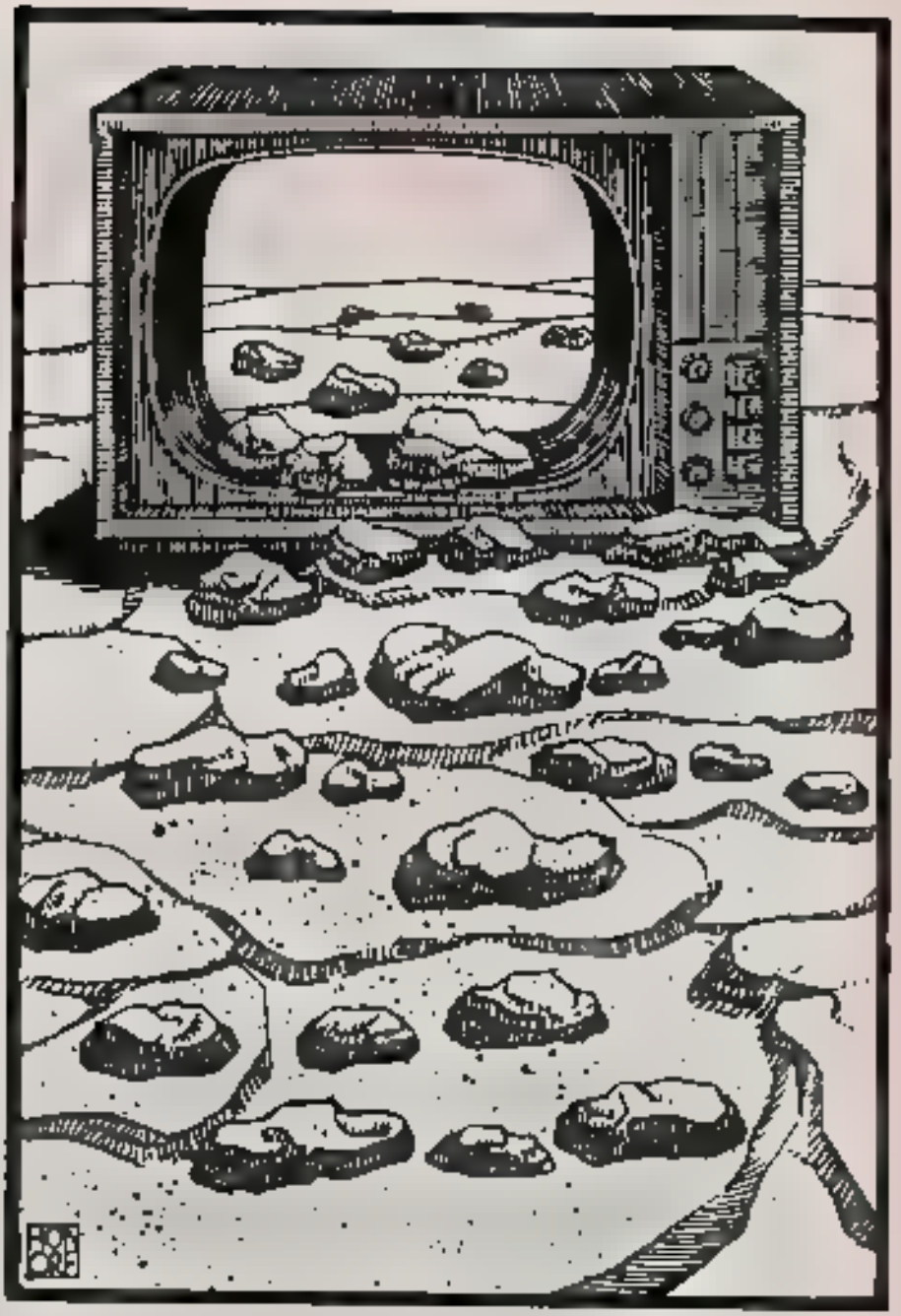
(Relajan las vocales e intentan desesperadamente diptongarlas; se esfuerzan con denuedo memorable por pronunciar rematadamente mal las dentales; exageran los espiratorios y articulan débilmente, cuando la ocasión discográfica lo requiere, las sílabas inacentuadas para conseguir lo que en el Imperio de la señora Thatcher llaman *vocal murmur*; practican con impunidad envidiable el llamado acento de insistencia, poniendo énfasis en sílabas que hasta la fecha no gozaban de tal privilegio; y cuando cae en sus manos intermediarias un nombre, un título, un topónimo abiertamente yanqui –asunto nada insólito en el menester– acontece el gran orgasmo fonético.)

El intermediario político

Admito que estoy hecho un lío tremendo. Escucho esta final disputada y superlativa de *El Gran Musical* mientras repaso la llamada prensa política y, ahora que lo medito, no sé en estos momentos qué es más importante, el diputado en el Congreso o disc-jockey en la frecuencia modulada. Que nadie lea en este dilema surgido espontáneamente, sin alevosía, un menosprecio a las Cortes; que lea, en todo caso, una alabanza de la aldea electrónica en la figura de estos nuevos ídolos de masas que han logrado una penetración e instalación en los hábitos de la vida cotidiana jamás soñada por los políticos de escaño azul o rojo. No es una broma provocadora la comparación entre el disc-jockey y el diputado. Sobre todo, no lo es desde el punto de vista de la influencia social. El intermediario político, como se sabe, limita su actuación pública a la reforma de ciertos principios mercantiles, administrativos, territoriales, civiles, matrimoniales o penales con el objetivo nada heroico de adecuar los viejos códigos a lo que pasa en la calle; y en eso mismo estamos, por cierto, desde hace un lustro y en las postrime-

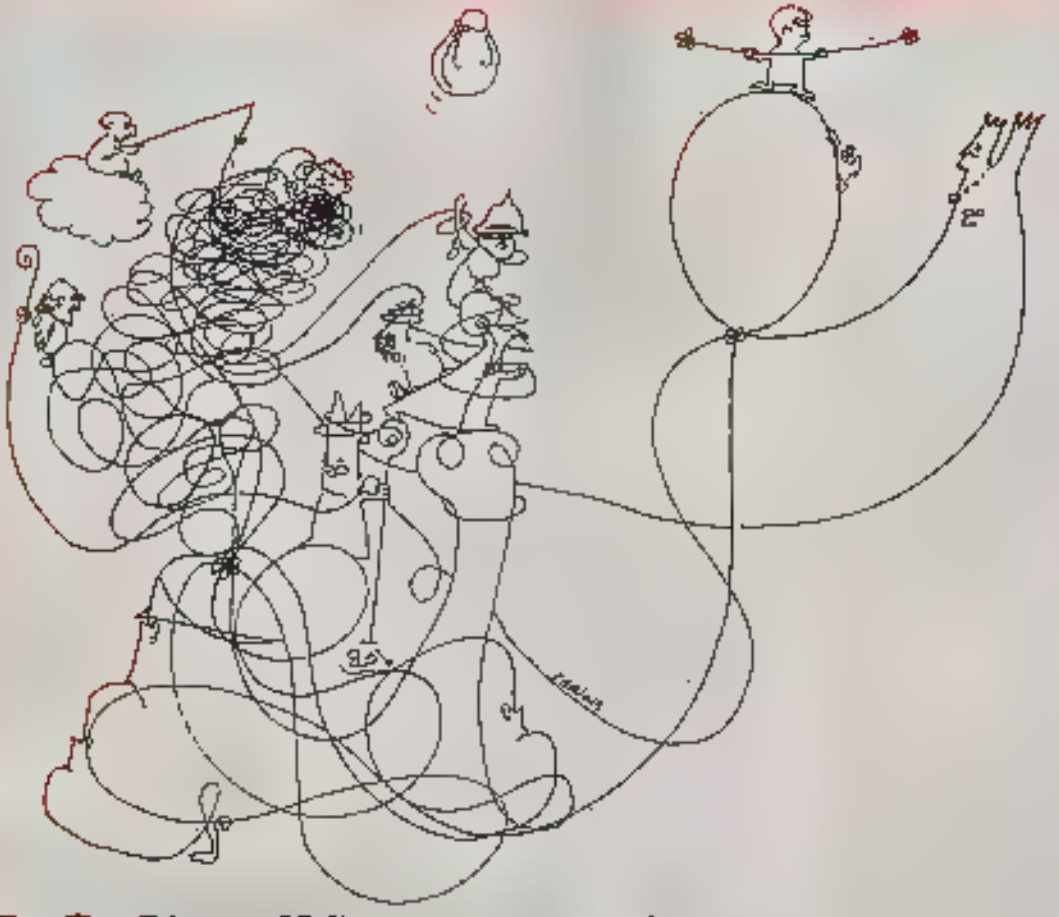
rías del siglo; luchando aún por lo que es evidente, enfangados en lo absolutamente obvio, demostrando *la legalidad de la realidad* a costa del divorcio, las autonomías, la ecología, el feminismo y otras leyes de la gravedad social. Pero el intermediario radiofónico hace algo más que vender plástico rayado y multinacional, como se le reprocha: nos propone el disc-jockey desde su curiosa jerga nuevos códigos de comportamiento social e individual, provoca modelos inéditos de actuación, intenta desesperadamente no dejarse atrapar por lo establecido, pues su único objetivo es la moda, por encima de las contradicciones y por debajo de las significaciones. El del escaño va por la vida muy por detrás de los acontecimientos afirmando o negando (por medio del botón eléctrico del Parlamento) las evidencias; el del micro corre sin rumbo fijo delante de los códigos y no puede permitirse, jamás, el lujo del descanso porque, como dice Baudrillard, en *la moda* los significados se escabullen y los desfiladeros del significante no llevan a ninguna parte.

Ya digo, el diputado y el disc-jockey son figuras análogas porque ambos cumplen una función eminentemente intermediaria, medianera, conexiva y accesoria. Pero mientras el uno sirve de puente romano entre el pasado jurídico y el presente cotidiano, el ganador de este III Concurso Nacional de la SER, el muchacho de Santander, tendrá la obligación inexcusable de servir de juntura fonética entre la actualidad de hoy y la modernidad de pasado mañana. El político ha renunciado a la oratoria como instrumento de transformación e influencia social, pero el disc-jockey penetra diariamente en lo cotidiano a través de la prosodia y de la retórica, erigiéndose en brillante heredero del arte de la persuasión. Acaso me digan que la diferencia entre el uno y el otro es más profunda: el de las Cortes, a pesar de su mudez, maneja *signos pesados* –la política, la moral, la economía, la cultura...– y el de la cabina de la FM o de la discoteca sólo tiene tratos con los *signos ligeros* –los gestos, los vestidos, los sonidos, las jergas, el cuerpo–. Es cierto, pero no está demostrado que el material del diputado tenga en estos momentos un sentido social superior al que encarna el intermediario de las ondas hertzianas. Precisamente una de las muchas claves para entender lo que significan esos dos vocablos dominantes y explicatorios llamados «crisis» y «desencanto» está en el desfase existente entre aquellos viejos valores –incluido el propio concepto de «valor»– surgidos de la primera revolución industrial, que siguen empeñados en aplicar dogmáticamente, como si desde entonces aquí nada hubiera pasado, y esta endiablada circulación de modas, signos, dicciones y contradicciones que es propia de la sociedad posindustrial y que ha subvertido el viejo precepto de *masa* y bastantes cosas más. No quiero decir que España, haya entrado, desde un punto de vista económico y sociológico, en el universo posindustrial; digo que gracias a los *media*,



Otro **EXTRA** de

TIEMPO de HISTORIA



POSTFRANQUISMO

los últimos cinco años de la Historia de España contados por

PEDRO CALVO HERNANDO
LUIS CARANDELL
BEL CARRASCO
JUAN LUIS CEBRIAN
TOMAS RAMON FERNANDEZ
IGNACIO FERNANDEZ DE CASTRO
DIEGO GALAN
JOSE LUIS GARCIA DELGADO
ENRIQUE GOMARIZ
EDUARDO HARO IBARS
EDUARDO HARO TECGLEN
JOSE JIMENEZ LOZANO
FERNANDO LOPEZ AGUDIN
JUAN MAESTRE ALFONSO
VICTOR MARQUEZ REVIRIEGO
ADOLFO MARSILLACH
MANUEL PEREZ LEDESMA
PERIDIS
GONZALO TORRENTE BALLESTER
ANTONIO TOVAR
FRANCISCO UMBRAL
MANUEL VAZQUEZ MONTALBAN

sobre todo, las masas juveniles están viviendo de hecho los *efectos* de una sociedad posindustrial y su escenario vital, en poco se distingue ya del americano, del inglés, del francés o del italiano. No hay desencanto político, hay desfase de los políticos, despiste de los sociólogos, desarino de los moralistas, desacierto de los viejos intermediarios, empeñados en medir la realidad con test cerrados y heredados de la época del cerealismo histórico o del III Plan de Desarrollo.

Las orgías fonéticas

No escucho yo sonidos desencantados por los mundos onomatopéyicos de las frecuencias moduladas, en estas orgías fonéticas que recorren las ondas nacionales de cabo a rabo y trituran las estúpidas fronteras interiores que nos están saliendo como acné juvenil. Y no entiendo yo porqué la elección del portavoz de UCD y el nombramiento de la señora nosecuantos como secretaria de Estado para la Información han de ser acontecimientos cotidianos más importantes que este III Concurso de los disc-jockeys; a fin de cuentas la misión de los portavoces del Congreso ■ de la informadora oficial de la Moncloa es idéntica a la que desempeñará este muchacho de Santander en su cabina insonorizada de los cuarenta principales: una voz entre disco y disco, entre sonido nacional y multinacional. Lo intolerable en esta nueva era cultural, eclipsado el autor y disfrazado de juerga el arcano principio de producción, es que el disco suene a rayado, que la reproducción no sea perfecta, y en esto no queda más remedio que constatar la franca superioridad del disc-jockey sobre el diputado, con o sin voz.

Ahí está el detalle: el apasionamiento por la vida política nacional se centra en la elección del señor Herrero de Miñón y en el nombramiento de la flamante secretaria de Estado para el asunto; y los concursos que fascinan a las masas en edad militar ya no son los que enfrentan a cantantes o a músicos, como ocurría en mi juventud, sino a disc-jockeys o a danzantes. Hay que estar muy ciegos para no ver en estas metáforas de nuestro tiempo un signo revelador de lo que está ocurriendo y no sólo en estas esferas, pesadas o ligeras, de lo real. El fascinante universo de la reproducción garantiza el fulminante éxito del intermediario, y si repasamos sin prejuicios la lista de fans de la industria cultural –donde, teóricamente ■ menos, la noción de autor debería estar más firme– observaremos que también allí son los disc-jockeys o los portavoces los que llevan ■ voz cantante: liderazgos literarios de periodistas, de columnistas, de divulgadores, de gentes que practican ante todo las relaciones públicas en la República de las letras y las artes: *locutores del texto*.

Matices

Pero también hay matices. No es lo mismo el verbo veloz de Pepe Cañaveras que la acartonada agresividad fonética de Nacho ■ de *Aplausos*. Como tampoco la jerga del llamado Fradejas, el tipo que surge entre baile y baile en el mismo programa abominable, tiene mucho que ver con los refinamientos retóricos de cualquier disc-jockey periférico con ambiciones de triunfo. En este asunto, como en tantos otros, nuestra televisión sigue anclada en ■ era del almirante volador. Basta conectar el domingo *El Gran Musical*, y comparar lo que allí se habla y se grita con un programa de TV que se emite a esa misma hora, precisamente titulado *Gente joven*. Mientras los chicos de la radio han asumido con todas las de la ley –ley de la reproducción– el vedetariado del disc-jockey (hasta el extremo de que el programa radiofónico se limita a ser un recitado de *spots* que hablan de ciertos productos, pero, sobre todo, que cantan las excelencias del propio espacio musical, anunciando de manera vibrante lo que harán el próximo domingo, y así hasta ■ infinito eleático y parrandero); digo que mientras los de *El Gran Musical* se desmelenan los de *Gente joven* salen con moño; siguen ofreciendo productos sonoros afectados, con ecos de Sección Femenina, circunspectos, folklorismo de juegos florales, atroces señoritas que sueñan con alcanzar la gloria a base de gorgoritos zarzueleros. Esta es la diferencia brutal: en la radio organizan un concurso de disc-jockeys y en la televisión todavía andan el mismo día y a la misma hora, con concursos de cantantes melódicos. Se trata, en ambos casos, de dos «saltos a la fama», para utilizar la terminología de aquellas competiciones de la época de la cartilla de Racionamiento; de dos ideas de lo que se entiende por *fama* en estos momentos y que ilustran paradigmáticamente la antinomia fundamental en la que estamos involucrados: el simulacro de la fama y la fama del simulacro. ■ **J. C.**

LA NUEVA URBANIDAD

LUIS CARANDELL

«¡OH tiempos, oh costumbres!». Los moralistas de todas las épocas se rasgaron siempre las vestiduras ante lo que consideraban como la pérdida de los valores y la disipación de las buenas formas. La Humanidad nunca pudo cumplir del todo con el Manual de Urbanidad vigente en cada momento, con el código de costumbres que, escrito o no, existió siempre. La «cambiada» sociedad española de hoy rechaza el viejo Manual, pero de la ruptura (o quizá sería mejor decir reforma) de los modos tradicionales surge un nuevo código de lo que «se hace» o «no se hace». «Triunfo» me encarga que, en sucesivas entregas, redacte el nuevo Manual de Urbanidad. Ninguna tarea podría divertirme tanto como la de intentar averiguar en qué consiste hoy ser bien educado o mal educado.

«Doquiera que te destine/la suerte, adversa o propicia,/un día no hará justicia/la virtud y urbanidad;/éstas, a par que la ciencia/granjean un nombre ilustre,/y dan a la mujer lustre/en la culta sociedad.» Tomo al azar una de las estrofas del «Manual de Urbanidad en verso para uso de las niñas», publicado por el Rvdo don José Codina en 1910. Leyendo los fragantes versos, no puedo dejar de pensar en lo que sufrirían las abuelitas para cumplir y hacer suyas las normas expuestas por el buen sacerdote en lo que fue libro de texto de las escuelas femeninas de la época.

Y no hace falta que nos alejemos tanto de nuestro tiempo para encontrar la pervivencia de estos rancios modos de conducta. Nuestras hermanas, esposas, amigas o compañeras, las chicas con las que alternamos, ya no digamos nuestras madres o tías, cantaban aún en la escuela aquello de «Las mamás van de visita,/las niñas se han de callar/y si algo les preguntan/muy bien han de contestar». Y en cuanto a nosotros, no somos pocos los que nos miramos, en nuestra infancia y adolescencia, en el espejo de «Juanito» o de «Valentín el niño bien educado», tan dispuesto siempre a levantarse diligente de la cama, rezar sus oraciones, despedirse respetuoso de sus padres y luego, ya en la calle, camino del colegio, cruzar a un ciego de una a otra acera o ir corriendo a besar la mano de un sacerdote.

La «Cartilla moderna de Urbanidad» de la Editorial Luis Vives, S. A., algunos de cuyos dibujos ilustran este trabajo junto con las portadas y grabados de viejos manuales que viciosamente colecciono, fue publicada en Zaragoza nada menos que en 1957. ¿Cuántos diputados del Congreso, militares con graduación, abogados ejercientes y no ejercientes, periodistas en activo, aparejadores, capataces, empleados de Banco, médicos, obreros sindicados o no sindicados habrán bebido en las fuentes de la vieja Urbanidad?

Son aún legión entre nosotros y la nueva Urbanidad, llamémosle la «Urbanidad del cambio», constituye una cómica mezcla de los viejos modos y de sus adaptaciones modernas dictadas en parte por la tendencia a la «naturalidad» o lo que como tal se interpreta, en parte también por la necesidad de recuperar el tiempo perdido en las prisiones de la antigua normativa.

Pero lo que es importante comprobar es que no por el hecho de que una mayor sinceridad o comodidad se imponga hoy en las costumbres, o de que las normas vigentes vengan dictadas por una reacción al antiguo encorsetamiento, deja por ello la materia de ser una Urbanidad codificable. Lo es en la misma medida aunque por otras vías, en que lo era la que se recoge en el delicioso librito editado en 1876 por la editorial Saturnino Calleja bajo el título de «Tratado de las Obligaciones del hombre», obra de don Juan Escoiquiz, «Canónigo de Zaragoza y sumiller de cortina del Rey don Fernando VII», en cuya portada se dice que ha sido «corregida por siete teólogos presididos por un ministro del Tribunal de la Rota».

La primera lección de Urbanidad, capital asignatura en tiempos, consiste en saber que, en la mente de los redactores de los viejos textos, no hay nada en la vida del hombre que no caiga dentro de su disciplina. La división tradicional clasifica la materia en «Deberes para con Dios, deberes para consigo mismo, deberes para con los semejantes». Y al decir «deberes» no significa que el autor esté imponiendo a sus educandos unas obligaciones fijadas a su capricho, sino que está elevando a la categoría de «deberes» las formas de conducta que en un momento dado «se estilan» o «se llevan», o al menos él así lo cree. Para nosotros, la única forma de manualizar la Urbanidad de hoy es hacer hincapié en este aspecto descriptivo de los modos de comportamiento, sabiendo que aquello que «se hace», aunque pueda ser considerado como contrario a la «cortesía y buen tono» según los antiguos cánones, se convierte automáticamente en los nuevos «deberes».

DEL ACTO DE LEVANTARSE

Hoy vemos, por ejemplo, que entre los más jóvenes va cayendo en desuso la costumbre de hacer presentaciones cuando varias personas se encuentran. En algunos círculos no se estila ya darse la mano al saludar. Dar la derecha a las mujeres o cederles el paso ante la puerta puede ser considerado en ocasiones como «resto» de la antigua solicitud machista. Pagarles sistemáticamente la cocacola o no dejarlas invitar nunca cuando se está en grupo puede ser señal de estar desfasado. Pero en ellas, la obstinación en no dejarse invitar en ningún caso, podría entrañar la descortés suposición de que la invitación tenía un precio.

En tiempos, los jóvenes que no tenían novia sacaban a bailar «a todas» en una fiesta. Y hoy, bailar continuamente con la misma persona no da lugar a ninguna presunción de noviazgo. La palabra «novio» o «novia» no se dicen apenas, como no sea aplicadas a personas con quien se mantiene la vieja relación de los «amantes». Ya no hay «queridas», ni, casi «esposas», del mismo modo que ya no existen las «viudas», sino «una chica a quien se le ha muerto el marido». El marido, aún se lleva, y suele ser un personaje importuno.

Los padres ya no son padres, sino «amigos» y el dedo con que nos advertían ha sido sustituido por la mano en el hombro, en amistosa camaradería. El título de «don» o de «doña» ha caído en considerable desuso, pero aún debe aplicarse a algunas personas y es frecuente en la Prensa escrita. El empleo del «tu» y del «usted» plantea la necesidad de un estudio respecto a qué personas y en qué momentos deben recibir uno o otro tratamiento. Hoy podemos tutear al profesor o ser tuteados por el camarero. La relación entre «superiores», «iguales» e «inferiores» ha cambiado, pero existe lo mismo que antes, bajo formas más sutiles. Los «pobres» no han dejado de existir, o son comparativamente más pobres que antes, aunque no sean andrajosos. Pero hoy se tolera un tipo de pobre más rebelde, no llamado a ser tan obediente, ni tan arreglado, ni tan limpio como era en el pasado.

Hay una urbanidad entre desconocidos y una urbanidad entre amigos que tienen unas formas diferentes de las de antes. Hay que saber cómo asistir a los entierros, cómo felicitar el cumpleaños, cuál es en cada momento la forma adecuada de vestirse (¿qué significa hoy, por ejemplo, ir «correctamente vestido»?). Y existe una nueva cortesía en el tráfico automovilístico, con un muy peculiar lenguaje de signos.

En la conversación, no sólo, como antes, los hombres, sino también las mujeres, utilizan frecuentemente tacos. Pero hay que saber cómo y cuándo deben utilizarse. En sociedad, un hombre puede y debe besar a la mujer del amigo, (en ciertos círculos sería casi sospechoso que no lo hiciera), pero sería demasiado hacerlo en los labios. Llegar a la mayor «naturalidad» y «sinceridad» posible «sin pasarse», recuperar «dentro de un orden» lo que nos hizo perder la urbanidad clásica, parece ser la norma de oro del nuevo código. Pero, por mucho que se intente militar contra las leyes que nos decían qué cosa era de buena o mala educación, qué cosa era «política o impolítica», hay que darse cuenta de que, se haga lo que se haga, eso será la nueva etiqueta. ■ L. C.

BUENOS DÍAS SEÑOR ASESOR.
VEA, YO QUISIERA VIVIR ASÍ.
¿QUÉ LE PARECE?
¡UUHMMM!
LO SIENTO, PERO POR ELEMENTALES NORMAS DE CONVIVENCIA SOCIAL USTED, YO, O CUALQUIERA.....
....DEBEMOS VIVIR ASÍ.
¡CÓMO!¿¿ASÍ??
PSÍP
¿PUEDO LLEVARME ESTO? TEMO OLVIDAR CÓMO ES.
POR SUPUESTO. HA SIDO HECHO JUSTAMENTE PARA AYUDAR A CADA UNO A VIVIR MEJOR EN COMUNIDAD
AAH,- GRACIAS
DE NADA

les must de Cartier
Paris
GUSTO POR LO AUTENTICO
les must de Cartier
Esta es la tarjeta de autenticidad Cartier.
Y sólo los auténticos diseños Cartier tienen
la tarjeta de autenticidad Cartier.

El estilo del Otoño.

Este va a ser el Otoño de los hombres elegantes.
El triunfo de la línea sobria. Tanto los trajes y americanas de talle alto con fila de tres botones, como los pantalones sin vueltas y caderas naturales, contribuirán al buen vestir.
Esta temporada verá la ropa en gamas azuladas, beiges y grises.
Con tejidos cálidos y ligeros.
Muy naturales. Este va a ser el Otoño de los hombres con estilo.

El Corte Inglés
Nº1 EN MODA

ERIC NEPOMUCENO

EL ARTESANO DE LA PALABRA

Gabriel García Márquez. (Dibujo de Fuenclara del Amo.)

LA casa es grande, con muebles confortables y de un discreto buen gusto, buenos cuadros en las paredes, un silencio austero. Uno sale de la casa, cruza el jardín interno, el césped bien cuidado, y llega al templo sagrado: una pequeña construcción aislada, un estudio de unos 30 metros cuadrados, plantado en el fondo del jardín. Entre la casa y la puerta del templo la distancia es corta, pero es suficiente para que uno se de cuenta del suave aroma del limón y del naranjo. El estudio está fuera de la casa, y la casa está fuera del mundo.

El estudio está dividido en dos ambientes. El de la derecha tiene un sofá, un sillón, una mesita, una heladera, una especie de bar con unas cuantas botellas —hay vino, ron cubano, whisky, gaseosas— y en las paredes hay cuadros y fotos de familia. El otro ambiente, a la izquierda, ■ el rincón más sagrado del templo. Ahí están los libros, que son pocos, los discos, que son muchos, un aparatoso equipo de sonido, un pequeño cuadro del brasileño Volpi, una foto con Fidel Castro, más fotos de familia, otra foto con Buñuel. Y, por fin, la mesa amplia y de madera oscura, donde el dueño del templo suele trabajar. Una mesa rigurosamente bien ordenada, donde uno deja caer ceniza del cigarrillo y se siente definitivamente pecador.

Metido en un overol azul, posiblemente hecho a medida, el dueño de todo, un colombiano llamado Gabriel García Márquez, se refugia en su estudio todos los días, entre las nueve de la mañana y las tres de la tarde. Bueno, eso de «todos los días» es un decir: la verdad es que el trata de ocultarse del mundo en ese horario, pero a cada tanto acepta (o busca) pretextos para ser interrumpido. Entonces, se queja de que nadie le deja trabajar en paz. No es el único caso en la historia de la literatura: Ernest Hemingway, por ejemplo, no admitía jamás ser interrumpido, y a cada rato interrumpía su trabajo para quejarse de que los amigos, los editores o los periodistas no lo dejaban trabajar.

El hombre en el overol azul es dueño de un humor ágil, una sonrisa amplia y una inmensa capacidad para contar historias. Quien lee lo que él escribe dice que es dueño también de una chispa muy especial, un talento espectacular. Quien lo conoce más ■ menos bien dice que, además del humor y de la vanidad, fruto de la seguridad de haber escrito cosas muy buenas, el hombre del overol azul es también dueño de una inmensa capacidad de ternura y de generosidad. Pero no estoy muy seguro de que a él le agrade esa imagen: al fin y al cabo, se trata de un campeón, y los campeones suelen ser duros.

El hombre del overol azul escribe a máquina. Las correcciones, que son pocas, las hace con tinta negra. Le gusta tener las páginas limpias: en sus originales, son poquísimas las tachaduras. Dice que tener la página limpita es una especie de superstición. No escribe jamás a mano: no absorbió esa lección de escritores como Hemingway ■ Juan Carlos Onetti, a quien tanto admira. Dice que aprendió a escribir en un periódico, y todos sabemos que en las redacciones, ni siquiera las cartas de renuncia son escritas a mano.

Frente a su pequeña Smith Corona eléctrica, el hombre del overol azul trabaja con la paciencia y la meticulosidad de un viejo artesano: construye pequeñas piezas, trocitos de historia que va sumando, hasta llegar al resultado que quiere.

Tiene lujos y manías. Y cuenta de algunos «lujos de best-seller»: un calentador con termostato, que hace con que la temperatura en su estudio sea absolutamente la misma 24 horas por día, 365 días por año; los jeans hechos a medida, y con un detalle más sofisticado aún: la tela ■ comprada en Bangkok. Cuenta más: dice que todos los días, a las once en punto de la mañana, hace una interrupción en su trabajo, para comer un canapé de caviar. Ese último «lujo de best-seller» lo hace reír mucho. Y, a mí, dudar un poco de su veracidad.

A algunos de sus manías llama «método de trabajo». La

GARCIA MARQUEZ

cuestión de la lectura de los amigos, por ejemplo.

Se confiesa, además, un asombrado admirador de las conquistas de la técnica: su casa tiene un conmutador telefónica, sus originales son fotocopiados de manera que él pueda disponer de varias copias para en ellas hacer correcciones sin ensuciar el manuscrito, y le encantan los marcadores de color amarillo, para subrayar o tachar sin que la frase en cuestión desaparezca.

Parece ser un tipo alegre, el hombre del overol azul. Dice que, entre sus libros siente que escribió uno «inaulnerable», un librito llamado «El Coronel no tiene quién le escriba». Y aunque todos sus libros vendan muchísimo, sabe que aquél a que los críticos consideran una obra-prima, «Cien Años de Soledad», es también un fenómeno increíble de ventas. Dice que no tiene idea de cuánto vende por año, ni de cuánto cobra.

Hace cinco años, el hombre del overol azul ya era un campeón de literatura y de ventas. Y, de repente, anunció que no publicaría literatura mientras otro campeón, llamado Pinochet y dedicado a la barbarie, siguiese en el poder.

En ese tiempo publicó material periodístico –algunos frustrados, como sus notas sobre la revolución de los claveles en el Portugal del 74, y otros especialmente bien sucedidos, como sus notas sobre Angola (1). Y siguió escribiendo: terminó una novela, llamada «Crónica de una Muerte Anunciada», tiene adormecidas en un cajón todas las cuartillas de un libro sobre Cuba y ahora camina rápido en un libro de cuentas.

A algunos amigos, en charlas informales, dijo que pensaba publicar la novela «post a Pinochet». Pero, si la conversa es una entrevista, él insiste en su huelga. Así que, hasta que ocurra algún cambio, oficialmente no habrá un nuevo García Márquez en las librerías mientras haya un viejo Pinochet en el trono.

(1) Triunfo publicó estas «notas» en 1977 y posteriormente otros trabajos de García Márquez sobre el XX aniversario de la revolución cubana, en 1978, y, a finales del pasado año, un extenso trabajo sobre Vietnam hoy.

¿COMO te sientes, al cumplirse cinco años de tu «huelga literaria»?

–Quiero, primero, hablar sobre la huelga, la no publicación de literatura que tú llamas huelga. Surgió aquí, en México, hace unos cinco años. Había una reunión de la Comisión Investigadora de los Crímenes de la Junta Chilena y, cuando llegué, los periodistas empezaron a preguntar por mi próximo libro. Yo recién había publicado «El Otoño del Patriarca», pero los periodistas preguntan siempre por el próximo. Nadie pregunta mucho por lo que acabó de salir. Creo que esperan que en el próximo el escritor se hunda...

–¿Y decidiste, entonces, declararte en huelga?

–La decisión ya la había tomado antes. Aquí, lo que hice fue aprovechar la oportunidad. Me acuerdo que, en aquella época, expliqué que no volvería a publicar literatura mientras Pinochet se mantuviera en el poder, porque pensaba dedicar todo mi esfuerzo al periodismo político.

–¿Y con qué argumento?

–Bueno, el periodismo es un arma mucho más rápida que la literatura. Creo que es un arma tan poderosa como la literatura, desde el punto de vista político. Es que los tiempos son distintos: el periodismo es un arma de emergencia, para batallas a corto plazo, mientras la literatura es un arma más lenta, aunque más eficaz. Me acuerdo de haber dicho, en aquella época, que no volvería a publicar, pero que eso no quería decir que fuese a dejar de escribir. Escribo todos los días, como siempre.

García Márquez en la capital vietnamita, Ho Chi Minh, visitando un colegio para huérfanos de la guerra.

–¿Y cómo te sientes ahora, escribiendo todos los días sin saber cuándo lo que escribes será publicado?

–Hemingway decía que todo libro terminado es como un león muerto. Y yo pienso exactamente lo mismo: la angustia y la tensión están en la máquina de escribir. Cuando el libro se terminó, me preocupo muy poco. Lo peor de la literatura es empezar.

–¿No te pones ansioso, esperando ver el libro impreso, listo, en las librerías?

–No. Ansioso me siento mientras escribo. Cuando termino un relato o una novela, me siento exactamente como todos los escritores, los buenos y los malos: «¡qué cosa buena escribí!». La ansiedad existe mientras escribo, después no.

–¿Cuándo consideras un libro terminado?

–En primer lugar, cuando me siento seguro de lo que hice. A partir de entonces, se desarrolla todo un ciclo, que a veces es bastante prolongado: paso el manuscrito a algunos amigos, una

docena mas o menos, y que son siempre los mismos. Esos amigos leen el libro, discuten conmigo, pues pido una lectura crítica, una lectura de trabajo. Muchas veces oigo recomendaciones para que cambie cosas, y muchas veces acepto esas sugerencias. Alvaro Mutis fue el primero en leer la novela que acabo de terminar, «Crónica de una Muerte Anunciada», y me recomendó cambios en partes extensas e importantes. Hice muchas modificaciones, es decir, muchos cambios en las partes que él critico, porque creí que él tenía razón.

–¿Y él aprobó las correcciones?

–Ah, eso no: después de leer una vez, mis amigos sólo volverán al libro impreso. No enseño nunca las correcciones. Si lo hiciese, correría el riesgo de que el libro no acabara nunca. Esos amigos, además de la lectura del libro terminado, siguen de cerca lo que escribo, suelo hablar con ellos sobre lo que estoy escribiendo, contar lo que hago, y observo sus reacciones. Ahí, creo, empieza la «lectura de trabajo»: mientras cuento lo que escribo.

–¿No compartes, entonces, otra lección de Hemingway, que decía que no se debe jamás hablar de lo que se está escribiendo?

–Creo peligroso contar una historia antes de escribirla. Mientras ella está siendo escrita, ese peligro no existe. Lo que existe, muchas veces, es que uno imagina una historia, cree tratarse de una historia sensacional y, al pasarla al papel, esa historia se marchita. Pero eso es otra cosa.

–¿Cómo se cierra el ciclo de la lectura de los amigos?

–Después que todos lo leyeron, y que yo haya hecho los cambios que me parecieron necesarios. A partir de entonces dejo el libro dormir un tiempo más, como los buenos vinos, y lo considero terminado. Cerrado ese ciclo, el libro no me interesa mas: una cosa es el fenómeno del libro escrito, otra cosa es el fenómeno de la publicación, que no me interesa.

–¿Nunca vuelves a los libros que publicaste?

–Casi nunca. Hago lo que puedo para no volver. Ahora releí los cuentos, porque sentí que en algunos había ciertas claves que no habían sido desarrolladas, agotadas, y que me servirían para los cuentos que estoy escribiendo. Pero normalmente no vuelvo.

–¿Qué influencia tiene Mercedes, su mujer, en esas correcciones?

–Mercedes sólo lee el libro impreso. El primer ejemplar impreso es de ella. Me espanto con su serenidad: me ve discutiendo con mis amigos, muchas veces peleando por el libro, cuyo manuscrito está ahí, al pie de la cama. Pero ella decidió no leer jamás mis manuscritos: dice que tiene miedo.

–¿Durante ese tiempo en que no has publicado literatura, cuántos libros terminaste?

–Uno, esa novela, una historia corta, de unas 150 páginas. Ahora estoy trabajando en un libro de cuentos, algunos están terminados, pero el libro todavía no.

–¿Y el libro sobre Cuba?

–Está parado. Muy avanzado, pero no pienso publicarlo por ahora: es un libro crítico, y tengo miedo que pueda ser utilizado contra la Revolución. Mis amigos cubanos quieren que yo lo publique, pero todavía no lo doy por terminado.

–¿Quiere decir, entonces, que solo un libro está listo para su publicación?

–Por ahora, sólo la novela. Que, a propósito, es basado en un hecho real y escrito de modo muy directo, muy rápido. La historia está contada en el principio del libro, pues quise evitar aquel suspenso vulgar, lleno de trampas. Pero todos los que lo leyeron terminaron pegados al libro justamente por eso: acostumbrado a las trampas de los libros de suspenso, el lector termina creyendo que ellas van a aparecer a cualquier momento, y no logran dejar el libro. Entre los amigos que leyeron el libro ocurrieron varias reacciones curiosas. Quiero contarte la de Angel Rama: él no sabía ni tenía medios de saber que la historia está basada en un hecho real. Terminada la lectura, lo primero que me dijo fue: «Esta es una historia real». Quise saber como había llegado a esa conclusión, y Rama me dijo que la vida tiene irregularidades que la literatura no tiene. Por esas irregularidades se había dado cuenta que la historia contada era verdadera. .

–¿Y ese libro ya está siendo negociado?

–No, está durmiendo. Yo le dije a Carmen Balcells, mi agente, que no haga ningún compromiso con ese libro. Ella tiene una copia del manuscrito, y sólo lo muestra a quien yo indico. Ningún editor, por ahora.

–¿Hay alguna relación entre ese libro y los anteriores?

–Creo que en todo lo que escribo existe una cierta relación, un cierto sentido de continuidad. Los cuentos, por ejemplo: cuando los reúno en un libro, su orden es fundamental para mí. Yo escribo un libro de cuentos, no reuno cuentos para hacer un libro. Sé cuál es el orden, y no me refiero al orden cronológico en que fueron escritos, sino al orden de publicación, la secuencia de lectura. Alterar ese orden es, para mí, como alterar los capítulos de una novela. Siento esa secuencia, por ejemplo, en los cuentos que estoy escribiendo ahora.

–¿Son esas las historias sobre latinoamericanos exiliados en Europa?

–No son propiamente historias de exiliados: son historias de un destierro, el del propio autor. La continuidad está dada por ese hecho: el autor, que es personaje de todos los cuentos. Y, creo, por otros factores. Pero eso sólo lo sabrás leyendo el libro.

GARCIA MARQUEZ

–¿Cómo surgió la idea de un libro sobre latinoamericanos en Europa?

–Bueno, la historia del libro es esa: cuando llegué a Europa en 1955, a Roma, ocurrió un episodio que me llamó la atención, y escribí una frase, una pequeña nota. Y después seguí apuntando pequeñas frases sueltas que me dan la clave de la historia.

–¿Anotabas el episodio, un resumen, o qué?

–Frases. Por ejemplo: «17 ingleses envenenados». Otra, de este mismo cuaderno: «Cuando alguien muere, el espejo no queda nublado». Otra: «Doctor, debo advertirle que ella está en el segundo mes de embarazo». Esas frases me dan lo que podríamos llamar la clave mnemotécnica, es decir, me permite recordar otras cosas. A partir de esa clave, recuerdo el resto.

–Así que ahora estás usando 25 años de anotaciones...

–Sí. Empecé a escribir las historias, los cuentos, el año pasado. En 1979, escribí unos tres cuentos, entre 20 y 40 cuartillas. En 1980, hasta hoy, escribí otros siete u ocho. Cuando reuní todas esas notas, que nunca supe para qué servirían, comencé a estudiarlas, y me di cuenta de que todas tenían una cosa en común. Primero, el argumento se desarrolla en distintas ciudades de Europa, pero el protagonista es siempre un latinoamericano. Ahí ya había un hilo común. Después, surgieron otros puntos de contacto: a medida en que iba estudiando las anotaciones, se hacía más evidente el shock entre dos culturas, la europea y la nuestra. Quedó claro, para mí, cómo los latinoamericanos, de algún modo, no estamos nunca en Europa. Los mexicanos, por ejemplo: cada vez que me tropiezo con uno en Europa, oigo que el miércoles está volviendo a México. Siempre esperan el próximo miércoles. Ese es, pues, el origen de esos cuentos.

–¿Qué no dejan de ser cuentos del exilio, ¿no?

–De acuerdo: no dejan de ser cuentos del exilio, aunque no sean historias de exiliados o con exiliados. Lo que el libro da, al final, es una cierta dimensión de lo que significa vivir exiliado. Son historias del destierro del propio autor. Son experiencias de alguién que se fue, aunque en el caso del autor no existan los motivos del exilio político de hoy. En realidad, me fui a Europa casi por una casualidad, y me quedé. No deja de ser un exilio.

–¿Y en ninguno de los cuentos de ese libro aparecen lugares imaginarios, como Macondo?

–No, ocurren específicamente en Europa y con algo que puede ser un truco literario, pero que es de una gran eficacia: todos los cuentos son ficción, pero los lugares y su descripción son de un rigor absoluto. En este cuento, el personaje vive en París, en un hotel, y yo fui a ese hotel. Si vas, verás que la casa existe, el número es real, la escalera está como en el cuento, el número de peldaños es correcto... la descripción es de tal manera minuciosa y apegada a la realidad que si vas a comprobar acabarás creyendo que todo el resto de la historia tiene la misma exactitud.

–¿Aunque sean historias de ficción, las cuentas se basan en experiencias verídicas?

–El protagonista de todas las historias es, repito, el propio autor. De algún modo, son mis experiencias de las muchas veces en que fui a Europa y de las largas permanencias más allá. Una de las conclusiones a que llego, en la medida en que escribo el libro, es que Europa no me gusta. La otra es que el único gran error, el mayor error que cometí en mi vida, fue no haberme quedado en mi país.

–¿Y podrías haberlo hecho?

–Sí, podía. La pregunta que me hacen mis amigos es si yo sería la misma persona y si hubiera hecho la misma obra. Pero eso es algo imposible de saberse. Lo que sí sé es que el precio que pagué por esa obra, de algunos años hasta hoy, es una nostalgia que cada vez crece más, y que ya no tiene remedio. Porque ahora siento que los vínculos se rompieron. Encuentro mis amigos, los lugares son los mismos, me siento muy a gusto en Colombia, pero sé que ya no hay más un vínculo: yo lo rompí, y sé que no logré ni lograré establecerlo con ningún otro lugar en el mundo.

Gabriel García Márquez y Miguel Littin en Tlacotalpan (méxico), durante el rodaje de «La viuda de Montiel» (1979), adaptación para el cine de un cuento del primero.

–La experiencia de la salida, de Europa, ¿no fue importante?

–Siempre que converso con escritores amigos digo que esa experiencia es sumamente importante. Creo que es algo indispensable en la formación de un escritor, el poder ver a su país y a su gente desde otra perspectiva, desde afuera. Pero antes de que se rompan los vínculos, hay que volver. Porque esa ruptura uno la siente, a partir de un determinado momento o de una cierta edad. Pero, en mi caso, cuando la sentí ya era demasiado tarde. Vivo bien aquí, me siento bien, tengo amigos, pero sé que no soy de aquí. La verdad es que sé que no soy de ninguna parte. Eso, claro, es totalmente diferente de otra cosa que dije antes y en la cual sigo creyendo: para mí, no existen las fronteras en América Latina. Creo en eso. Pero esa es una cosa de carácter político, algo en que creo racionalmente. Emocionalmente, es distinto.

–¿En qué medida crees que esa falta de un puerto hacia donde volver influye en lo que escribes?

–Comienzo a darme cuenta de eso ahora, sobre todo en los cuentos. Es la primera vez que me arriesgo a salir literariamente de mi país. Y leyendo los cuentos, entiendo que soy extraño a esos lugares, principalmente a Europa. Los vínculos culturales se rompieron y no se rehicieron en Europa.

–El vínculo se rompió, entonces, hace mucho.

–Sí, pero sólo ahora tuve conciencia de eso. No tenía conciencia exactamente de cuándo eso me afectó. Entré en un estado de nostalgia permanente. Y cuando voy a Colombia, confirmo que tengo nostalgias por un lugar que no existe, un mundo que ya no existe.

–A partir de tu experiencia personal, ¿cómo ves el actual exilio de los latinoamericanos en Europa?

–Ahí entramos en otro tipo de análisis, el político. Lo que puedo decir es que el fenómeno del exilio para los latinoamericanos es muy grande. Ha existido siempre, es verdad. Pero creo que en ninguna época haya sido un exilio tan largo y tan masivo. Cuando fui a Europa por primera vez, el fenómeno del exilio era quizá más genérico que hoy: había nicaragüenses de Somoza, argentinos de Perón, peruanos de Odría, colombianos de Rojas Pinilla, venezolanos de Pérez Jiménez, cubanos de Batista, dominicanos de Trujillo, es decir, era algo más genérico. Pero el problema no tenía la persistencia y la profundidad que tiene ahora. Además, los exiliados de ahora tienen una tendencia a la asimilación a los lugares de exilio, una cierta dosis de desesperanza. Hoy día, cada vez más se dice: esto va para largo. Hay chilenos, argentinos y uruguayos hace muchos años. Ustedes, los brasileños, tuvieron quince años. Los que salieron a los diecinueve, veinte años, al volver ahora son otras personas. Por ellos paso toda una vida. Creo que sería preciso tener un tratamiento muy especial para que no se diesen cuenta de que están retornando a un país extraño.

–De esos amigos a quienes les muestras lo que escribes, ¿hay alguno que esté viviendo en su país, o son todos también desterrados?

–Casi todos. Fíjate que no me había dado cuenta de eso. Sí, ahora que lo pienso, son todos desterrados. Y ahora que hablo de eso, me doy cuenta que con esos amigos tengo un tipo de relación que no existe con mis amigos mexicanos. Hay otro tipo de afinidades con mis amigos mexicanos. Quien vive en su casa tiene otro tipo de seguridad. En Barcelona, conocí personas que viven en la casa en que nacieron. Algunos viven en la casa donde nacieron sus padres. Eso, claro, da una gran seguridad. Probablemente, una seguridad esterilizante: tal vez la creatividad sea una función un tanto neurótica. Pero no tengo ninguna duda de que el hombre que vive en la casa en que nació es más feliz. Sólo que esa felicidad no sirve para nada, sirve para él y para nadie más.

Admitiendo que la distancia estimule la creatividad, ¿cómo explicas el hecho de que no haya surgido ninguna obra de peso entre los escritores sudamericanos de las últimas décadas? No hablemos, claro, de Onetti. Pero, ¿y del resto, sobre todo de los jóvenes?

–No lo sé. Ese es un problema que tal vez deba ser explicado por los críticos, los sociólogos, los antropólogos. Creo que sería un poco mecánico explicar las cosas de esa forma. Tendríamos que analizar país por país y ver el por qué de esa eventual disminución de creatividad en el exilio. Mi tendencia es buscar explicaciones políticas, y perdería la espontaneidad con que estamos hablando.

–¿Por qué?

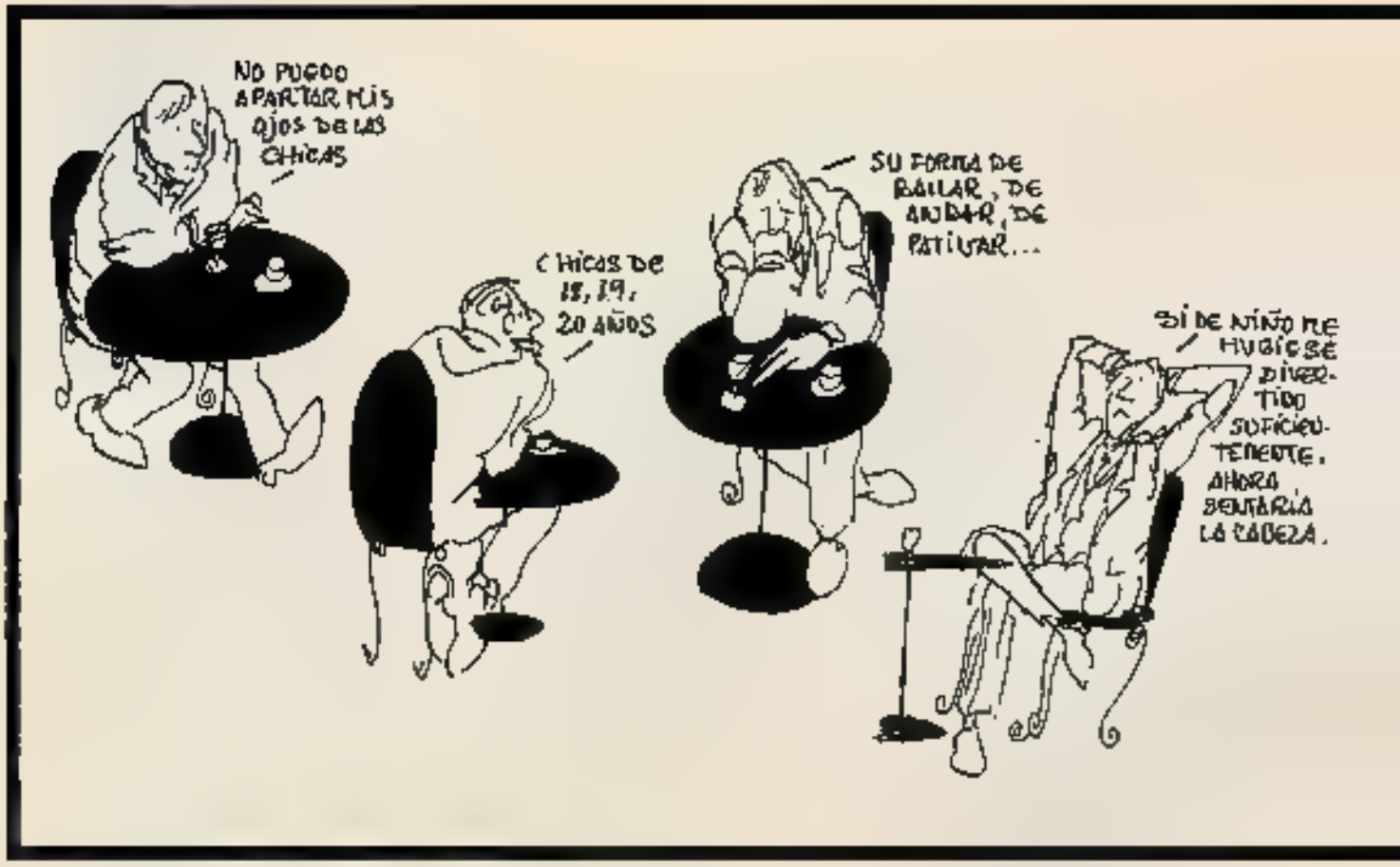
–Porque si me colocas en una contradicción política, elegiré siempre la explicación que más me convenga políticamente.

–¿Qué dirían tus amigos chilenos a «Crónica de una Muerte Anunciada» saliendo a las librerías mientras Pinochet sigue en el poder?

–Mis amigos chilenos, tanto los del exilio como los del interior, me presionan mucho. Dicen que mi insistencia en no publicar es un arma de dos filos: al fin y al cabo Pinochet me tiene callado, y eso es una especie de homenaje. Pero, como nunca publico un libro con apuro, creo que tendré tiempo. Pinochet cae antes.

–¿De qué sirvió la huelga?

–Fue efectiva por lo menos en un aspecto: en los últimos cinco años, no hubo ni un único periodista que no me preguntara sobre ese tema. Si medimos todos los centímetros publicados en el mundo, tendremos toneladas de papel. Y, además, las huelgas no siempre resultan. Lo que importa es el gesto. ■ E. N.



ELIJA:
ESTOS SOLO VAN A LO SUYO...

Con aceites monogrado, la lubricación de su coche depende del clima. Cuando el termómetro sube o baja, o usted viaja a regiones de clima distinto, el aceite disminuye o aumenta su viscosidad.

Y su coche lo acusa. ¿Por qué correr riesgos inútiles?

...ESTE VA A TODAS PARTES.

Super Multigrado CEPSA 15 W-50

- Lubrica sin problemas en TODOS los climas.
- Vale por TODOS los monogrados juntos, desde el SAE 15 W al SAE 50.
- Mantiene su viscosidad durante TODO el tiempo de uso.
- Contiene TODOS los aditivos necesarios para proteger de verdad el motor.

...Y es de CEPSA,
la marca que fabrica combustible para su coche y otros muchos productos de garantía para el mundo del automóvil.

CEPSA

CEPSA es Superservicio.

AZAÑA

Vuelve al teatro

En la primavera de 1937 el presidente de la República española, don Manuel Azaña estaba refugiado en Barcelona. Tuvo que abandonar Madrid amenazado por los sublevados; su autoridad era precaria en la capital de la Generalidad. En las calles, las fuerzas que defendían la República combatían entre sí. En estas condiciones, el presidente de la República escribía un libro: un diálogo entre once personajes, entre teatro y novela, entre reportaje y ensayo, «La velada en Benicarló» se ha estrenado, ahora, en Madrid.

IGNACIO DE LA VARA

COMPANYS, presidente de la Generalidad de Cataluña, había cedido a Manuel Azaña, para su residencia en Barcelona, el edificio del Parlamento catalán, en el Parque de la Ciudadela. Las relaciones entre los dos gobernantes eran delicadas, pero claras: el jefe del Estado español era un invitado en Cataluña. No había conflictos explícitos. A veces, salían juntos a algún acto para que se les viera unidos. El 30 de abril tocó en el Liceo la Banda Municipal de Madrid –director, Pablo Sorozábal–, y acudieron al concierto Azaña y Companys. Azaña regresó a su residencia y ya no pudo salir. Comenzaron los «sucesos de mayo». Los comunistas del PSUC, los trotskistas del POUM, los anarquistas de la FAI, combatían en las calles en una guerra dentro de la guerra. Los mozos de escuadra, la guardia de asalto, se mezclaban en los combates, encargados de poner orden. En las calles se alzaban barricadas; los periódicos, los oradores de cada facción se agredían duramente. Se enfrentaban dos conceptos teóricos: el de «ganar la guerra en primer lugar» y el de «antes desarrollar la revolución para poder ganar la guerra». En realidad era un viejo fondo de rencillas, enemistades históricas, frustraciones por las sucesivas derrotas del enemigo.

Durante las dos semanas anteriores, el presidente Azaña había escrito «La Velada en Benicarló», con una pluma ya reconocida como ilustre por algunos ensayos, una obra de teatro –«La Corona», por Margarita Xirgu, dirección de Cipriano Rivas Cherif–, una novela grande como «El jardín de los frailes». Los combates entre los

Un ensayo de la obra de Manuel Azaña «La velada en Benicarló», que adaptada por José Antonio Gabriel y Galán y José Luis Gómez y bajo la dirección de este último acaba de estrenar el Centro Dramático Nacional en Madrid.

Manuel Azaña, presidente de la II República española desde mayo de 1936 a febrero de 1939, visto por el dibujante Echea.

hermanos enemigos llegaron a las puertas de la residencia presidencial de la Ciudadela; residencia mal defendida, que quedó sitiada durante cuatro días. Azaña estaba viviendo una situación dramática, teatral, peligrosa. La considera con una cierta frialdad –la famosa frialdad de Azaña, que nunca fue tal– cuando explica, en el preliminar de «La Velada»: «Los cuatro días de asedio deparados por el suceso, me entretuve en dictar el texto definitivo, sacándolo del borrador. Lo publico (no ha podido ser antes) sin añadirle una sílaba.» El «no ha podido ser antes» encierra toda una serie de situaciones; su tránsito por el fragmento, cada vez más reducido, de la España leal a la República que presidía y su exilio a Francia, el 4 de enero de 1939; aún fue presidente, en el exilio, durante poco más de un mes; el 27 de febrero envió su dimisión a Martínez Barrio, presidente de las Cortes. Y murió el 3 de noviembre de 1940. Cuando se estrena en Madrid «La Velada» se cumplen, casi día por día, los 40 años de su muerte, y estamos todavía en el año del centenario de su nacimiento (10 de enero de 1880). Cuando se revisan estas fechas se recuerda que Azaña sólo pasó en esta vida 60 años, pero 60 años que constituyen una verdadera era en la historia de España: y en todos sus grandes momentos estuvo presente; y en muchos fue protagonista excepcional, y en todos testigo de observación capaz de distanciamiento y de pasión. Cuando se escucha ahora, cuando se lee el texto de «La Velada en Benicarló», se comprueba que Azaña fue un gran apasionado de España. De la única manera digna posible de ser apasionado: desde la razón. Se comparta o no esa razón y ese punto de vista, no se podrá negar nunca su honestidad intelectual.

Para llevar al teatro «La Velada en Benicarló» ha tenido que sufrir algunas contracciones. Han desaparecido dos personajes. «Un capitán» –episódico, que relata alguna anécdota– y «Barcala», definido por Azaña como «un propagandista», que servía en el libro para llegar a contrapunto de la noción de la guerra justa, de la lucha necesaria; algunos exégetas de la obra habían visto en él una personificación de Largo Caballero, como la habían visto de Ossorio y Gallardo en «Marón», o de Prieto en «Pastrana». Una exagerada busca de claves. En el preliminar, Azaña advierte ya contra la inutilidad de buscar rostros populares bajo la máscara de los interlocutores: «los personajes son inventados». En el estudio preliminar de Manuel Aragón para la edición de «La Velada» hecha por Castalia (1974) se dice que son «corrientes de opinión», pero él mismo se extraña de que no estén representadas algunas de esas corrientes que fueron de gran peso en la España republicana. Juan Marchal, al comentar el libro, habla de «una voz»: parece muy exacto que Manuel Azaña inventase todos esos personajes para reconstruirse a sí mismo. Todos son Azaña.

Otras contracciones han tenido que hacer los adaptadores Gabriel y Galán y José Luis Gómez –director de escena, además de adaptador, y por lo tanto con un peso decisivo en la versión–: la principal, la reducción del texto. Todo lo que escribió Azaña en «La Velada» no cabe en el tiempo de una representación teatral. Su preocupación ha sido ésta: que el pensamiento de Azaña –que muchos estudiosos del personaje y su

LA VELADA EN BENICARLO

Primera reunión del director con los actores (14-7-80)

José Luis Gómez comienza exponiendo las ideas fundamentales a destacar en esta obra:

«La victoria no será la de la República, de la CNT, de los socialistas ni de ningún grupo: será la victoria de España. Pero será una magra victoria, porque será una victoria de españoles sobre españoles.»

Es preciso «agarrar» al espectador con la inmensa emoción que late debajo, más que por las palabras que el texto dice.

«Hay que crear una situación en la que esta gente no tiene retroceso posible. Es un poco el mito de Sísifo.»

¿Cómo se expresa todo esto?

El camino que yo propongo es el de considerar que esta gente lo que realiza en realidad es una «memoria de ultratumba», como decía Marichal. Están ya fuera de todo, y desde allí recuerdan lo ocurrido.

Quisiera eliminar del texto todos aquellos signos que denoten una continuidad de acción posterior.

¿Qué visión tenemos hoy de aquella gente? Se fueron sabiendo que no podrían ya empezar una vida fuera de España. Se había roto su gran ilusión: la República. Se trata claramente de VIDAS ROTAS, y es preciso reconstruir esas vidas rotas para conectar con el espectador.

Hay que tratar el texto con una **coloquialidad poética**, audible, con un alto grado de emoción, pero hay que llegar a superar todo eso para plasmar una **realidad pasiona**, un magma que impregna toda la situación. De algo recuerda su situación a la de boxeadores «sonados», cansados, pero que, sin embargo, hacen un esfuerzo sobrehumano por un combate que todavía les apasiona. A todo esto añadámosle la expectativa de que los aviones están encima y en cualquier momento hay que salir huyendo.

Como método de trabajo para los ensayos **debemos rehuir** las discusiones ideológicas y los juicios al autor. Por muy honorables que a muchos puedan parecerle los pensamientos de Azaña, lo cierto

AZAÑA

época consideran que está contenido y compendiado en el libro— se mantuviera con su propio lenguaje y su propia gradación de escenas, pese a la abreviación. Y que no pesara sobre ella una excesiva «teatralización». Más bien da la sensación de [illegible] de un grupo de cámara. Otra alteración notable es la de la escena. Azaña la sitúa en un albergue ribereño del mar: «Las brasas del poniente se enfrían, dejan nubes de ceniza. Témpanos blancos en el caserío del pueblo. Entre huerto y jardín, unos olivos. La silueta abrupta de Peñíscola, desgajada de tierra. Calma chicha. Las piedras de la orilla paladean un rizo transparente que se explaya sin ruido ni espuma». José Luis Gómez la ha situado en una estación por donde pasa, de cuando en cuando, un tren que los personajes [illegible]; al final se alejan hacia el infinito, mientras que en lo escrito por Azaña mueren todos en un bombardeo: «Del cielo se desploman los aviones, flechados al pueblo. Ya están encima. Estrépito. En manojos, las detonaciones rebotan. Chasquidos, desplomes, polvo, llamas (...) Del albergue quedan montones de ladrillos, que expiran humo negro, como si los cociesen otra vez. Los aviones, rumbo al Este, brillan a los rayos del sol, invisibles desde tierra». José Luis Gómez ha preferido la sensación de intemporalidad y de tránsito que sugiere la estación de ferrocarril. Lo que Azaña está expresando en ese momento local y en toda su obra [illegible] en una frase de [illegible] «ha llevado a la [illegible] de algunos personajes a [illegible] desesperación, el fondo de su [illegible]. Nadie [illegible] pensar que esos personajes [illegible]» Manuel Azaña.

[illegible] que el verdadero [illegible] de la obra no está en ella [illegible] los personajes son los que son. La tragedia [illegible] es una tragedia [illegible] desarrollado en [illegible] del [illegible] de España. Azaña es [illegible]

[illegible] lo que piensa Azaña [illegible] representado [illegible] el libro, porque Azaña es la [illegible] de ideas [illegible] [illegible] personaje [illegible] que [illegible]

La [illegible] española [illegible] desde hace más de [illegible] años un [illegible] [illegible] [illegible]

[illegible] para [illegible] saber quién tiene razón. [illegible]

—¿A qué reduce usted, entonces, el problema?

—A un problema de libertad, de razón, de dignidad humana. A [illegible] un régimen tolerable y tole-

rante, que aproveche mejor el valor de los hombres y respete la independencia de juicio. Confío en que acabada la contienda reaparezca la libertad de opinión que ahora no existe en ninguna de las dos Españas. Aspiro a que después no haya ortodoxia alguna.

La vida no se roza con la justicia. El orden, la tranquilidad de los venturosos se funda en la desventura de los miserables.

¡La solidaridad nacional! La casa comenzó a arder por el tejado, y los vecinos en lugar de acudir todos a apagar el fuego, se han dedicado a saquearse los unos a los otros. Clase contra clase, región contra región, regiones contra el Estado.

Lo angustioso de este drama sin desenlace consiste en que cuando parezca acabado no tendremos más [illegible] ni más libertad, ni más pan que antes.

La mujer se imagina que la sociedad debe ser la proyección agrandada del hogar doméstico. Cuando los acontecimientos políticos las irritaban, he oído yo a demasiadas señoras decirle a los militares: «¿Y ustedes toleran esto?, ¿qué hace el Ejército?; ¿cuándo se lanza?

Republicanos, monárquicos, anarquistas, los españoles hacemos siempre las mismas tonterías. Quizás el enemigo de un español es siempre otro español.

Además ustedes revolviendo esos conceptos: nación, nacional, nacionalidad, los miran al trasluz, les sacan el forro, empeñados en averiguar qué contienen, para qué sirven. Vano esfuerzo. No extraerán ustedes nada útil

BENICARLO

es que él se permite argumentos contrarios.

El valor fundamental de la obra es el testimonio de esos seres humanos en esa situación. Situación que por otra parte no nos es ajena a ninguno, porque nos ha marcado en mayor o menor medida.

Una situación densa en la que no es posible relajar la tensión dramática ni la atención. (Aunque no tiene nada que ver con la tensión muscular que imposibilita toda actuación).

Decía Bloch, refiriéndose al tratamiento debido a los clásicos (y este texto lo es ya en cierta medida), que «había que encender una vela por los dos cabos y el punto en que se consuma está la unión entre la historicidad de la obra y su actualidad».

¿Cuál es hoy esa actualidad?; ¿cómo podemos ver hoy a aquella gente? A través de muchos testimonios directos y de otros leídos, me he ido forjando poco a poco una imagen, una serie de imágenes de aquella realidad.

Primero: de la idea de que toda actuación [illegible] en un acto de [illegible] en la puesta de esta obra veo la utilización de un lenguaje poético, más allá de la simple coloquialidad.

José Luis Gómez pasa, a continuación, a explicar sobre el escenario algunas ideas generales de lo que será el espacio del espectáculo: una gran bóveda de cristal cubriendo el espacio central de juego, un suelo [illegible] en blanco y negro en su área central [illegible] desde el fondo sobre el que se apreciará [illegible] arena (como los límites del embaldosado hacia el espectador, existiendo [illegible], en primer término, un pequeño montoncillo [illegible] con esta arena, [illegible] que [illegible] las primeras butacas (el mar tendrá siempre la localización del patio de butacas), un reloj de estación en algún sitio, un velador con sillas, un viejo aparato de radio, un banco quizá, maletas que lleven los personajes... El lugar es un poco parador y un poco estación: lugar de tránsito en lo que [illegible] hacia dónde].

—Quizás haya bastante frío [illegible] la imagen del [illegible] de mayor el frío.

Personas de la época [illegible] abierta. Es probable que los personajes [illegible] durante [illegible]

[illegible] Rivera, Paquita y Laredo [illegible] punto de [illegible]. Pero de [illegible] [illegible] los personajes [illegible] por la situación [illegible] ellos hay todavía cierta capacidad de [illegible]. En los demás, parece que la derrota [illegible] aunque en alguno de ellos no sea así [illegible]

En cualquier caso, ante a todo, creo que la reacción ante «Azaña» cara a

Azaña, durante el estreno de su obra «La corona», con Margarita Xirgu y Alfonso Muñoz en el Teatro Español (abril de 1932).

para la situación actual. Y como el pozo no da agua, llegan a la disparatada conclusión de que la nación española ha dejado de existir. No existe para lo que pretenden ustedes utilizarla: como medicina para curar el desgarramiento interno de la nación misma.

Conformémonos con la nación como fenómeno natural. Yo, si ustedes se empeñan en cargarla de valores morales eternos, la condeno. La nación utilizada así sería una fuerza inevitablemente conservadora y en el momento presente antirevolucionaria.

Quienes han creído, o aparentado creer, que la República era antiborbonismo, anticlericalismo, anticentralismo, son unos majaderos o unos bribones.

Ni la Monarquía ni la República valen ya lo que cuestan, no a los republicanos o a los monárquicos, sino a los españoles.

Esta guerra no sirve para nada. No resuelve nada. Ya me contentaría yo con que el daño consistiera en pagar demasiado precio por un régimen. Siempre habríamos adquirido algo, aunque fuese caro. No es así: concluida, subsistirán los móviles que la han desencadenado y las cuestiones de orden nacional que se han querido solventar a cañonazos reaparecerán entre los escombros y los montones de muertos.

La historia es una acción estúpida. Ajena a la inteligencia humana. El hombre lo comprueba, lo padece y no puede más. Esto nos diferencia de una caña: ¡envidio a la caña! Como no hay más remedio, me forjo una moral adecuada a la quiebra de mi humanidad.

Se sabe lo que es un texto antiguo, un texto clásico –y el de Azaña es clásico, aunque pueda discutirse lo de antiguo–, sobre todo en el teatro, donde cobra una potencia determinada y se dice ante una colectividad que siempre trata de hacer un esfuerzo por tener un sentimiento unánime y cuajarse en «público»: algo que tiene el valor determinado del momento en que se está representando. Por el mismo hecho de estar representada aquí y ahora, es de aquí y ahora. Estamos viendo actores familiares, movidos por un director familiar, en un teatro familiar. Leída, «La Velada en Benicarló» nos distancia: vista, forma ya parte de nosotros mismos y nuestro tiempo. En este sentido, tiene un valor muy determinado, contiene un «mensaje». Nos viene de un más allá, pero está muy acá. Quizá cada uno, como siempre, seleccione de ella lo que le convenga. O lo que no le convenga, que es también una actitud muy española. Habrá que ir a verla, sin prevenciones, sin beatería de izquierdas, tan proclive hoy a entonarse en la afinación de Azaña; porque todo en su obra es un alegato contra la beatería. Habrá que ir a escucharla como una obra de teatro de hoy, capaz para los españoles de hoy. ■ **L. de la V.**

---

espectáculo es la de que en el fondo están en una situación cercana al fin. Quizá su situación está entre la idea de que todo está perdido y el profundo deseo porque salga adelante. Quizás ese conflicto lo define más claramente.

Es posible que en algunos casos se confunda la convicción en la razón que les asiste con la fe en la victoria. **Saben que tienen razón y que a pesar de esa razón perderán.**

De esa tensión y desesperanza hay que sacar la sustancia que el texto nos muestra, pero que **encierra**.

El hombre ante la muerte.

Lluch podría aceptar su muerte, pero le afecta fuertemente la de los demás.

Mi trabajo creo que es muy difícil para poner en pie este espectáculo. En este momento confío más en los actores que en mí mismo.

Hay que crear una sustancia, una corriente emocional espiritual, humana, ambiente, palpable, profundamente solidaria. Esto es siempre lo más difícil de crear en el teatro. Con este texto es absolutamente imprescindible.

Obtener el resultado de crear esa realidad, lejana en el tiempo, pero que nos ha marcado a todos, y con la que hay que inundar la escena y el público.

Yo pienso en un grupo de 10.000 hombres y mujeres cruzando a pie los Pirineos. Se ve en las fotos. Pero hay que imaginar lo que ocurrió en aquellos 10.000 corazones pasando la frontera. (Azaña es un hombre con gran capacidad para impregnar el dolor ajeno.)

Hay una cosa fundamental que nos dice el texto: **es que estos hombres han visto.** Han visto saber los primeros milicianos a comerse el mundo, y venir derrotados. Han visto el episodio del Cuartel de la Montaña, y tantos otros. **Esto alimentará la situación.**

Realmente gozo imaginando ese momento del trabajo en que todos nosotros empecemos a crear el comportamiento de esos personajes. Ese más allá del texto (que él, lo tenía el autor).

Fernando opina que hay un mundo de ingenuidad, infantilismo y esperanza idealista en los personajes, y una ternura realmente preciosas. Desde hoy se les ve tan pequeñitos, pero tan importantes. Tan envidiables. Nosotros ya hemos perdido esa capacidad de ingenuidad. Creo que es una obra impregnada de romanticismo.

María Ruiz: alguien dijo con mucha razón que la guerra de España ha sido la última guerra romántica.

José Luis: «Me gustaría que en este mes de descanso hasta el comienzo de los ensayos el próximo 20 de agosto, pudiéramos principalmente indagar y pensar sobre todo esto (más que estudiar el texto). Leer quizá las Memorias de Azaña, sus discursos, un magnífico relato de London: «Se levantaron antes del alba», «Mi Cataluña», de Orwell, o algunos otros textos empapados de emoción, que puedan impregnarnos de ella. ■

LOS PENSADORES DEL PIENSO

FERNANDO SAVATER

Si repito que éste es un país de bandazos que gusta de oscilar «de la orza a la cogorza y de los Lancaster a los Tudor», como diría el llorado Jorge Llopis, no creo pecar de original a ultranza. Se nos confirma nuevamente esta descripción socio-caracteriológica en lo referente al tema gastronómico: hace unos cuantos años, si alguien rechazaba cierto día un vino picado en un restaurante ante testigos o confesaba como de pasada poseer la receta auténtica del *goulash* a la húngara, sentaba para siempre plaza de experto en vinos o tripero ilustrado. La gente le miraba a uno con el envidioso asco que suelen merecer los epicúreos practicantes, algunos iniciados nos preguntaban con aplicación lo de «con ■ pescado, siempre blanco ¿verdad?» y los prochinos que aún nos invitaban a cenar acompañaban la repugnante bazofia de su *plat-du-jour* con un venenoso «claro, a ti no te gustará, como eres un *gourmet*...» Un sibaritismo ingenuo y barato, como correspondía a aquellos años de feliz inocencia franquista. Modesta rebelión de una parte del cuerpo no menos digna que las otras ni menos capaz de orgías –el paladar– contra las abstracciones ideológicas de la militancia y la represión; sublevación golosa contra las exigencias tiránicas de la única organización subversiva a la que pertenecíamos todos los españolitos de aquellos días: la J. O. S. (Jodida Obsesión Sexual). Un buen Rioja costaba entonces (fin de los sesenta y primeros setenta) menos de cuarenta pesetas, si ■ sabía buscar; y en cualquier restaurante popular de Guipúzcoa ■ podía hacer una comilona inolvidable por cuarenta duros. Como constatábamos triunfalmente los «entendidos» de aquellos días, los ricos obligados a peregrinar de cinco en cinco tenedores y de bearnesa harinosa a plástico cóctel de mariscos o los modernos del inestable *sandwich* de cuatro pisos en cafetería americana gastaban mucho más y comían mucho peor que nosotros. En cuanto a bibliografía, nos faltaba casi toda, afortunadamente: los más pedantes, hablamos leído a Brillat-Savarin; los de buena familia, guardaban en casa «La cocina de Nicolasa» con prólogos de Marañón o el recetario de ■ marquesa de Parabere; los más pragmáticos elogiaban el libro de cocina editado por la Sección Femenina. Naturalmente leíamos al maestro Cunqueiro, el prosista más legítimamente sabroso de esos años, alguna cosa de Néstor Luján y pare usted de contar. La dulce brega de los manteles no era todavía una guerra de citas.

Y ahora, bandazo que te crió. Uno se sienta a la mesa rodeado de eruditos que manejan con displicente desenvoltura abtrusas elucubraciones gastrosóficas y convierten cada comida en una lección magistral con nota bibliográfica a pie de postre. Por todas partes surgen pensadores del pienso, dictadorcillos estomacales (¡y estomagantes!) que decretan menús ideales, proscriben salsas y encumbran con sus loores los restaurantes donde suelen comer gratis. Nadie se atreve a ir por esos mundos de Dios sin proveerse de alguna de las infinitas guías gastronómicas al uso, llenas de soles, estrellitas, tenedores, cucharas, exclamaciones, tópicos y descaradas mixtificaciones. Las doctrinas más supersticiosas y los dogmas más discutibles transforman el simple hecho de tomarse una copa de vino en un arriesgado ritual donde los cretinos de nuestra mesocracia triunfante

arriesgan su reputación de *bon vivants*. Nadie puede vivir peor que el que necesita probar que sabe vivir. Reconozco que tengo mala suerte con las teorías del goce, pues no me predisponen a él sino que me hacen desistir: los promulgadores del amor libre e higiénico me producen el efecto del bromuro y los ditirambos de exquisiteces degustadas por sabios inapelables me quitan el apetito. Nada más cargante que un Tartarín de la mesa, salvo un Tartarín del sexo. La mayoría de los «directores de estómago» (ya que no de conciencia) que hoy ofician entre nosotros son literalmente indigeribles; yo, al menos, no los puedo tragar.

Y no vaya a creerse que este interés compulsivo por los discursos sobre potajes y sofritos demuestra que el hedonismo va en aumento: todo lo contrario, lo que sigue creciendo es la necesidad de sustituir el goce concreto por abstracciones brumosas y espectaculares. La gente se acostumbra a alimentarse de significantes prestigiosos y no encuentran disfrute más que en la *representación del placer*: en la cháchara insulsa pero impresionante que demuestra su estar *a la pág*e en estos temas. Si Dios también anda entre los pucheros, no digamos los demonios familiares del esnobismo, el academicismo y la estupidez enfática. Hay que trascendentalizar el disfrute para convertirlo en expresión y bandera de nuestro saber vivir en la cresta de la ola, de que sabemos sacar buen provecho de la renuncia a todo lo que pueda cuestionar mínimamente el orden mesocrático occidental. Lo malo no es que ya sólo nos queda la comida –y bastante repugnante sería, desde luego– sino que sólo nos queda *hablar de la comida*, puesto que todo lo hemos vendido por un plato de lentejas: convenzámonos al menos de que son unas lentejas a *la nouvelle cuisine*. Comiendo en alguna ocasión en compañía de estos nuevos eruditos gastrósofos me vino a la memoria una divertida página de Alan Watts leída hace años, en la que arremetía contra la costumbre de ciertos restaurantes de dotar a sus cartas de descripciones ditirámbicas de cada plato. Así, por ejemplo, si se ofrecía «trucha estilo Oregón» el poeta mercenario y anónimo del menú exaltaba de este modo la especialidad: «Un delicioso filete rosado y jugoso de las hermosas truchas pescadas en los bullentes ríos del Norte, delicadamente tostado a la parrilla de carbón natural y sabiamente aderezado con una serie de plantas aromáticas en combinación exclusiva y secreta.» Bueno, no me acuerdo literalmente de la cita, pero ya ven ustedes por dónde va la cosa. Y decía Watts que lo que le servían a uno era una apergaminada suela de zapato cuya insipidez se anegaba tristemente en salsa barbacoa. Claro que da igual, porque lo importante es el cuento y no la comida: el cuidado de la casa se centra en el edificante discursito que es lo que realmente va a alimentar al cliente, mientras que la cocina no merece mayor atención. ¡A cuántos cuitados se les ve salir tan contentos tras una mala comida en un restaurante célebre, repitiendo satisfechos la elegíaca descripción que su guía gastronómica hace de las porquerías que acaban de tragar y seguros de que saben gastar su dinero y que son tan sibaritas como Sardanapalo!

Y luego está lo de la manía por las sofisticaciones rocambolescas de la «nueva cocina». Es justo, equitativo y saludable que surja una «nueva cocina» refinada e imaginativa en una zona tan gastronómicamente privilegiada como Euskadi, donde la gente está literalmente *aburrida* de comer bien y la experimentación culinaria es deporte nacional: mucho más si dicha «nueva cocina» la realiza un talento fuera de serie como Juan Mari Arzac, capaz de inventar variaciones sutiles sobre un fondo de profundo y sabio respeto a la cocina tradicional de su país. Pero de ahí a que por todas partes surjan «miembros de la nueva cocina» (?) entregados a la fabricación de disparatadas mixturas engañabobos, sin otra lógica que la del capricho pseudonovedoso ni relación alguna con los productos de la zona y de la época, media el abismo que va del arte al esnobismo. Tengo un amigo vasco que cuando caemos en manos de tales «nuevos cocineros» me recuerda una anécdota que le ocurrió en cierta sidrería de nuestro *timbre*: varios amigos, tras unas cuantas botellas de sidra, le preguntaron a la patrona si podría darles algo de comer: «Pues, haber hay tortillas» les repuso y ellos quisieron saber de qué: «De bacalao, de bonito, de jamón, de chorizo...» Entonces uno, más caprichoso, pidió tortilla de gambas, ganándose esta contundente y magistral comunión: «Tortillas *de tonterías* no tenemos.» [illegible] parece que so capa de «nueva cocina» lo que se trata es de promocionar tortillas de tonterías para gentes que, más que con el paladar, comen con la servil pleitesía a extravagancias dictadas por otros como máximas expresiones de *expertise* gastronómica.

No hay ningún monoteísmo culinario lícito: hay cocinas con las que uno simpatiza y otras con las que no, sin que ninguna norma *objetiva* promulgada por el experto de turno pueda zanjar la cuestión. El que va a comer por su placer y no para representar no se preocupará de si lo que le gusta está sancionado como «exquisito» por los pensadores del pienso, tampoco sentirá falsos arrobos con cualquier rebuscada insipidez sólo porque tal sea lo acordado por los cánones al uso. Cuando aparecio cierto plano del Madrid gastronómico constate con alegría que, entre diversos lugares que más vale ni pisar, no figuraban los dos o tres restaurantes que prefiero ¡otra razón más para frecuentarlos! Pero, en cualquier caso, ni siquiera el gusto propio debe degradarse a preceptiva: ahora que todo el mundo –¡y qué mundo!– habla de ello, resistamos a la tentación de componer la teoría de nuestras preferencias culinarias o enológicas. Sólo los que tienen la dispepsia pedante sacan ya provecho de ello. ■

YO, DEMOCRACIA (DE TODA LA VIDA)

ROMEU

EL SONIDO DIGITAL: penúltimo y armonioso grito

JOSE RAMON RUBIO

La capacidad que algunos seres humanos tienen de asombrarse ante la novedad corre paralela a la propensión que otros tienen de indignarse frente a la misma. En materia de tecnología de la comunicación la circunstancia ha hecho justamente célebre la distinción entre apocalípticos e integrados, distinción que se hace advertir con especial encono en cuestiones que, como la grabación y reproducción mecánica de sonido, tienen una importante repercusión artística y al tiempo una notabilísima proyección comercial.

Durante el siglo largo de existencia del sonido grabado se han venido sucediendo sin mucha solución de continuidad las innovaciones a su respecto. La cinta magnetofónica, el microsurco, el disco de larga duración, el sonido estereofónico, el cassette, la cuadrafonía, el disco de registro directo... y tantos otros pasos –que de momento no calificaremos de «adelantos»– han sido saludados con exaltadas voces que, enfrentándose, proclamaban de un lado que se había llegado al no va más de la perfección, y del otro que había consumado la muerte del arte. El mercado se llenaba de productos aderezados de verbenero cientifismo que invitaban al contribuyente a «entrar en el mundo –maravilloso, mágico o lo que fuera– del sonido tal y el sonido cual», mientras que, en pagos más concienciados y recelosos de imperialismos, se contemplaban las actitudes de contrariedad de unos cuantos mandarines de la Cultura con mayúscula, y aún llegaba la noticia de que este o aquel director juraba y perjuraba nunca más pisar un estudio de grabación.

La disputa resultaba tanto más graciosa cuanto que dos o tres años más tarde, como máximo, volvía a repetirse ante otra innovación tecnológica que salía de los laboratorios dispuesta a dar la batalla comercial. Resultaba así, del lado de los del «no va más» que sí, que claro que iba, y del lado de los de «la muerte del arte» que el muerto gozaba de tan buena salud que podía morirse otra vez.

El penúltimo hallazgo que ha venido a dar ánimos a esta controversia ya secular ha sido el sonido digital. Lo califico de penúltimo hallazgo y no de último porque ya se sabe que la ciencia no descansa. Como el lector se podrá imaginar, lo que es digital no es el sonido, sino su registro o transmisión. Ambas cosas han sido hechas posibles por el empleo de técnicas MIC, es decir, técnicas de Modulación por Impulsos Codificados –en origen, técnicas PCM, por la denominación en inglés Pulse Code Modulation–. La señal de tipo «analógico», como puede ser la voz o la música, es transformada, mediante esas técnicas, en señal «lógica», del tipo de aquellas con las que trabajan los ordenadores; los impulsos resultan así codificados, atribuyéndose un «1» a la presencia de impulso y un «0» a su ausencia: de este proceder con dígitos binarios es de donde proviene la denominación «digital». En transmisión de sonido lleva a la posibilidad de cubrir líneas de larga distancia sin apenas deterioro del sonido original, o de atender centrales telefónicas con una disminución grande del volumen de equipo. En materia de grabación, la principal ventaja que introduce el sistema digital es la virtual eliminación del ruido: sabido es que una de las luchas por el perfeccionamiento de los registros sonoros es la mantenida por

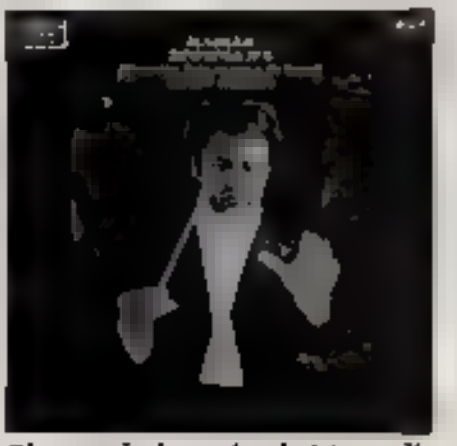
mejorar la relación entre señal y ruido, entendiéndose por éste cualquier perturbación que tienda a degradar el mensaje. Consecuentemente, las grabaciones hechas por el sistema digital pueden presentar de forma más real los diferentes planos sonoros, ofrecer una gama tímbrica más clara y fidedigna, precisar mejor y con mayor amplitud la dinámica o régimen de la intensidad del sonido, etcétera.

Así las cosas, parece claro que de la aplicación de las técnicas de registro digital a las grabaciones sonoras sólo pueden derivar beneficios. Ahora bien: ¿Ha ocurrido así de verdad? Por el momento, podemos escudarnos en aquello tan socorrido de la «falta de perspectiva histórica» para dar un diagnóstico que vaya más lejos del meramente provisional. Pero hay que llamar la atención sobre algunos fenómenos de interés.

Hay, ciertamente, determinadas circunstancias que pueden dar la razón a quienes sospechan. Muchos recordarán que cuando apareció el Cinerama todas las películas que empleaban el sistema tendían a quedarse en meras exhibiciones del mismo, subrayadas por los «ooohs» y «aaahs» de un público ingenuo, entre el que no faltaba nunca el sugestionable de turno que se mareaba en la correspondiente secuencia de lanchas rápidas o montaña rusa. Luego el Cinerama no dio más de sí que una desigual «Conquista del Oeste» donde el mejor fragmento, el de John Ford, iba en Cinerama como podía haber ido en cualquier otra cosa. Pues bien, parece que ese camino de asombrar al crédulo es el que de momento va siguiéndose a propósito de los discos digitales. Incluso en España, donde parece ser que todavía no hay mercado para estas exquisiteces y el invento queda exclusivamente para maniáticos de la alta fidelidad, entre las pocas cosas que hay tenemos ya el oportuno disco de Stanley Black, nombre asociado para la eternidad a los sonidos espectaculares de la compañía Decca, siempre proclive a estas cosas sin duda por el consistente y prolongado éxito de su catálogo «cuatro fases». La EMI, por su parte, ha ofrecido una alternativa en la cual ■ especialista en clásicos populares es el ínclito Frank Pourcel..., que encima no lo hace mal, ■ hombre.

Hay otro detalle que puede resultar más revelador. Si ustedes buscan un disco digital aún en tiendas de países donde el sistema está ya divulgado suficientemente, lo más probable es que lo encuentre en un apartado especial, cuando no en un mueble o habitación «ad hoc». Similar procedimiento siguen muchos catálogos, e incluso las secciones de crítica de algunas revistas musicales. Se crea así una discriminación innecesaria entre unas grabaciones y otras. Es como si de dejar los digitales al lado de los otros se les pasaran a aquéllos los miasmas de éstos y todo redundara en una mala audición para los adictos a la nueva técnica.

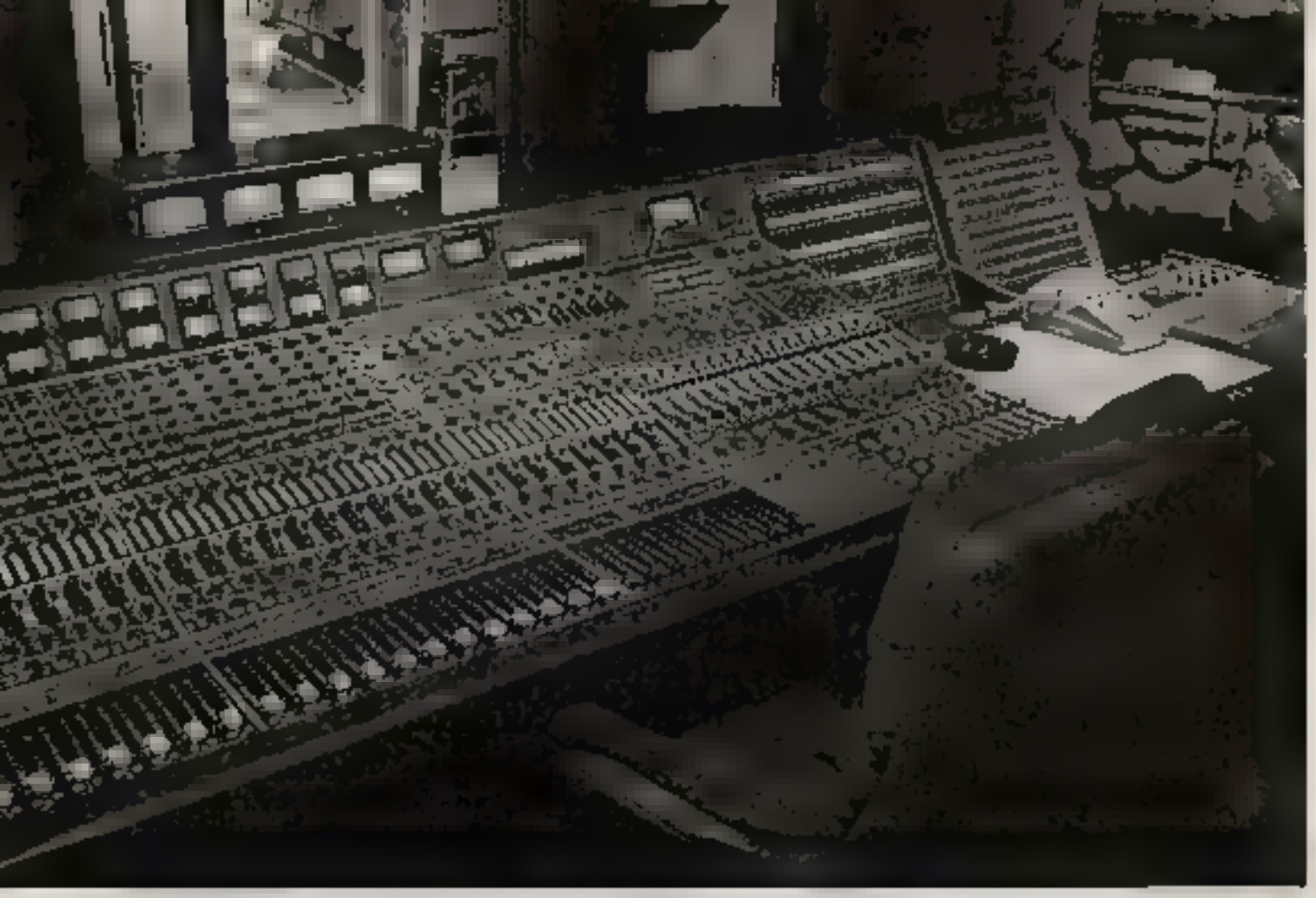
Y por ahí va buena parte de la historia. No hay que olvidar que en nuestros días, cuando ya no son discriminantes en cuestión de *status* socioeconómico datos como la posesión de automóvil o televisión en color, resulta que sí lo es la posesión de una cadena de alta fidelidad. Poco dirá esto, desde luego, del nivel cultural, preparación musical, o simple distinguir a Marujita Díaz de Dietrich Fischer-Dieskau (con perdón de la manera de señalar), que tenga ■ afortunado propietario de un sistema hi-fi supersofisticado: pero el caso es que a este señor se le abren de oficio las puertas del maravilloso mundo del sonido y se otorga



Disco grabado según el sistema digital.

a sus oídos el inalienable derecho a no tolerar otra cosa que los encantos menos discretos que trepidantes de una grabación evidentemente esplendida. Cada día –por notoria desgracia para muchos de ellos– son más frecuentes los tipos que, habiéndose iniciado una charla sobre música, la hacen derivar inefectablemente a un torbellino de frecuencias, impedancias y watios por canal.

Puede arguirse que la cosa no es tan grave, y que existen temas de conversación todavía peores. Ocurre sin embargo que el melómano, e incluso el melómano que une a esta condición la aún más feamente denominada de discófilo, propende a no tener la oreja tan dada a la percepción de impurezas. Algunos, porque son tan fanáticos de determinados artistas que pasan por todo con tal de escucharlos; por pasar, los hay que pasan hasta de no escucharlos, con tal de saber que «están ahí». No sería descabellado pensar en ■ buena venta de ■ grabación pirata de un concierto al que asistió Mitropoulos, o Birgit Nilsson, por citar sólo las modernas



superestrellas del mundo clásico.

En cuanto al fanático del jazz, por cuyos dominios se mueve a menudo el abajo firmante, es todavía peor: este es capaz de abonar con poco más que un gesto de contrariedad la bonita suma de treinta y cinco dólares –unas dos mil quinientas pesetas al cambio de cuando esto se escribe– por una abyecta grabación de una orquesta comercial entre cuyos saxofones se intuye la presencia de Charlie Parker o John Coltrane. El injustificado desembolso se compensa con el exhibir a los amigos la adquisición, o con el placer de descubrir tras repetidas escuchas la exigua aportación del ídolo; los hay con oído tan entrenado que descubren que *además* estaba Sonny Rollins.

Confieso que estos forofos irredentos me resultan más simpáticos que los primeros. Especialmente porque, para descifrar una nota de oro o un músico de oro en ese maremágnum que suele denominarse «grabación histórica», se han convertido también en especialistas en todo lo de los watios por canal y las impedancias, y seguro que, en su modestia, lo saben con más propiedad o, por lo menos, con mayor adecuación a lo que se supone debe aportar la tecnología a la música. La clave del problema está en ello, no en lo que una técnica pueda tener de apabullante, o de discriminatoria a nivel socioeconómico, sino en lo que pueda favorecer a un público cada vez más exigente, y de hábitos musicales cada vez más refinados. No hay que olvidar que éstos aficionados, a los que, como dije, no les repugna ni siquiera que les llamen discófilos, son los primeros en saludar todas las conquistas del tipo de la que ha supuesto el sonido digital. Claro que cabe la excepción del discófilo que ha hecho ayer un dispendio en un equipo caro y lo ve hoy sobrepasado por un adelanto nuevo e inoportuno: pero aun lo de éste personaje no suele quedar más que en un disgusto pasajero.

...Mientras tanto, ahí está, como penúltimo grito, el sonido digital: hasta asoma por nuestro horizonte de país perpetuamente en vías de desarrollo. Tranquilícense las voces cuando por fin llegue del todo –el sonido digital, que el desarrollo nunca acabará de llegar a este paso–: con todas sus ventajas, este procedimiento de grabación es cosa modesta al lado de lo que nos cuentan que se ha inventado ya. En Japón hay una máquina con la que uno puede construir la versión que el intérprete X *jamás hizo* de la pieza Y. Quiere ello decir que usted pone en la computadora una serie determinada de características de Furtwängler –con perdón otra vez de la manera de señalar– junto con otra serie de características de la orquesta que sea –será la Filarmónica de Berlín o la de Viena si es usted furtwängleriano de pro, o la del Festival de Bayreuth si lo es usted *usque ad infernos*–, y con las dos cosas los podemos tener al instante haciendo el tema heroico de «El Imperio contraataca», o mismamente el preludio de «La Verbena de la Paloma». Si los apocalípticos y los integrados quieren seguir a la greña, les recomiendo que pasen de digitales y esperen a que llegue este otro invento: ahí sí que tendrán ocasión para tirarse de los pelos. ■ J. R. R.

Escena de la primera representación de la ópera «Lulú», de Alban Berg, en su versión completa, llevada a cabo por la Opera de París en 1979.

LA RESURRECCION DE LA OPERA

RAMON CHAO

HACE unos veinte años la dábamos por perdida y no la añorábamos; todavía nos reíamos de los tenores empolvados, ojos de purpurina, que gesticulaban romanzas en decorados de cartón piedra, y nos avergonzábamos de haber admirado repetidas veces a Mario Lanza en «El gran Caruso»: la ópera pertenecía al siglo pasado; era un vestigio rayano en lo grotesco, pero si ridículo, del mal gusto de una época. La moda *camp* había recuperado a Machín, mas no a «Madame Butterfly» o a la «Fanciulla del West», ni tan siquiera eran lo bastante extravagantes como para entusiasmar a los intelectuales fatigados. Paul Valéry, tan fino y delicado poeta, podía escribir sin que nadie le reprochase su falta de sensibilidad: «La ópera se asemeja a un caos. Es un espectáculo, en definitiva, grosero, ya que nada rige el contraste de las fuerzas diversas ni las escenas donde nada limita la acción, y que toda la obra está en manos de diversas inspiraciones, diversas y divergentes como son el libretista, el compositor, el coreógrafo, el pintor de los decorados, el director de escena, y los intérpretes.»

Y ahora, de repente, en menos de diez años, gracias a la irradiación de Francia, que no sólo nos va a propinar nuevos filósofos o románticos rezagados, surge de nuevo la ópera, pero como un fenómeno popular. La Opera nacional está constantemente abarrotada, las cadenas de televisión retransmiten los festivales de Aix en Provence, que revelarán a nuestra Berganza; de Orange, la ciudad de los milagros amorosos; de Burdeos, de mayos líricos; la radio emite seriales diarios con versiones completas de las grandes óperas; películas como el «Don Juan», de Mozart-Losey son éxitos taquilleros y las casas de discos se tiran sobre este nuevo maná, mientras que las editoriales sacan a todo motor de linotipistas memorias de libretistas (como las de Lorenzo da Ponte, colaborador de Mozart, agotadas desde hace decenas de años), publican los libretos de las óperas y análisis de las nuevas puestas en escena, como las de Lavelli.

Hay conjunción total de opiniones: de izquierda a derecha, pasando por el centro democrático, por los medios universitarios, marxistas, estructuralistas y psicoanalistas; todos vienen ahora con sus tesis sobre los orígenes y significado de la ópera, o del teatro lírico, como dicen, pues es denominación más esnobista. Tanto está de moda que una célebre divulgadora del feminismo psicoanalítico que no se pierde una, Catherine Clément, nos sale diciendo que los libretistas de ópera son misóginos inveterados. Establece en su libro una lista exhaustiva de las «grandes muertas», heroínas de óperas que no han tenido más elección que entre el veneno y el puñal: Norma, de Bellini; Isolda, de Wagner; Melisenda, de Debussy; Carmen, de Bizet; Tosca, de Puccini (y tantas

otras que no tuvieron la oportunidad de recurrir ■ diván del psicoanalista, diría yo), olvidándose, sin duda inconscientemente, porque todo esto sucede así, de Popea, coronada de forma sublime por Monteverdi; de Medea, de Cherubini, pregonera de la victoria de las mujeres; de Aricia, de Rameau; de Leonora, de Beethoven, y de todos los personajes femeninos de esa gran burla del machismo que es «Las bodas de Fígaro» de Mozart. Y no sigo enumerando, pues se me va a ver el plumero y ya bastantes líos tuve con las feministas, que en estos momentos de lucha no pueden tener sentido del humor facilón.

Un avance técnico, la aparición del disco microsurco, impulsó el renacimiento de la ópera. En época aún no muy lejana se necesitaban al menos quince discos de 78 revoluciones para poseer una ópera íntegra, y al escucharla había que detenerse cada diez minutos y darle cuerda ■ manubrio. Por eso sólo se grababan las arias más conocidas, y la ópera era eso: «La donna e mobile», «Dans les remparts de Seville», «Ridi, Pagliaccio» y otras arias separadas de su contexto, en las que los tenores, sopranos, contraltos y bajos ejercitaban saltos mortales sin redes.

A partir de los años cincuenta aparecen las primeras versiones completas de las óperas; se aprecian musicalmente, desprovistas de todo el ringlado escénico anticuado.

Y sobre todo, *sobre todo*, se descubre a Mozart. Hasta entonces, Mozart era un compositor delicado, maravilloso, pero sin su genio dramático. Durante todo el siglo XIX sus óperas apenas se habían montado, y de «Don Juan» se conocían las arias de los bajos cantantes, los dúos de Zerlina; de «Las bodas de Fígaro» quedaban las marchas militares, desprovistas de sus connotaciones irónicas. Y entonces se reveló el Mozart genial, autor de cuatro óperas esenciales en el repertorio, de las que compuso no sólo la música, sino que en ellas creó situaciones de un dramatismo eterno, pues ahora se sabe que también colaboró estrechamente con los libretistas Da Ponte y Schikaneder.

Existen también razones de civilización en este renuevo de la ópera: en nuestra época de deseo de una vida más natural, de empuje ecológico, volvemos a una concepción de la música pura, sin manipulaciones técnicas, a la voz humana, que es el instrumento más natural que pueda existir, al grito, primera manifestación de vida, de dolor y de alegría.

Y ya luego se descubre que la ópera, esta alianza original de la palabra, de la acción y de la música, es un elemento esencial del

La aparición del disco microsurco impulsó el renacimiento de la ópera. A partir de los años cincuenta surgen las primeras versiones íntegras de las obras y, sobre todo, se descubre a Mozart. En la foto, el director Joseph Losy, en el centro, da instrucciones a los cantantes Ruggero Raimundi, a la izquierda, y Teresa Berganza durante el rodaje de la discutida versión que ha realizado para el cine del «Don Juan».

patrimonio cultural occidental. Cinco años antes de Jesucristo, la tragedia griega ya era ópera; es decir, una obra dramática en la que la música y el canto desempeñaban el papel preponderante. Los coros, elementos esenciales de la acción, intervenían cantando, y los investigadores modernos piensan que los actores, en los momentos culminantes de las obras, adoptaban formas de expresión que se aproximaban al canto. Había también instrumentos de cuerdas y metales; es decir, una especie de orquesta, y si bien nada se conserva de lo que era la música de esos espectáculos, nos han llegado los ritmos, elemento principal y original de toda música.

En la ópera se da también la celebración del rito, en un lugar cerrado, sagrado, con toda una preparación para asistir al milagro: compra de las entradas con antelación, cierta indumentaria, etcétera.

Porque, aunque esto parezca en contradicción con lo que dije y voy a decir, la ópera sigue siendo un espectáculo clasista, y para aclararlo dejo la voz de Roland Barthes, escrutador, entre otras cosas, de este género y de la voz humana: «La ópera es un espectáculo de clase; en primer lugar, porque las entradas son caras, y luego, porque para poder apreciar una ópera hay que tener ciertos reflejos culturales, de repertorio, de ambiente, mundanos, que son reflejos de clase. Y sin embargo, en la ópera hay muchos elementos progresistas: es un espectáculo total, que moviliza un gran número de sentidos, de placeres sensuales, e incluso se le ofrece al público la posibilidad de gozar en cierto modo de sí mismo, y esta totalidad del espectáculo, nuestra cultura lo ha buscado siempre, desde el teatro antiguo hasta el espectáculo "pop"».

Tal vez se pueda fechar el resurgimiento de la ópera el 30 de marzo de 1963, cuando Giorgio Strehler, director del Piccolo Teatro de Milán, montó «Las bodas de *Fígaro*» en Versalles; era la época en que el eminente musicólogo H. H. Stuckenschmidt se ridiculizaba profetizando la resurrección de la ópera: «este género no ha muerto, aunque lo hayamos creído en algún momento; al contrario: presenta ciertos signos de un rejuvenecimiento vigoroso».

Antes de describir la acción capital de los directores de teatro hay que evocar la figura de María Callas, cuya voz, figura y compostura ayudaron a llamar la atención sobre el *bel canto*, reencarnando la figura mítica de la *prima donna assoluta*, que había desaparecido desde la Malibrán. La Callas ejerció una fascinación sobre un público ajeno a la música y a la ópera, y su papel fue importantísimo.

***María Callas, cuya voz, figura y compostura han contribuido al resurgir del* bel canto.**

Pero sin duda la boga actual de la ópera se debe a la nueva concepción dramatúrgica que han impuesto una serie de grandes directores de teatro: Strehler, cómo y cuando he dicho; Luca Ronconi («Nabucodonosor»); Jorge Lavelli («Las bodas de Fígaro», «Fidelio»...); Patrice Chéreau (la Tetralogía de Wagner); Losey, con su «Don Juan» cinematográfico, y otros muchos.

Todos comprendieron que lo que tanto se buscaba, el *espectáculo total*, estaban ahí, desde hace siglos, en un género en que la puesta en escena había sido absolutamente relegada al último plano, donde sólo contaban las hazañas de los *do de pecho* de los tenores, sus rarezas, sus excentricidades. Estos directores aceptaron que la ópera es la forma más elaborada, más completa y más delirante de teatro. Así, obras de Mozart, de Haendel, de Rameau, reaparecen después de varios siglos de olvido.

De hecho, el director escénico es el verdadero organizador del espectáculo. El concibe una nueva interpretación de la obra, su trasplante a otras épocas y lugares, si lo cree necesario, e incluso impone su visión musical al director de orquesta, sobre el ritmo, el movimiento y el color musical. La interpretación del «Don Juan» de Mozart-Losey es rápida, y muy diferente de la de Böhm, por ejemplo, porque así lo quiso Lo-

rey, para que la música se insertase en los palacios de Palladio, y al personaje de don Juan, anarquista e indomable, tal como nos los presentó.

La renovación de la dramaturgia que han emprendido estos directores de teatro de primer plano permite comprender lo que sucede en el escenario. Ya no son las óperas recitales de tenores disfrazados de Radamés o de Nabucos, o de japoneses, sino que las situaciones y los dramas operísticos son actuales. Jean Claude Fell convierte a Werner, héroe de Goethe y de Massenet, en un Edipo romántico en búsqueda de imágenes paternas. Lavelli hizo una verdadera transposición al siglo XX de «Las bodas de Fígaro» para presentar al público un espectáculo sobre «la dificultad de vivir, de comunicación, de soportarse, de crear un orden sentimental emotivo». El castillo sevillano del conde de Almaviva se convierte, merced a una manipulación ideológica e histórica, en la mansión de un rico industrial italiano. Lavelli actúa como si la revolución francesa de 1789 no hubiese existido, o no hubiese servido para nada: las convenciones y los valores de la aristocracia fueron adoptados por la burguesía, y todo sigue igual.

El tema de «Fidelio», de Beethoven, que montó Jorge Lavelli en Toulouse, se transforma en el problema de los prisioneros políticos actuales. «El prisionero político es un problema de todos los tiempos, dijo, y esta transcripción visual nos recuerda lo que está pasando en muchos lugares del globo». Y así fue. En el espacio circular del mercado de los cereales de Toulouse, cada espectador se sentía amenazado por el universo concentracionario imaginado por Lavelli. Y el *triunfo de la Libertad*, al final de la obra, que estalla en un coro entusiasta, era vivido intensamente por toda la asistencia.

De modo que gracias a escenógrafos geniales, y a directores de indiscutible valor, la ópera, por sus múltiples dimensiones y la conjunción de todas las artes, se ha convertido en el sarampión de la vida mundana parisina, pero es también frágil, vulnerable, palpitante, como la vida misma. ■ R. Ch.

OPERA

EN ESPAÑA, AMARLA ES MORIR UN POCO

MIENTRAS en otros países el interés por el Teatro Lírico crece, en el nuestro el aficionado ha de esperar las funciones ocasionales de un festival de temporada, en el que el ruido de las pieles y las joyas no permite oír música y cantantes. Un festival aquejado de diletismo y con una representación escénica del siglo XIX. Pero la Administración sigue sin asimilar el hecho de que la cultura, y más la Ópera, es económicamente deficitaria.

Actualmente con el planteamiento en forma de parches, el Festival de Madrid ha salido ganando, ya que disfruta de la mayor parte de la dotación disponible. En Oviedo, Las Palmas, Valencia, Málaga y Bilbao, las representaciones que tienen lugar sufren de una baja calidad notable. Y el Liceo de Barcelona a pesar de que funciona más continuamente, padece también la falta de libertad económica. En resumen, la Ópera incluso en Madrid sobrevive a la sombra de una subvención que raramente alcanza los 150 millones de pesetas con unos precios de taquilla que sólo bajan, en la tercera función, de los miles de pesetas. Pero es que en esta función, en la que abundan los pantalones vaqueros, el cantante no suele esforzarse demasiado. Los Amigos de la Ópera de Madrid piensan en una posible cuarta función, que ayudara a difundir el amor por la Ópera.

Pero el problema no se soluciona con parches. Es evidente la necesidad de establecer una Compañía Nacional de Ópera, de forma permanente, con una orquesta fija y un coro igualmente estable. Pero el presupuesto de 800 millones adjudicado por Hacienda en 1979 (vaya por delante que es la primera vez que Hacienda lo incluye en su lista) es, a todas luces, insuficiente. Claro que lo importante es comenzar de alguna manera. Porque en la Ópera como en la tragedia, los problemas parecen insalvables. Recordemos sin ir más lejos la kafkiana sucesión de hechos que impidieron la construcción del Teatro de la Ópera en los años sesenta con el solar donado por el Ayuntamiento, los gastos sufragados por la Fundación March y un concurso de proyectos ya fallado. Al final, parece que la colaboración de la Fundación acabó poco menos que ayudando a la instalación de la cátedra de Severo Ochoa en Madrid. Ahora, sin embargo, se admite como válida La Zarzuela. Tiene un foso pequeño, el escenario es insuficiente y también se podría argumentar en contra de su acústica; pero hasta ahora ha dado un juego aceptable para los Festivales, e igual puede servir para la Compañía Nacional, en tanto que esta cubre un mínimo tiempo de rodaje.

Uno de los problemas endémicos de la Ópera en España es la Escuela Nacional de Canto o más bien el destino de sus estudiantes/es, que cumplen a su pesar un cierto papel de fuga de voces, dado que no tienen más posibilidad que salir de España o entrar en alguno de los Coros existentes, que poco a poco van pareciéndose más en su funcionamiento al de una oficina. Pero en Italia, en Francia, en los países germanos y sajones incluso (donde las voces tienen generalmente menos calidad) habrán de enfrentarse al proteccionismo local, ejercido por los cantantes nativos. Nuestra Escuela Nacional ha tenido de siempre una técnica admirada allende nuestras fronteras y concretamente en Italia, donde se suele alabar la afición del estudiante de canto español frente al suyo propio, que no la tiene. También esto lo solucionará en su día la Compañía de Ópera, ya que su coro estable, puede ser la forma de evitar el destierro de nuestras mejores voces.

Y esa futura compañía habrá de ofrecer una actualización de las formas escénicas, para que el espectador no sólo escuche la Ópera, sino que goce de su parte plástica, renovada y ajustada a las nuevas corrientes. En cuanto a los Festivales de temporada, en función de mostrar al público español el teatro lírico de otros lugares, no desaparece, sino que cobra una significación mayor, una posibilidad de intercambio incluso. Esperemos que la Administración deje de considerar al aficionado a la Ópera como un raro ejemplar minoritario, que se agolpa ante las taquillas y hace largas colas para conseguir un abono, para que en breve recuperemos esa tradición perdida que es la Ópera de nuestro país. ■ C. F. R.

EL DIARIO (PUBLICO) DE DIEGO GALAN

Sin ser representativo de nada ni de nadie, la idea de este extraño diario era la de catalizar los sucesos o las anécdotas que tuvieran, subjetivamente, alguna importancia para quien lo escribe. En todo caso, quizá sea ampliable ese subjetivismo a un grupo de amigos, madrileños, urbanísimos, nocturnos, intelectualillos, izquierdosos románticos y sin mucho rigor, que pululamos por la gran ciudad comentando lo que sucede con pasión o indiferencia, así, sin transición, según el ánimo de cada día, según lo que hayamos comido, bebido o fornicado. Hay días en que todo parece negro; otros, que por lo de la ciclotimia, nos parecen radiantes. Muchas veces no hay lógica para el cambio. En otras, el mundo nos (me) pesa y parece que ahí reside el motivo del humor. Por ser la primera entrega, la comienzo en octubre. Pero la división lógica, a partir del próximo número, estará en el veinte de cada mes. Y a ver qué pasa.

1

Este es el mes de mi cumpleaños, pero no sé si llegaré vivo al día 15. De momento, la carne mata. Le inyectan hormonas o no sé qué; los de la CEE ya han dicho que la ternera se quede fuera de la dieta. A nosotros no nos dicen nada. Tampoco nos hablan del agua madrileña que está más contaminada que la ternera. Los niños que toman potitos también la palman. Y las mujeres que usan tampones se lían con el cáncer. Ya sabíamos que comíamos plástico pero no pudimos imaginar que tanto. Espero llegar vivo al cumpleaños. Después de todo, en este país se sobrevive continuamente. Suárez mismo con el voto de confianza que le han dado sus amigos sigue siendo una realidad. Quizás no coma ni beba. Por mi parte, trataré de imitarle. ■

2

En la cárcel de Herrera de la Mancha no denuncian siempre los malos tratos infringidos a los presos; sin embargo, cualquier arañazo sufrido por un policía es declarado inmediatamente. Lo ha dicho el doctor Brazal Castell refiriéndose, al menos, a su conducta personal. No todos los presos lo pasan tan mal. El ultraderechista Lerdo de Tejada consiguió escaparse a pesar de estar juzgado por la matanza de Atocha; hoy es de nuevo actualidad por el suicidio de su abogado. Sin relación con el hecho, al parecer, un grupo de ultras ataca la caseta de la editorial del libro rojo del cole en Madrid. No he ido a la feria este año. Dicen que es poco interesante y no tengo suficiente dinero para libros. Tampoco voy de viaje: aumenta el número de muertos del accidente ocurrido en Valencia el pasado día 24. Nada nuevo la culpa, como siempre, según los partes oficiales.

Sin embargo, es una pena no haber ido a Valencia: ha habido un desfile de modelos donde, al parecer, los figurinistas han demostrado que vuelve la moda de los años cuarenta. Son ellos, en definitiva, los únicos que entienden el país vistiéndolo de acuerdo a la época en que vive. ■

3

Un grupo ultra ataca a unos concejales de Fuenlabrada. ETA pm asesina a un taxista. Mientras tanto, dos ex ministros de Franco, Ruiz Giménez y Sáinz Rodríguez, presentan un libro sobre la masonería, perseguida duramente en los tiempos en que ellos mismos reglan el país. No entiendo nada. Hoy me acuesto pronto. ■

4

Hay 4.450 jamones podridos en Madrid en cuya venta están implicados funcionarios del Ayuntamiento. Sigo sin comer. Tampoco lo pueden hacer, seguramente, quienes han disuelto su matrimonio y sufragan las altas cuotas alimenticias que pasan a sus esposas. Tarancón, sin embargo, mantiene la teoría de que un error como el matrimonio hay que soportarlo hasta que uno se muere. A pesar de su beligerancia, perdona a Cristina Alberdi a quien había inhabilitado para actuar como abogado ante los tribunales eclesiásticos por unas declaraciones contra el matrimonio convencional que la jurista había hecho, a título personal, en «Interviú». Tarancón no tiene otra solución puesto que la Constitución apoya a la Alberdi.

Agua, ternera, jamones y tampones: todo está podrido. Vizcaíno Casas asegura que es cosa de la democracia en su obra «Saque al rey» a la que acuden los nostálgicos del silencio. A veces, esos nostálgicos prefieren el ruido. Dos ex guardias civiles son condenados a ochenta años de prisión por homicidio con robo de armas y municiones. ■

5

Tres motoristas de la Guardia Civil son asesinados en Salvaterra.

Cincuenta y siete niños se intoxican con lo que comen

EL DIARIO (PUBLICO) DE DIEGO GALAN

en el Colegio del Niño, de Cartagena, dependiente de la Junta Provincial de Protección a Menores. Lo curioso del caso es que ésta dice que la intoxicación es normal entre octubre y mayo porque la mahonesa les queda un poco pocha en esta época. Al menos, esos niños tienen la intoxicación programada. Como yo siga sin comer no llegaré al cumpleaños. ■

6

En una cafetería a la que voy se les cae un tapón inrecuperable cuando me sirven un gin tonic de «Gordons». Me quedo atónito. El camarero sonríe, se lleva la botella y trae otra que descorcha en mi presencia. Hablamos. Me confiesa en voz baja que la nueva botella también está trucada. Me voy. No paso por la plaza de España. Menos mal: así no veo cómo estalla un artefacto en la sede de Alitalia. ■

7

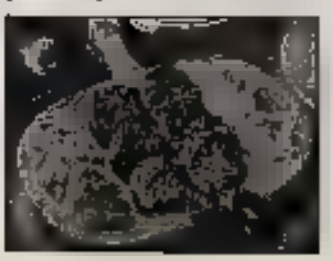
En Portugal y Alemania Federal también gana la UCD aunque la llaman de otra manera. Irán no acepta ayuda soviética. Teherán ha sido bombardeada ya dos veces. En Francia se protesta por la terrible ascensión del nuevo nacismo: una bomba ha matado a cuatro judíos en una sinagoga de París. Aquí, en cambio no se protesta, a pesar de que, por ejemplo, hoy mismo un grupo ultraderechista acaba de asaltar un bar de Valencia.

En España se está discutiendo sobre el 151 para Andalucía. Todos sabemos que ya han llegado a un acuerdo a pesar de Rojas Marcos, pero nos mantienen el suspense. También se dice que el gobierno civil de Vizcaya persigue la pornografía. Debe haber en ■ País Vasco. En Madrid, desde luego, no. En Barcelona, tampoco; sin embargo, detienen allí a treinta homosexuales que se encontraban en una conferencia «gay». ■ede que la redada haya corrido a cargo de la misma policía que espera que la Unión Internacional de Sindicatos de Policía acabe de estudiar la posible integración de la sindicación policial en España.

Es un mal día. Me como una hamburguesa y que sea lo que sea. ■

8

Me ha sentado fatal. Fue una hamburguesa de las que anuncian en la radio con mucha marcha y mucha música diciendo que si eres joven te la tienes que zampar. Ahora la corroces se mide, al parecer, por el estómago. No sé cómo van a medirlo entonces las 4.500 trabajadores de Ensidesa que, posiblemente acaben en la calle con la «reestructuración» que va a sufrir la empresa: lo leo en los periódicos. Ese mismo día dicen que han detenido en la frontera a un particular que había con 39 millones de pesetas metidos en el coche. No dicen su nombre: sólo unas iniciales. Debió olvidarse el carnet de identidad en la fábrica clausurada o en el palacete privado. ■

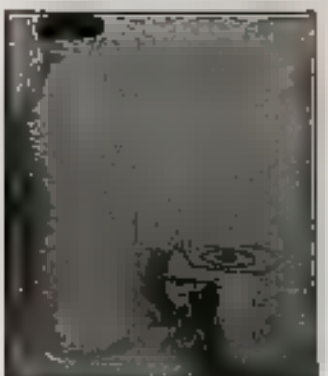


9

No veo más que corrupción. Como un diputado del PSOE que plantea ■ del afeitado de los toros.

Hoy no sé ni dónde tomar la copa. Me compro una botella de escocés y ■guien –dueño de un bar– me dice que lo fabrican en España.

La policía impide una manifestación de investigadores. Uno de ellos –al que conozco– ha impedido que sus hijos tomen leche embotellada. No me explica por qué, pero me lo figuro. El hombre tiene otro tema de conversación: el que se refiere a la declaración de los obispos que mantienen la teoría de que tanto ■ capitalismo como el marxismo limitan la libertad procreadora. Me da la impresión de que estamos todos locos. Me acuesto pronto. Quiero llegar al cumpleaños y sonreírle a alguien. Por culpa de eso me pierdo el estreno de «Lovy» que parece haber sido un acontecimiento. Era una vieja obra que ahora presentaban como nueva. ■ fracaso fue absoluto. Como el de «Tequila» en Pamplona, con la diferencia de que allí persiguieron al organizador.



En Eibar han matado al propietario de un estanco.

A la cama, a la cama. ■

10

Dicen que vuelve hasta la minifalda. ■

11

Herri Batasuna se plantea la posibilidad de pasar a la clandestinidad. Los periódicos de la derecha reclaman la detención de sus portavoces, para que hagan compañía a Urbiola. En esa situación, nombran a Marcelino Oreja supergobernador del País Vasco.

En Argelia mueren veinte mil personas a causa de un terremoto.

Hoy he ido a un pueblo de Ciudad Real a echar un discurso sobre cine. Los organizadores son unos maestros que quieren subir el nivel cultural de ese pueblo de quince mil habitantes. Son bastante ingenuos, pero cordiales. En la cena cuentan el horror que les produce el futuro de sus alumnos que, a los catorce años,

EL DIARIO (PUBLICO) DE DIEGO GALAN

abandonan los estudios para comenzar a buscar trabajo. Su única posibilidad es que don Costre los contrate en la verdulería. No pueden ya venir a Madrid porque hay aún más paro. Tampoco pueden irse a Alemania o por ahí porque esos sitios ya no existen. El discurso es un éxito, pero la cena es triste. Para levantarnos el ánimo nos dirigimos a la única discoteca invernal del pueblo. Allí están los jóvenes de los que me habían hablado. Bailan como descosidos al ritmo de «Heroine» canción de Lou Reed. La imagen es brutal. Los maestros no saben ya cómo orientar sus clases. No tienen medios ni pueden contrarrestar la colonización cultural que sufrimos. No hay ni librerías.

En Madrid, sí. Una de ellas, «La oveja negra» es atacada hoy por un grupo ultraderechistas. ■

12

¡Ay, qué risa, María Luisa! Las anulaciones que concedió el tribunal del Zaire son falsas.

Hay cientos de matrimonios no desligados y, por lo tanto, miles de bígamos. La Iglesia, en sus declaraciones, continúa empeñada en que nadie debe de deshacer lo que ella ata, pero cada día son más los particulares que no lo ven tan claro. Seguramente, me relaciono con gentuza porque si una sola de las personas que me encuentro está dispuesta a apoyar las tesis eclesiásticas. Son gente rara mis amigos. O a quienes conozco en general. Hoy me entero que algunas de ellas han sido detenidas por protestar por la existencia de un vertedero en su barrio. Pobres ecologistas. Pobres casados y separados por el tribunal de Zaire. Los que no quieren contaminación ni en su vida, ni en su medio ambiente están listos. El Papa les asegura en otras palabras que no se separan ni en el Cielo lo que él ha unido en la tierra. Más o menos, como el cura de «La escopeta nacional». Y por otro lado, los rusos y los americanos se retienen en Ginebra para charlar sobre la energía nuclear en Europa. Ayuí todo viene de fuera. Como el cine.

Al ex-director general de Cinematografía se le escapa en una entrevista televisada que el próximo festival de Sevilla estará muy bien atendido porque las multinacionales lo quieren proteger. Nos protegen mucho, esa es la verdad. ■

13

He llegado vivo al cumpleaños, pero no sé cómo voy a celebrarlo. Por si no debo salir a la calle, leo los periódicos en casa. Me entero así que setenta y dos personalidades (31 catedráticos, 11 miembros de reales academias, 3 de la Comisión de Códigos –que no sé qué podrá ser– y otros militantes de apostolado) firman un documento contra el divorcio. No sabía yo que alguien quisiera obligarles a divorciarse. Pienso que si hubieran querido ellos podrían haberlo hecho ya; aquí se ha separado –por Zaire o por Roma– todo el que ha tenido pelas. Como estoy de buen humor, me hacen gracia los firmantes. También este otro titular: «Diagnóstico de la juventud trabajadora actual: el 62 por ciento pasa los fines de semana sin ninguna actividad creadora. Un 25 por ciento se emborracha, correspondiéndole el doble a los chicos sobre las chicas. Toda España es para ellos un inmenso bar en el que libremente acceden a la droga dura del alcohol.» Realmente no sé por qué no soy yo también juventud trabajadora actual. ¡Un inmenso bar! ¡Qué barbaridad! ¡Y en un día como hoy!

Olga Ramos.

Paso de periódicos. La televisión (en colores, off course) dice que en el sínodo de obispos no están de acuerdo con el divorcio. ¡Qué empeño tienen los solteros en que los demás sigan casados! Apago. Tengo que comprar algo para celebrar la fecha. Pilar Miró aprovecha su libertad provisional para felicitarme. ¿Para cuándo lo tuyo, Marí Pilí? Y se queda con la sonrisa que se le ha quedado fija; la de un crimen que ella tampoco ha cometido. Ayer, que fue su santo, en Madrid se celebró una fiesta ultraderechista con la disculpa de celebrar el día de la Guardia Civil. Actuó, entre otros, Olga Ramos, que descubrimos en TRIUNFO hace muchos años, cuando todavía no quería ser estrella y se ocultaba en el nombre colectivo de «Las veteranas»...

Antes de dedicarme a lo que sea, recibo la llamada telefónica de un amigo al que han operado en el ex «Francisco Franco». Le han dado de alta pero no le dejan salir de la habitación si previamente no la paga. El ofrece un cheque, pero lo quieren conformado por el banco. El pobre hombre tiene un problema tremendo: para que el banco dé la conformidad, tiene que ir personalmente, ya que el hospital no tiene ese servicio. Pero para salir, tiene que pagar. Un caos. Voy, cobro, pago y le saco de la cárcel hospitalia donde una enfermera me mira como un delincuente por explicarle el caso del pobre operado. Sigo pensando en la fiesta.

Pérez Llorca, se ha ido a Marruecos para discutir –supongo– el problema de la pesca. Los del «Galgomar» siguen detenidos. Para una cosa que, al parecer, se podía comer... He decidido que hoy todo está bien. Ofreceré copas y no daré nada de comer. Por si acaso.

Cuando llegan los invitados, sin embargo, no nos divertimos mucho: los rumores sobre un posible in-

EL DIARIO (PUBLICO) DE DIEGO GALAN

tento de golpe de estado en nuestro país acaparan la charla que se orienta ya hacia rumbos siniestros. De pronto, me doy cuenta de que soy muy mayor. Hemos vivido ya muchas veces los mismos miedos.

Se van muy tarde. ■

14

Asesinan a un teniente coronel del Ejército en San Sebastián. ■

15

Liberan a Urbieta que declara haber recibido malos tratos. «El Imparcial» se pregunta que por qué le han dejado salir.

Se inaugura la exposición de Matisse. Tengo que ir. ■

16

Hoy es el cumpleaños del Papa. Lleva ya dos como tal. Dice que vendrá a España dentro de poco.

José Ortega.

Tengo que darme prisa por lo de Matisse. En Almagro han prohibido una exposición antológica de José Ortega que después de tantos años en el exilio es un desconocido para nosotros. Hay muchas cosas que no sabemos, y otras que no sabemos. Concretamente el sumario sobre Herrera de la Mancha lo han declarado secreto. Hace un par de días, y por tercera vez, el fiscal de la audiencia de Ciudad Real insistió en procesar a las funcionarias de esa prisión.

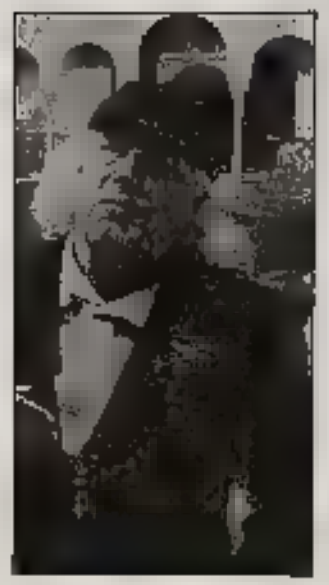
Tampoco conoceremos el informe que Amnistía Internacional ha presentado al Gobierno sobre el respeto a los derechos humanos en nuestro país.

Después de la resaca alcohólica motivada por lo de ayer, no sé ya si la noticia de que el barril del petróleo puede subir a cien dólares es buena o mala. No he entendido bien la guerra del Irak y el Irán. Pero Máximo ha hecho un dibujo en el que el estrecho de Ormuz da a todos los países del mundo. Debe ser ese el problema. Hoy, inútil, no me entero de nada. Bueno, sí, que «El Periódico» vuelve a aparecer y que todo ha sido un éxito y que es un gran artista y que la hembra de su mujer no le hizo justicia y no se cuantas cosas más. ■

17

Los obispos dicen que de anticonceptivos nada y que la mujer objeto conduce al adulterio. Como no acabe pronto el sínodo no van a dejar títere con cabeza.

Se acabó la resaca. Imagino que también la de Alberti al que veo hoy en vídeo. Apareció en «Fantástico» diciendo cosas peregrinas montado en una bicicleta y supongo que con bastantes whiskys en el cuerpo. Ya dicen los sensacionalistas que entre la madrileña glorieta de Atocha y la plaza de Antón Martín hay más bares que en toda Noruega. Han tenido, realmente, que buscar un país extraño para comparar. También es verdad que además de alcohólicos damos más premios literarios, según apunta una amiga mía muy docta en las cosas culturales. El Nobel, sin embargo, se lo ha llevado el día 10 un polaco desconocido que se llama Czeslaw Milosz. El Planeta, un conocido mío, íntimo de Pilar Miró con quien ha escrito el guión de «Gary Cooper que estás en los cielos» que se va a estrenar en seguida. Pilar se ha empeñado en no dejarse vencer por su situación. El juicio militar del que depende no tiene fecha de celebración.



Hoy han cambiado importantes jerarquías militares. Alguien sugirió en mi cumpleaños que eso podía ocurrir. ■

18

El agua del cloro da cáncer. Espero que Tierno Galván deje de beberla públicamente para demostrar que la de Madrid no está contaminada.

Le cogen de lejos a Tierno las discusiones del PCE con el PSUC, Carrillo pierde bazas, y también Adolfo Suárez a quien treinta miembros de la UCD quieren rebajar sus poderes. No sé si entre esos disidentes se encuentran algunos de los que votaron la confianza el mes pasado. Hasta la extrema derecha quiere variar sus jefes. Silva Muñoz, por ejemplo, propone públicamente una alianza entre Fraga y Blas Piñar...

Josep Melià va a ser supergobernador de Cataluña.

Y yo me voy al festival de cine de Sevilla a ver si allí se ven mejor las cosas. Veremos qué pasa. ■ **D. G.**

LLOREMOS POR LOS WINDSOR PERDIDOS

Los Windsor llegaron aquella tarde a ■ casa –o sea, mansión– de Washington donde habían aceptado tomar una taza de té. Se decía que invitarles costaba dinero: probablemente lo decían malas, intencionadas lenguas de las damas rivales de aquellas que tenían el honor de la visita. Contaban que había un agente, un intermediario; pero que de todas formas la duquesa examinaba antes el pequeño historial de quienes invitaban. Podían ser caros; pero el placer de la dama al llamar a sus amigas –¡Querida, ven a casa esta tarde, aunque tengas que dejarlo todo: ¡tengo a los Windsor!– lo compensaba todo. Y así llegaron aquella tarde a la mansión donde habían sido invitados: conversaron brevemente sobre el clima, sobre los atardeceres rojizos sobre el Potomac y algunos otros temas equivalentes. Y llegó el té. El duque miró, horrorizado, la tetera; la duquesa llevó allí su mirada y, cielos, se encontró sobresaliendo las etiquetitas de cartón. Los miserables habían preparado el té con bolsas. El duque y la duquesa sólo tuvieron que cruzar una mirada para entenderse: se pusieron en pie, y dijo ella: «Discúlpenos: hemos recordado otro compromiso». Hay cosas que no se pueden hacer ni por mucho dinero...

PABLO BERBEN

ESTAS desgracias no ocurren ahora en el «Gran relato» de «Eduardo y la señora Simpson». Todavía hay ingleses que saben que las formas están por encima de la moral –*manners before morals*–, aunque sólo valgan para ambientar la televisión. Vemos aquí como el nítido oporto –«viejas historias y oporto», pedía Hillaire Belloc para antes de conciliar el sueño–, se sirve como debe ser «a los invitados» en el sentido contrario a las agujas del reloj. Pesa el ambiente. Es todo tan de la época que termina por verse que es demasiada imitación de la época. Pull-over de rombos, letras gordezuelas para los rótulos, pantalones bombachos, gramófonos de voces gangosas: el «art director» no ha ahorrado detalle. La nostalgia se vende bien, y la de la época larga del hombre que fue pasando por los diversos nombres de su estado social –David, Príncipe de Gales, Eduardo VIII, duque de Windsor– es ahora una moda. No hay Gran Relato si no hay buen ambientador. Este de los Windsor es un relato de maneras, de costumbres. La «sencillez elegante» del duque: la frase se repite. Las batallitas por su favoritismo. Su bondad humana cuando ve a los pobres. El Fuerte Belvedere que ■ regaló su padre. Le gusta el golf, se caía del caballo –algún malicioso cronista de la época dijo que era un maestro en prepararse las caídas, como los especialistas de Hollywood, porque eso le daba una simpática imagen de falibilidad–; el cultivo del jardín –llegó a ser un buen botánico, sobre todo en materia de rosas–, pilotaba su avión –un Gipsy Moth–, amaba la música ligera. Y detestaba las recepciones oficiales. En su diario cuenta que las visitas de estado eran «un despilfarro de dinero, tiempo y energía»: la preocupación por el dinero llegó a crearle una imagen de avaro y, ya Rey, fue criticado por economizar demasiado en los gastos de las residencias reales.

Pero toda esta leyenda de elegancia, informalidad y aburrimiento de su estado se borró pronto por la historia de amor con Mrs. Simpson, y sobre todo por el sacrificio del puesto más elevado del mundo –de aquel mundo– por ese amor. Era una época en la que ya la idea del amor por encima de todo comenzaba a desaparecer; había contribuido a su asesinato su augusta abuela, ■ reina Victoria. La leyenda del Rey era, por lo tanto, una maravilla para la gran industria popular del amor: el cine, los semanarios especializados, los novelistas del género rosa. Las malas lenguas de siempre dijeron que se trataba, con toda simplicidad, de una cuestión sexual: el Rey no había sido capaz del amor completo hasta que había encontrado a Mrs. Simpson. Así respondían los primeros freudianos a los últimos románticos. El secreto de alcoba nunca ha trascendido. La televisión, en cambio, no deja dudas sobre la abundancia de relaciones con mujeres. Pero ¿quién sabe lo que pasa a solas entre un hombre y una mujer? Algunas veces, ni ellos mismos lo saben.

La abdicación no fue tan premeditada como aquí parece. En un principio, Eduardo VIII pensó que las costumbres habían cambiado, que no había lugar para aplicar viejos prejuicios. Sobreestimó –cosa muy frecuente, aún en nuestros tiempos– el poder de los obispos. Un Rey casado con una divorciada –Mrs. Simpson se divorció siendo ya rey Eduardo VIII, para continuar el plan– iba a dar malos ejemplos. Probablemente Wallis estaba aún más segura que el Rey de que podría ser una esposa morganática y podría habitar Buckingham. Pensó la pareja que el pueblo –que le daba su popularidad– iba a estar a su lado en este caso; y que algunos políticos se enfrentarían con la tradición. Churchill fue uno de ellos: el conservadurismo del Rey en materia política le parecía una fuerza admirablemente compen-

Los auténticos duques de Windsor.

sada por su progresismo en materia de costumbres. Lord Rothermere llegó a proponer que se celebrase el matrimonio sin que Wallis Simpson tuviera la dignidad de Reina Consorte. Pero la opinión pública no siguió la cuestión como se había esperado en Palacio. Se suele atribuir al conservadurismo del pueblo británico; podría también atribuirse al deseo de ver a un Rey –¡de Inglaterra!– abdicar por amor. Y cuando el Rey, el 11 de diciembre de 1936, once meses después de su proclamación, anunció que se iba –la mayor audiencia de oyentes de radio que se había conocido hasta entonces–, su popularidad creció.

Había consagrado una imagen. ■ divorcio había ganado, una vez más, en contra de los obispos: prefería casarse con una divorciada antes que ser Rey de Inglaterra.

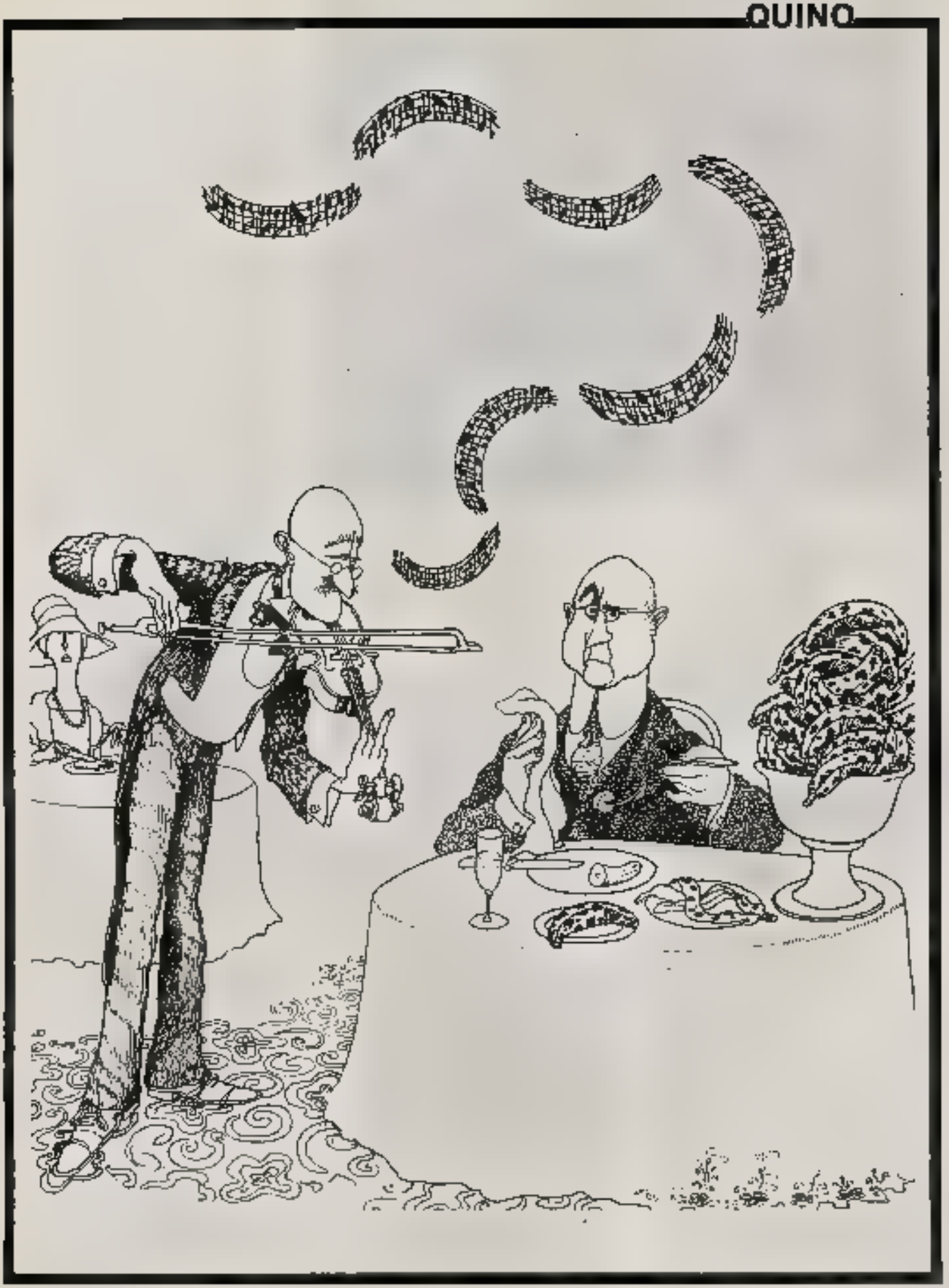
Al día siguiente era ya duque de Windsor, y con su nuevo nombre los felices amantes –que tardarían meses en casarse: y tendrían que hacerlo en Francia, para consumar su acusación a la intolerancia británica y a los obispos–, comenzaron una vida errante. Castillos y mansiones, carreras de caballos, mucho Biarritz y mucha Costa Azul; la América de Mrs. Simpson –porque, para añadir horror ■ horror, además de divorciada era americana– y, en un momento determinado, algo que iba a congelar a muchos británicos: una visita a Hitler en 1937, con fotografías ampliamente difundidas por los nazis en la Prensa mundial.

De aquí iba a nacer un fantástico plan de Hitler, ya en la guerra; ofrecer a Windsor el regreso al trono de Inglaterra mediante una alianza con Alemania. Fue la poco conocida aventura de Madrid. Probablemente Serrano Súñer, tenga mucho que contar de esa historia. Los Windsor llegaron a Madrid desde su castillo de Crëe, después de la ocupación alemana de Francia. Churchill le envió un telegrama pidiéndole que regresara inmediatamente a Gran Bretaña, vía Lisboa, pero el viejo espíritu de Windsor ■ llevó ■ regateo: a condición de que se ■ ofreciera un puesto brillante. Y a la de que la Duquesa recibiera todos los honores correspondientes (el título de Alteza Real lo tenía él, pero se le negaba a ella). Mientras tanto, ■ jefe de los servicios de contraespionaje de Hitler, Schllemberg, recibió de Von Ribentrop intrucciones para captarse al Duque. Ribentrop había sido ■ amigo, y tenía la idea de que había sido separado del trono de Inglaterra porque era germanófilo y proctive al ideal hiderlano: la cuestión del matrimonio no habría sido más que un pretexto. Schllemberg ha contado de que el Duque era un prisionero de que el duque era un prisionero del servicio secreto británico y de que quería la paz de Inglaterra con Alemania. El dinero debía jugar otra vez un papel importante: Alemania ponía a disposición del Duque 50 millones de francos suizos depositados en Ginebra. Para caso de que el Duque no se atreviese, estaba previsto ■ secuestro, sobre ■ idea de que Windsor estaba, en el fondo, de acuerdo. Schllemberg vino a Madrid, se alojó en la embajada Alemana –donde está ahora el hotel Fénix– y preparó toda la operación, en connivencia con personalidades españolas. La operación de Madrid fracasó: los Windsor se refugiaban en Lisboa, desde donde iban a seguir regateando con Churchill. Fue por fin la oferta de nombrarle gobernador general de las Bahamas la que le resignó. «Han terminado por neutralizarme», dijo a la Duquesa, como cuenta ella en su diario.

Y en las Bahamas estuvieron durante cinco años. Comenzaron después su peregrinaje, su asistencia a los tés, a las cenas; escribieron sus bien pagadas memorias –las de él, «Historia de un Rey»; las de ella, «El corazón tiene sus razones»–; una etapa de largas enfermedades de él, de estancias en hospitales, de horas de quirófano. Hasta que le sobrevino la muerte en 1972, cuando tenía 77 años.

Volvemos a llorar por la fuerza del amor. Siempre conviene reivindicarlo, y la televisión tiene para ello una fuerza que no cesa de demostrar. Volvemos a recuperar la memoria de este curioso personaje de nuestro tiempo que, probablemente, lo que rehuyó seriamente fue el aburrimiento de la Corona; de este ser contradictorio que dejó un trono, pero que luchó luego por mantener los honores y por un buen puesto, incluso en las Bahamas. Y que mantenía un silencioso desprecio por los bolsitas de té y por el oporto del postre servido en el sentido de las agujas del reloj. ■

QUINO



BOLETIN DE SUSCRIPCION

RECORTE O COPIE ESTE BOLETIN Y REMITANOSLO A

CEMPRO FUENCARRAL, 96. TEL.: 221 20 04 - [illegible]

(Por favor, escriban con letras mayúsculas)

Nombre ..... Apellidos .....

Domicilio ..... Teléfono .....

Población ..... D. Postal .....

Provincia ..... País .....

Suscríbaname a TRIUNFO a partir del primer número del próximo mes de .....

Deseo recibir los ejemplares por correo .....

Señalo con una cruz ⊠ el período de suscripción y la forma de pago que deseo.

☐ Un año (12 números)

☐ Dos años (24 números)

☐ Adjunto talón bancario nominativo a favor de TRIUNFO.

☐ Recibo domiciliado en Banco o Caja de Ahorros (sito en España). (Rellenar el boletín anexo.)

☐ He enviado giro postal n.º ....., a «TRIUNFO, c/c postal n.º 74.174 Estafeta Oficial - Madrid».

Sr. director Banco / Caja de Ahorros (táchese lo que no corresponda)

.....

Domicilio de la Agencia .....

..... Población .....

Titular de la cuenta .....

.....

Número de la cuenta .....

Sírvanse tomar nota de atender hasta nuevo aviso, con cargo a mi cuenta, los recibos que a mi nombre le sean presentados para su cobro por la empresa editora de la revista TRIUNFO.

Fecha .....

Enviennos también este boletín a CEMPRO. Nosotros nos ocuparemos de hacerlo llegar a su Banco.

Atentamente (firma)

TARIFAS DE SUSCRIPCION

		Correo ordinario	Correo certificado	Correo aéreo
ESPAÑA	1 año	1.750	1.954	1.822
	2 años	3.225	3.633	3.389
EUROPA, ARGELIA, MARRUECOS Y TUNEZ	1 año	2.990	3.470	3.434
	2 años	5.450	6.410	6.338
AMERICA Y AFRICA	1 año	2.990	3.470	4.214
	2 años	5.450	6.410	7.898
ASIA Y OCEANIA	1 año	2.990	3.470	4.250
	2 años	5.450	6.410	8.050

Para cualquier comunicación que precise establecer con nosotros, le agradeceremos adjunte a su carta la etiqueta de envío que acompañaba al último ejemplar de la revista que haya recibido.

TRIUNFO no mantiene acuerdo alguno con ninguna gestora de suscripciones a revistas excepto con OPEC, S. A., de Madrid», por lo que se debe rechazar cualquier oferta de visitantes a domicilio. La única forma de suscribirse o renovar suscripciones a TRIUNFO es mediante contacto directo por correo con la Administración de la revista o a través de OPEC o de librerías con establecimiento abierto al público.

LAS EXTRAORDINARIAS POSIBILIDADES DE LA MEMORIA

Estaba yo muy ajeno de imaginar, al llegar a casa de mi amigo A. J. Borg, que iba a presenciar un espectáculo verdaderamente extraordinario.

Me había llamado a París para hablar a los franceses de los poetas y novelistas de nuestro país, y la noche de mi llegada, después del champagne, la conversación cayó, naturalmente, en el trabajo tan enorme que nos impone a nosotros, conferenciantes, la necesidad de saber, palabra por palabra, el texto exacto de nuestros discursos.

Entonces me dijo Borg que, probablemente, iba a asombrarme, ya que le había conocido con la memoria más lamentable, cuando juntos cursábamos Derecho en París.

Se retiró al extremo del comedor y me rogó que escribiese cien números de tres cifras, los que quisiera, pronunciándolos al mismo tiempo en alta voz. Cuando hube llenado de arriba abajo el margen de un periódico que estaba en la mesa, Borg me repitió de memoria esos cien números en el mismo orden en que yo los había escrito, y luego en el orden inverso. Después me dijo que le interrogase acerca de la posición respectiva de cada uno de dichos números; le pregunté cuál era el 24.º, el 72.º, el 98.º y respondió a todo sin vacilación, sin esfuerzo, instantáneamente, como si los números que yo había escrito en el papel estuviesen escritos también en su cerebro.

Quedé pasmado ante prueza tan fantástica y en vano busqué el artificio que le había permitido realizarla. Entonces mi amigo me dijo:

«Lo que acabas de ver y que te parece tan extraordinario es, en realidad muy sencillo: todo el mundo posee la memoria suficiente para hacer otro tanto, pero pocas son las personas que saben aprovechar esta maravillosa facultad.»

Me indicó después el medio de llevar a cabo tal proeza y la realicé inmediatamente, sin dificultad, sin error, como mañana la realizará usted mismo.

Pero no me limité a esas experiencias divertidas y apliqué a mis ocupaciones diarias los principios que me habían sido enseñados. Pude así recordar con increíble facilidad mis lecturas, las conferencias que oía y las que debía dar, el nombre de las personas que encontraba. Sus señas y otras mil cosas que me son de gran utilidad. Finalmente comprendí, al cabo de poco tiempo, que no sólo mi memoria había progresado, sino que había adquirido una fuerza de reflexión más poderosa, una razón más exacta, lo que no debe extrañar, puesto que la agudeza de nuestra inteligencia depende sobre todo del número y de la importancia de nuestros recuerdos.

Si desea usted obtener los mismos resultados y adquirir ese poder mental que es el medio más seguro para triunfar en la vida, ruegue al señor A. J. Borg, que le envíe su interesante obra en español «Las leyes eternas del éxito». La distribuye gratis

a toda persona que quiera mejorar su memoria.

Escríbale en seguida, antes de que se le agote la obra.

E. Barnin

«LAS LEYES ETERNAS DEL EXITO»

Recorte o copie este vale y envíelo a: A. J. Borg nº AUBANEL PUBLISHERS, 14 Highfield Road, Dublin 6, Irlanda. Usted recibirá el libro sin obligación alguna.

Nombre .....

Calle ..... *Núm.* .....

Población .....

Edad ..... *Profesión* .....

El envío de este cupón por correo sólo cuesta 19 pesetas.

RELACIONES PUBLICAS

FORMULA 3: DESTACADA CAMPAÑA DE MANUEL VALLS CON SU MARTINI-CAROCHE

Sin lugar a dudas hay que calificar de muy positivo el balance de la presente temporada, por lo que respecta a la actuación del piloto español Manuel Valls dentro del campeonato europeo de Fórmula 3.

Ring Knutorp, Silverstone, Jarama, Kassel Calder y Zolder, son circuitos que saben bien de las experiencias logradas por el campeón español de Fórmula Nacional. Carrera tras carrera ha venido evolucionando, superándose a sí mismo hasta cuajar en Bélgica su mejor actuación.

Ahora, Manuel Valls prepara ya la próxima temporada-81 y espera con

su Martini-Caroche, poder iniciar el europeo desde su principio para cubrir todo el campeonato completo, contando con el apoyo de todos los patrocinadores que hasta ahora se han alineado a su lado para hacer posible este éxito del automovilismo español a nivel internacional.

DENENES PARA MAYORES

Las costumbres se modifican. Y cada vez, afortunadamente, hay más tendencia a simplificar las cosas, a hacerlas más naturales. Por eso no es sorprendente —o al

lo es— que la firma de perfumería Puig presente su conocida línea infantil Denenes como una magnífica solución, no sólo para los bebés, sino para quienes ya han crecido y están en los 12, los 16, ó los 18 años. Y es lógico. El aroma fresco, puro y limpio de las colonias Denenes, su baja graduación alcohólica, las hacen muy adecuadas y acertadas para quienes necesitan o buscan perfumes naturales que cuiden al máximo la piel.

Denenes se presenta en dos aromas: el clásico natural y el nuevo Muguet, con notas herbáceas y florales muy agradables. Sus nuevas presentaciones, muy adecuadas para el regalo, se presentan en envases de vidrio, plástico y conostillos.

«QUEREMOS SABER»: UNA NUEVA FORMA DE HACER RADIO

Hace unas pocas emisiones, «Queremos saber» se ha convertido en una estrella radiofónica. Un programa patrocinado por Anaya en el

que Iñaqui Gabilondo, Mercedes Milá y Marisa Torrento nos ponen en la onda de la enseñanza, la cultura, la educación y la vida misma. Un programa en la SER que todos los martes a las 22,45 (21,45 en Canarias) nos demuestra que hay una forma joven, directa de contar las cosas. Y que cuando se hace buena radio, hay mucha gente que escucha la radio.

TIP Y COLL DE NUEVO EN TV CON ESPLENDIDO GARVEY

La famosa pareja de humoristas ha firmado contrato con Garvey y está anunciando en TV el brandy ESPLENDIDO. En la fotogra-

fía aparecen visitando las bodegas de la importante firma jerezana, acompañados por don Zoilo Ruiz-Mateos, don José Luis Olivas, Director General de Garvey y don Ildefonso Velázquez, Director General de Publicidad 2000.

CEPSA: PREMIO A LA EXPORTACION 1979

La Compañía Española de Petróleos, S. A., -CEPSA- ha recibido el premio a la Exportación 1979, otorgado por la Cámara Oficial de Comercio e Industria de Madrid. Este importante galardón ha sido creado para distinguir a las empresas asociadas a dicha Cámara que alcancen cada año un mayor volumen exportador.

La creciente actividad de CEPSA en el área internacional, con relaciones comerciales en 59 países, significó en 1979 una producción de divisas de 466 millones de dólares. La cifra constituye un auténtico récord, doblemente significativo si se considera que CEPSA es una empresa privada y con capital íntegramente español. El Premio a la Exportación, cierra brillantemente el Ejercicio 1979, en el que CEPSA celebraba sus primeros 50 años de actividad.

VI TROFEO GUILLETTE: VICTORIA DE JOSE LUIS CLERC

La tenacidad y el espíritu de lucha pueden hacer ganar un campeonato, como lo demostró en el Grand Prix de Madrid VI Trofeo Gillette,

José Luis Clerc, al vencer a su compatriota Guillermo Vilas, número uno de su país, por 6-3, 1-6, 1-6, 6-4 y 6-4, en la disputada final de este Trofeo.

En la fotografía, José Luis Clerc recibiendo el trofeo de manos de don Pedro Chicharro, Director Comercial de Gillette Española, S. A.

abiti, pantaloni, cappotti, maglieria, camicie, cravatte, intimo.

Ermenegildo Zegna

La nostra qualità è proverbiale.

Si su brandy titular le falla, cámbielo por una buena reserva...
Usted tiene su brandy. Lo probó y le gustó. Pero con el tiempo se dió cuenta que algo iba cambiando. Aquel brandy ya no era el mismo.
Haga algo hoy mismo.
Cambie su brandy titular por Terry 1900, una buena reserva. De las que no varían, de las que no fallan.
No se conforme con su brandy. Hay algo mejor.
Haga suyo a Terry 1900. Por usted.
RESERVA
1900
Brandy
1900
TERRY
TERRY
1900
El brandy de reserva